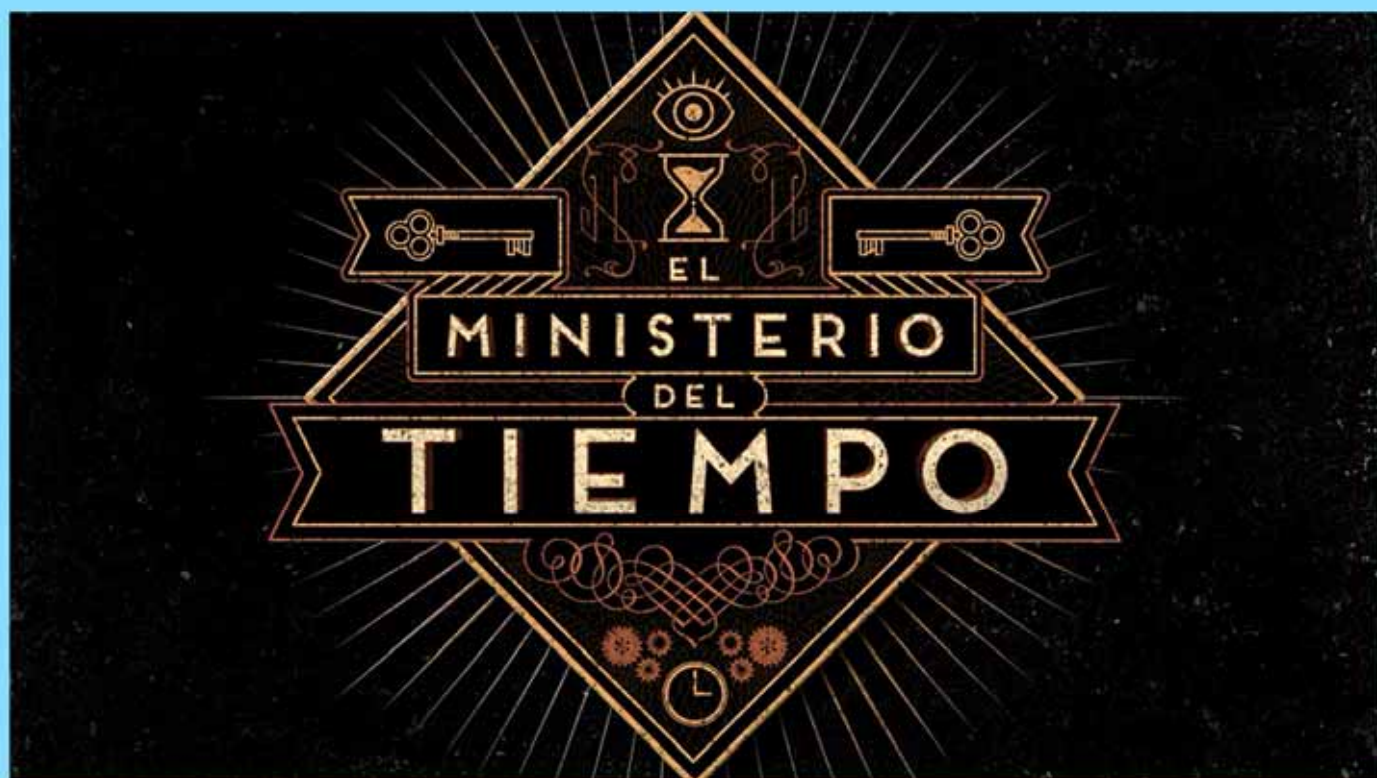


# CRONORRELATOS

III

José Carlos Canalda



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
CUALQUIER TIEMPO PASADO ¿FUE MEJOR?	3
LA AGENCIA DEL TIEMPO	7
IMPOSIBLE	22
PERPETUUM MOBILE	33
EL HUEVO Y LA GALLINA	36
PROYECTO NÉMESIS	47
QUE LA TIERRA TE SEA LEVE	57
LO QUE EL TIEMPO SE OLVIDÓ	72
SENTIDO ÚNICO	91
ASIMETRÍA	96

## PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más populares -y socorridos- dentro de la ciencia ficción ha sido, ya desde los mismos orígenes del género -véase el ejemplo del clásico de H.G. Wells *La máquina del tiempo*-, el de los viajes temporales dentro de sus múltiples variantes. Yo, como lector y como escritor, no podía ser insensible a ello, razón por la que a lo largo de los años he escrito varios relatos, de mayor o menor calibre, que abordan precisamente esta temática. Conste que, desde un punto de vista rigurosamente científico -al fin y al cabo la cabra siempre tira al monte- considero de todo punto imposible tales historias, pero dan tanto juego literario...

En esta antología he reunido todos mis relatos relacionados con los viajes por el tiempo, excluyendo tanto las ucronías como los cuentos relativos a universos paralelos o alternativos dado que éstos constituyen, al menos para mí, un subgénero diferente que merece un apartado propio. Aunque no son demasiados, creo que recogen en su conjunto la visión que tengo de qué podría ocurrir si los viajes por el tiempo pudieran ser realmente posibles... incluso retorciéndolos un poquito, a veces en serio y en ocasiones, por qué no, también en clave de humor.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en tres volúmenes, siendo éste el tercero.

*José Carlos Canalda*

## CUALQUIER TIEMPO PASADO ¿FUE MEJOR?

-En nombre de Su Eminencia Reverendísima Monseñor Enrique de Beaufort, presidente de este tribunal de la Santa Inquisición, os condeno a la hoguera por prácticas de hechicería, herejía y blasfemias hacia Dios y los Santos. Verdugo, proceded a ejecutar la sentencia.

Terminada la exposición del portavoz del tribunal, el interpelado prendió fuego a la pila de leña sobre la que se alzaba poste al que estaba amarrado el reo. Corría el día 2 de junio del año del Señor de 1431, y sólo tres días antes, en esa misma plaza del Viejo Mercado de la ciudad de Rouen, había ardidido en idénticas circunstancias la Doncella de Orleans.

Pero en esta ocasión el ajusticiado no era ni un guerrero ni, mucho menos, un hechicero; de hecho, ni tan siquiera era francés ni había nacido en el siglo XV. En realidad, aunque como cabe suponer ninguno de los allí presentes lo sabía, se trataba del agente K-37 de la Agencia Cronológica, que había sido enviado allí para estudiar in situ uno de los episodios más relevantes de la Guerra de los Cien Años, la ejecución de Juana de Arco. Para su desgracia, y aunque los agentes tenían instrucciones de pasar desapercibidos, actuando como simples observadores sin hacer nada que pudiera alterar el curso de la historia y, por supuesto, sin arriesgar sus vidas, un cúmulo de desafortunadas coincidencias habían conducido a su apresamiento por las tropas inglesas, dueñas entonces de Normandía, y el hallazgo en su poder de ciertos objetos a los que les fue atribuido un origen demoníaco -en realidad se trataba de los utensilios necesarios para el desempeño de su labor- había motivado su juicio y condena por el mismo tribunal de la Inquisición que acababa de convertir en mártir a Juana de Arco.

Sin embargo, en esta ocasión la ejecución no siguió el cauce acostumbrado. Para sorpresa de los inquisidores y del populacho que abarrotaba el recinto la pira, en lugar de arder como se esperaba, se vio súbitamente envuelta en un sobrenatural halo luminoso que hizo creer a muchos en una intervención diabólica ya que, dadas las circunstancias, no cabía pensar en una procedencia divina. Pero para alivio de todos el extraño fenómeno duró apenas unos segundos, tras lo cual el fuego volvió a comportarse con normalidad dejando tras de sí un cadáver calcinado como Dios manda.

Evidentemente nadie en el siglo XV hubiera sido capaz de identificar lo ocurrido como la activación de un campo de éxtasis espaciotemporal, una medida de emergencia a la que la Agencia Cronológica sólo recurría cuando era preciso rescatar a uno de sus agentes de una muerte segura, ya que suponía una alteración, aunque de menor magnitud que la opción alternativa, de las corrientes espaciotemporales. Así, aunque su manifestación externa -el halo luminoso- fue extremadamente fugaz, un comando de la

Agencia tuvo tiempo sobrado para a apagar el fuego que comenzaba a propagarse por la leña, rescatar a su compañero, atar en su lugar a un cadáver que previamente había sido desenterrado en un cementerio cercano -no era cuestión de que nadie pensara que la víctima había desaparecido sin dejar el menor rastro- y, por último, para marcharse de allí tras prender de nuevo la hoguera... todo lo cual les llevó, como cabe suponer, bastante más tiempo que el transcurrido en el exterior, pero ya se sabe que ésta es una de las principales utilidades de los campos de éxtasis al ralentizarse en su interior el transcurso del tiempo.

\* \* \*

De vuelta a casa con la satisfacción de la misión cumplida, el capitán de la unidad cronoexploradora *Tempus fugit* se encaminó a la enfermería para interesarse por el estado de salud del agente rescatado, el cual, según le habían informado los miembros del comando, estaba algo chamuscado y había tragado bastante humo, aunque por lo general no parecía mostrar muy mal aspecto.

De hecho, lo encontró consciente y sentado en una camilla mientras una pléyade de médicos y enfermeras se afanaban en torno suyo. Así pues, le dio la bienvenida a bordo celebrando que hubiera salido con bien de tan apurado trance.

Para su sorpresa éste, tras retirarse la mascarilla de oxígeno, le recibió con una florida sarta de denuestos de grueso calibre, increpándole a continuación:

-Gracias a ustedes por haberme rescatado con vida... al séptimo intento.

El capitán se ruborizó mientras por su cabeza pasaban opiniones poco halagüeñas acerca de la ingratitud con la que algunos te agradecen que les hayas salvado la vida, pero finalmente triunfó su sentido de la disciplina respondiendo con sequedad:

-Entiendo que esté usted resentido, pero le aseguro que nos apresuramos todo cuanto pudimos.

Y viendo el gesto de incredulidad de su interlocutor, continuó:

-En realidad lo intentamos desde el primer momento, pero una vez allí descubrimos que el programador del vuelo no había tenido en cuenta la corrección del calendario juliano, razón por la que llegamos varios días tarde. Por fortuna, y esa es la ventaja de los viajes por el tiempo, siempre se puede volver al momento deseado... así que hicimos un segundo intento, pero en esta ocasión tropezamos con el problema de que no nos fue posible encontrar a tiempo ningún cadáver recién enterrado con el que poderle sustituir en la pira.

»La tercera vez fue todavía peor, ya que el sindicato de cronopilotos convocó una huelga reivindicando más tiempo libre y, al no cumplirse los servicios mínimos, no nos fue posible ir a rescatarlo. En vísperas de la cuarta los servicios de mantenimiento encontraron un fallo en el generador de flujo secundario, por lo que hubo que retrasarla hasta que éste no fue reparado, ya que lamentablemente no había ninguna otra unidad cronoexploradora disponible. La quinta...

-Déjelo -le interrumpió K-37 haciendo un gesto con el brazo libre, ya que en el otro tenía colocados varios administrículos médicos-. En realidad me traen sin cuidado las excusas que me pueda dar. Lo único que me importa es que, gracias a su negligencia, he arduo en la pira un total de seis veces consecutiva y he estado a punto de hacerlo una séptima, tal como puede comprobar usted mismo -concluyó al tiempo que señalaba las ampollas que le estaban curando en las plantas de los pies.

-Lo... lo lamento -balbuceó el capitán-. Pero como ya le he dicho, esto es lo bueno que tienes las misiones espaciotemporales, si por alguna causa uno de nuestros agentes sufre un... percance, siempre podremos intentar volver a rescatarlo todas las veces que sea preciso.

-Ya -respondió el aludido en tono mordaz-. El *pequeño* problema -recalcó el adjetivo- estriba no sólo en que me quemaron vivo seis veces, sino en que guardo además perfecto recuerdo de todas ellas desde el principio hasta el final. Y le aseguro que se trata de algo bastante desagradable, sobre todo si encima te regalan varias repeticiones del evento.

-No... no puede ser -la perplejidad del capitán era sincera-. En el continuo espaciotemporal del que le rescatamos su ejecución tan sólo tuvo lugar una vez...

-Para esos bárbaros medievales, sí. Pero con sus chapuceras intervenciones lo único que consiguieron fue encerrarme en un bucle temporal del que no he podido salir hasta ahora... pasándolas canutas entre tanto, como puede suponer. ¿Le extraña que esté cabreado?

-No puede ser... -repitió el capitán- yo nunca he tenido noticias de este fenómeno, ni sé de nadie que lo haya comunicado.

-Pues alguien tenía que ser el primero -rezongó irónico K-37-. Por cierto -cambió de registro-, ¿conoce usted una vieja película titulada *Atrapado en el tiempo*, conocida también como *El día de la marmota*?

Y ante el gesto negativo de éste, explicó:

-El protagonista, un personaje por cierto repelente, se ve condenado a repetir continuamente el mismo día de su vida, sin que pueda hacer nada por evitarlo; nadie se

da cuenta de que está encerrado en un bucle temporal excepto él mismo, y por supuesto recuerda perfectamente todas las repeticiones. Más o menos esto es lo que me ha pasado a mí -concluyó-, y le aseguro que no me he divertido lo más mínimo. ¿Sabe lo que es oler a carne quemada -tu propia carne- mientras padeces espantosos dolores? ¿Y que esta tortura se repita una y otra vez mientras tus presuntos rescatadores meten continuamente la pata? Le aseguro que más de uno me va a oír allá arriba.

-Está bien... -condescendió el capitán- le entiendo perfectamente. Y créame que lo lamento. Lo importante es que está usted a salvo, y que de ahora en adelante se adopten las medidas pertinentes para que esto no vuelva a ocurrir. Lo único que puedo hacer es presentarle disculpas en nombre mío y en el de la tripulación del *Tempus fugit*.

Un gesto ambiguo de K-37, más interesado en la cura que le estaban haciendo en sus lacerados pies que en seguir la conversación con el oficial, sirvió de punto final a ésta, por lo que el capitán, haciendo un extemporáneo saludo militar, se despidió de él abandonando la enfermería.

Camino de la cabina de mando fue refunfuñando acerca del muerto que le había caído encima; aunque confiaba en que no le salpicara nunca se podía estar seguro del todo, sobre todo teniendo en cuenta que los peces gordos intentarían buscar la manera de sacudirse las pulgas a costa de los de más abajo.

En fin, qué se le iba a hacer; por otro lado, este incidente le había dado una idea. En sus tiempos de agente había tenido ocasión de conocer a una hetaira con la que llegó a hacer muy buenas migas, y no estaría mal volver a recordar tiempos pasados. Aunque a los miembros de la Agencia se les permitía ir de vacaciones cada cierto tiempo a la época histórica que prefirieran, siempre claro está bajo el estricto control de los supervisores para evitar cualquier posible alteración temporal accidental, no era su intención aburrirse en la antigua Grecia; cosa muy distinta sería disfrutar de una noche loca con su antigua amiga repitiéndola una y otra vez dentro de un placentero bucle... sí, no era una mala idea.

Tendría que estudiarlo bien, puesto que no estaba muy convencido de que sus jefes lo vieran con buenos ojos; pero ya encontraría la manera de hacerlo sin necesidad de que se enteraran. Total, fuera del bucle tan sólo transcurriría un único día...

## LA AGENCIA DEL TIEMPO

Juan García no lograba salir de su asombro. Todo había empezado esa mañana - ¿había sido ya hacía una eternidad?-, cuando salió a dar un paseo por los alrededores del pequeño pueblo castellano en el que veraneaba. Los lugareños le habían hablado maravillas de un recóndito valle situado a no demasiada distancia, y sintió interés por conocerlo. Por desgracia, tuvo la malhadada idea de intentar evitar el tortuoso camino que a él conducía atajando por el túnel de la vía de ferrocarril que atravesaba el término; aunque ésta había sido antaño una de las de mayor tráfico ferroviario del país, a raíz de la apertura de la nueva línea de alta velocidad, que discurría más al sur, había perdido mucha de su anterior importancia, de modo que por ella tan sólo circulaban ahora trenes de mercancías y algunos, muy pocos, regionales.

En mala hora lo hizo. Aunque el túnel, lo había comprobado en el mapa, no era demasiado largo, describía una suave curva que impedía ver la otra boca -y en el tramo central las dos- y, por consiguiente, la posible llegada de un tren; en cualquier caso el trazado era doble, por lo cual bastaría con saltar a la otra vía para evitar un peligro que, por otro lado, se le antojaba remoto. Lamentablemente la sempiterna ley de Murphy se empeñó en obrar en contra suya; una vez que se encontraba a mitad de su recorrido, por lo cual había perdido de vista los dos extremos del túnel, oyó el trepidar de un tren que se acercaba. Puesto que le pareció que discurría por la otra vía, consideró innecesario apartarse; pero el reverbero en el interior del túnel le había jugado una mala pasada y, antes de que pudiera darse cuenta, descubrió aterrorizado cómo la locomotora se le echaba encima a toda velocidad sin darle tiempo a escapar. Y luego fue todo ya oscuridad y silencio.

Así pues, su sorpresa fue mayúscula cuando despertó en una solitaria habitación que recordaba desagradablemente a la de un hospital; aunque, bien pensado, después de pasarte por encima un tren de mercancías poco sería lo que pudieran hacer por ti, salvo recoger los dispersos pedazos de tu cuerpo. Además, se corrigió, más que una habitación de hospital ésta semejaba ser la de una austera residencia, puesto que faltaba allí todo tipo de parafernalia médica... y también las ventanas, al tiempo que la puerta resultó estar cerrada con llave.

Por lo demás, y para asombro suyo, estaba ileso y sin el menor rasguño. Aunque su única vestimenta era un liviano pijama, en un armario empotrado encontró su ropa limpia y cuidadosamente planchada; éste, junto con la cama, una mesa, una silla y un reducido cuarto de baño constituían la totalidad del mobiliario de su enigmática celda, palabra con la que identificó al recinto pensando en las celdas monacales, aunque el hecho de que estuviera encerrado en ella parecía asemejarla más a las carcelarias.



Apenas si había acabado de vestirse cuando la puerta se abrió silenciosamente dando paso a un desconocido con aspecto menos de enfermero que de celador, el cual empujaba una mesita con ruedas. Aunque la puerta volvió a cerrarse tras él, aún pudo atisbar un pasillo alumbrado por la misma luz indirecta que la de la habitación y un bulto perteneciente, con toda probabilidad, a otro celador que permaneció vigilante en el exterior.

-¡Vaya, ya ha despertado! -saludó jovialmente el desconocido-. Le traigo algo de comida y bebida para que pueda reponer fuerzas -explicó al tiempo que pasaba varias bandejas de la mesita con ruedas a la mesa-. Supongo que estará hambriento.

-¿Dónde estoy? -preguntó Juan-. ¿Quiénes son ustedes?

-Todo a su tiempo, señor García -fue la respuesta del visitante-. Usted sufrió un fuerte trauma psicológico del que es preciso que se recupere. Le hemos mantenido sedado durante dos días, así que cabe suponer que su estómago agradecerá que se le regale con algo de alimento -concluyó en tono risueño.

Y razón no le faltaba, puesto que la citada víscera comenzó a rugir apenas sus ojos vislumbraron las atractivas viandas.

-Le ruego que tenga un poco de paciencia, señor García, y haga los honores a nuestro cocinero -insistió su interlocutor-. Puede usted estar seguro de que se encuentra entre amigos, y muy pronto verá satisfecha su lógica curiosidad. Pero ahora conviene que coma, amén de que yo no estoy autorizado a explicarle las razones de su presencia aquí. Y ahora, si me lo permite, he de retirarme.

Cosa que hizo llevándose la ya vacía mesita y cerrando de nuevo la puerta tras él.

La lucha entre la impaciencia y el hambre se saldó rápidamente a favor de esta última, descubriendo para su sorpresa que la insólita situación en la que se encontraba no le había privado en absoluto de apetito. Además el menú era realmente bueno, nada que ver con los engrudos hospitalarios ni tampoco, suponía, con los ranchos carcelarios.

Quizá fuera porque su cuerpo seguía necesitando descanso, quizá porque con la comida hubiera ingerido un nuevo sedante, lo cierto fue que apenas hubo terminado de comer le entró un sueño tan profundo que ni siquiera esperó a desnudarse, tumbándose vestido tal como estaba en la acogedora cama.

Despertó descansado y satisfecho, sin saber cuanto tiempo había estado durmiendo dado que, observó con disgusto, a diferencia de la ropa no le habían devuelto ni el reloj ni el resto de sus efectos personales. Podía entender lo de la pequeña navaja, que siempre llevaba en sus paseos por el campo, pero que también le hubieran despojado de

las llaves, el monedero, la cartera, el teléfono móvil y hasta las gafas de sol, además del reloj, era ya algo más difícil de explicar.

No obstante debía de haber estado durmiendo durante bastante tiempo, puesto que sus misteriosos anfitriones no sólo habían retirado las bandejas de la comida sino que además, comprobó con desagrado, habían vuelto a desnudarle vistiéndole de nuevo con el pijama. Por esta razón, no fue extraño que acogiera con desconfianza, si no con una soterrada hostilidad, la nueva visita de su cancerbero.

-¿Por qué me drogaron? -le espetó a modo de bronca bienvenida-. ¡Exijo saber quiénes son ustedes y por qué me han traído aquí! ¡Y que respeten mi intimidad! -remachó, sospechando que debían de haberle estado espiando a través de alguna escondida cámara de vigilancia, puesto que hubiera sido mucha casualidad que ese individuo hubiera acertado a entrar en ambas ocasiones justo después de que él despertara.

-Le ruego de nuevo que acepte nuestras disculpas, señor García -respondió éste en tono conciliador-, vuelvo a insistir en que se encuentra usted entre amigos. No, no le drogamos, simplemente le suministramos un sedante puesto que el monitor de constantes vitales -él no había descubierto ningún adminículo con aspecto de serlo acoplado a su cuerpo- indicaba que todavía necesitaba usted algo más de descanso; y no, no le hemos espiado ni existe aquí ninguna cámara oculta, fue el mismo monitor el que nos indicó que usted ya había despertado. Y ahora, a no ser que desee usted comer algo, quiera darse una ducha o necesite utilizar el cuarto de baño, en cuyo caso esperaré el tiempo que fuera necesario, he venido a llevarle a presencia del director, quien le podrá aclarar todas sus dudas.

Ciertamente Juan no hubiera rehusado ninguna de esas tres cosas, pero era tal la impaciencia que le corroía que supeditó todas ellas a satisfacer su curiosidad. Informado de ello, Igor -así había bautizado mentalmente a su relamido anfitrión-, le invitó a seguirle.

Tal como supusiera, en el pasillo les esperaba un segundo celador que, a diferencia del enteco Igor, mostraba bien a las claras cual debía ser su cometido; aunque aparentemente no portaba armas y ni tan siquiera una porra, bastaba con ver su envergadura -Juan lo *bautizó* inmediatamente como Rambo- para tener la certeza de que le bastaría con sus manos desnudas para partir en dos a cualquiera que se mostrara reticente a obedecer.

Juan, evidentemente, no lo hizo, limitándose a seguir dócilmente a sus dos carceleros -Igor delante de él, Rambo detrás- por un dédalo de pasillos que le recordaron al mitológico Laberinto. Finalmente llegaron ante una puerta cerrada, en la

que campeaba el rótulo de “Director” y, tras golpearla con los nudillos, Igor la entreabrió introduciendo la cabeza al tiempo que decía:

-Señor director, don Juan García está aquí.

-Está bien -se oyó responder desde el interior-. Muchas gracias, señor López, hágale pasar. Pueden retirarse usted y el señor Martínez.

-Yo... -titubeó Igor, o mejor dicho López, sorprendiéndole a Juan lo corriente de su apellido-. Quizá fuera conveniente...

-No será necesario, señor López, confío plenamente en la sensatez del señor García -le contradijo en tono lo suficientemente alto como para que él lo oyera-. ¿Qué pensaría de nosotros nuestro invitado si se viera siempre seguido por uno de nuestros vigilantes de seguridad?

¿Vigilante de seguridad? Más le había parecido a él una mezcla a partes iguales de legionario, armario de tres cuerpos y experto en artes marciales, pero ciertamente agradeció el detalle. Daba por supuesto que en caso de necesidad ese desconocido director, o lo que fuera, contaría con medios sobrados para neutralizar una amenaza de agresión sin necesidad de tener que recurrir a ese gorila, que más parecía estar allí en calidad de *atrezzo* que de otra cosa; pero como no era cuestión de comprobarlo, optó prudentemente por seguir la comedia fingiendo una docilidad que no dejaba de ser bastante real.

Aceptando la muda invitación de Igor/López, Juan entró en el despacho con timidez. Éste era un recinto amplio y bien iluminado -aunque las ventanas seguían brillando por su ausencia- decorado con una heteróclita colección de objetos artísticos procedentes, hasta donde pudo apreciar, de todas las épocas y todas las culturas conocidas. Al fondo del despacho, sentado tras una amplia mesa repleta de papeles, se encontraba su ocupante, el enigmático *director*, un hombre de mediana edad y aspecto indefinido que se levantó para recibirle invitándole a sentarse frente a él.

Así lo hizo, absorto en la contemplación del cuadro que colgaba de la pared situada tras su anfitrión. Según todas las apariencias se trataba de un Velázquez pero, pese a ser un buen conocedor de la obra del pintor sevillano, éste no le resultaba conocido en absoluto.

-¡Ah, el cuadro! -exclamó en tono indiferente el director-. Sí, es un Velázquez, pero no lo encontrará usted reproducido en ninguna historia del arte. Se trata de *La expulsión de los moriscos*, y se perdió en el incendio del Alcázar de Madrid de 1734. Y -explicó en tono ufano-, le puedo asegurar que no se trata ni de una copia ni de una recreación sino del original salido de los pinceles del bueno de don Diego, que fue rescatado por nuestros agentes. ¡Pero no hablemos ahora de mi colección de arte recuperado, sino de

usted! Supongo que estará ansioso por saber donde se encuentra y como ha llegado hasta aquí.

-Pues... si es usted tan amable... -fue lo único que acertó a articular el cada vez más perplejo Juan.

-Bien, empezaré explicándole que le libramos de una situación ciertamente comprometida; no es ninguna broma que te atropelle un tren a toda velocidad.

-Les... les doy las gracias por haberme salvado la vida. Fue una suerte que aparecieran justo en el momento preciso.

-¡Oh, no! -exclamó el director con jovialidad-. Nosotros no estábamos allí cuando el tren le atropelló, hubiera sido mucha casualidad. Usted murió realmente y, créame, no fue un espectáculo agradable... pero evitemos hablar de cuestiones escabrosas a la par que innecesarias. De hecho nuestro rescate no tuvo lugar hasta bastante después del accidente, en el transcurso de uno de nuestros rastreos rutinarios en busca de potenciales nuevos agentes, y tras estudiar su expediente decidimos que merecería la pena rescatarlo. Así pues, mandamos a un equipo de campo a justo *antes* -recalcó el adverbio- de que usted tuviera la desafortunada idea de cruzar por el túnel, ya que no era cuestión de correr riesgos innecesarios, y nuestros agentes le lanzaron un dardo anestésico trayéndole aquí. Reconozco, y le pido disculpas por ello, que no fue un trato demasiado educado, pero dudo mucho que hubiera atendido a nuestras razones si en vez de narcotizarlo hubieran intentado convencerle de que no entrara allí porque un tren le iba a despedazar, y que a cambio de la ayuda viniera con nosotros.

-Un momento, un momento... -a Juan le daba vueltas la cabeza-. Todo lo que me dice es absurdo. Lo del tren es cierto, lo recuerdo perfectamente y todavía me dura el susto en el cuerpo. Pero todo lo demás... si estoy vivo, y evidentemente lo estoy, será porque por alguna razón que no alcanzo a comprender el tren no llegó a arrollarme. Ignoro como se las pudieron apañar para evitar el accidente y traerme aquí, pero lamento decirle que esa historia que me acaba de contar no cuela.

-Le comprendo perfectamente, dado que en su momento yo pasé por un trance similar; por esta razón, le ruego que me escuche. Para empezar, ha de saber que nos encontramos en la sede central, en realidad la única, de la Agencia Estatal de Control Cronológico.

-¿La qué...?

-La Agencia Estatal de Control Cronológico -repitió su interlocutor-. Hasta hace unos años se llamaba Agencia Nacional de Control Cronológico, pero ya sabe usted, los políticos... aunque nosotros solemos abreviarla a la Agencia del Tiempo o, incluso, simplemente a la Agencia.

-En la vida he oído hablar de ese organismo -rezongó el presunto resurrecto.

-No es de extrañar, puesto que es secreta; más bien, ultrasecreta. De hecho, además de sus miembros tan sólo conocen su existencia el presidente de gobierno, los ex presidentes y, por supuesto, el rey; ni siquiera los ministros lo saben, de modo que nosotros sólo rendimos cuentas al presidente.

-No le creo.

-Sé que la posibilidad de viajar por el tiempo resulta inverosímil y difícil de aceptar para una mente racional como la suya; insisto en que en su momento yo también me tuve que enfrentar a tan insólita realidad. Pero le aseguro que es cierto, y puedo demostrárselo. Para empezar, tiene la prueba del cuadro perdido de Velázquez... -remachó señalando a su espalda.

-Eso no prueba nada -porfió receloso Juan-. Puede ser perfectamente una recreación moderna, de sobra es sabido que hay pintores capaces de imitar a la perfección el estilo de cualquier artista clásico engañando incluso a los más avezados expertos.

-Tiene usted toda la razón, aunque le aseguro que se trata del original, al igual que lo son todos los objetos que decoran este despacho. Y lo mismo me diría, me temo, si le mostrara la grabación de un acontecimiento histórico como, por ejemplo, la rendición de Granada, dado que hoy en día se hacen milagros con los efectos especiales... pero confío en que esta otra sirva para vencer su escepticismo.

Dicho lo cual, tomó un mando a distancia y con él conectó una pantalla de televisión situada en un lateral del despacho, uno de los pocos objetos modernos emplazados en el heteróclito recinto.

Juan se giró en su silla mirando con indiferencia, casi con fastidio, a la pantalla hasta que, una vez pasados los rótulos indicativos iniciales -le pareció apreciar fugazmente su nombre y una fecha de varias décadas atrás-, tuvo ocasión de verse a sí mismo cuando era apenas un crío.

Recordaba perfectamente la ocasión: en un examen de gimnasia le habían hecho saltar el potro por vez primera -y última- en su vida y, al desconocer la técnica puesto que ningún profesor se había molestado en explicárselo previamente, lo hizo de tal manera que fue a dar con sus huesos en el suelo rompiéndose un brazo a consecuencia del porrazo.

Ciertamente los detalles -el percance había ocurrido en el gimnasio del antiguo instituto de su localidad natal- no le resultaban familiares, algo que era de esperar dados tanto el tiempo transcurrido como la distinta percepción de las proporciones y las distancias que se tiene en la infancia, pero no cabía duda de que se trataba de él -se

estremeció al contemplar al pobre niño llorando de dolor- y de aquel desagradable episodio que le infundió una aversión de por vida a la gimnasia.

Pero, ¿cómo habían podido grabarlo? Era de todo punto imposible, puesto que las vetustas cámaras existentes entonces no se significaban por pasar precisamente desapercibidas, y menos en el transcurso de un examen. Y aun suponiendo que se tratara de una recreación virtual, no había manera alguna de que unos desconocidos pudieran conocer un episodio anecdótico de su infancia que en su momento pasó desapercibido por completo excepto, claro está, para él, su familia y algunos amigos.

Perplejo, preguntó mudamente con la mirada a su interlocutor, que sonreía de oreja a oreja. Éste, tras apagar la pantalla, le explicó:

-El vídeo es auténtico, unos agentes nuestros se colaron en el examen haciéndose pasar por profesores de otro colegio y lo grabaron con unas microcámaras desconocidas en esa época... fue sencillo una vez que hubimos identificado el evento y la fecha exacta en que ocurrió.

-¿Han espiado ustedes la totalidad de mi vida? -se lamentó desmayadamente Juan.

-¡Oh, no! Le puedo asegurar que respetamos escrupulosamente la intimidad no sólo de nuestros agentes, sino también la de todos aquellos que investigamos como posibles reclutas. Nada sabemos, ni nos interesa, de la vida privada de nadie, nos limitamos a investigar sólo aquello que tiene lugar en lugares públicos; nada diferente, por cierto, de lo que ocurre ahora con los omnipresentes teléfonos móviles, sólo que por razones obvias nos vemos obligados a camuflar nuestros equipos cuando viajamos a algún año en el que esta tecnología no se había inventado aún.

-Pero, aun con eso, han husmeado en mi vida sin mi consentimiento... -estalló-. ¡Eso es ilegal!

-Investigamos -el director recalcó el cambio de verbo- la vida de un difunto al que poco le podía importar ya nuestra presunta intromisión. Y si no lo cree, aquí tiene una copia del atestado policial de su accidente, con fotografías incluidas -concluyó arrojando sobre la mesa una carpeta-; le garantizo que también es auténtico, aunque poco agradable de contemplar.

-Está... está bien -musitó quedamente el atribulado Juan al tiempo que apartaba la carpeta con un dedo como si ésta estuviera emponzoñada-. Yo... me tiene que disculpar, pero esto es tan extraño... Lo que no entiendo es la razón de su interés por mí, que jamás he destacado en nada durante toda mi vida y he sido un perfecto desconocido excepto para mis más íntimos.

-No se infravalore usted, señor García. Que no haya triunfado socialmente, en el falso sentido que entiende la mayoría, no quiere decir que usted no valga; al contrario, para nosotros valía mucho, razón por la cual le hemos estado siguiendo discretamente desde hace bastantes años. Déjeme que le explique -añadió al ver la impaciencia marcada en el rostro de su huésped-. Aunque nosotros, dado la condición secreta de la Agencia, trabajamos de forma autónoma, tenemos acceso a todos los archivos y bases de datos de la Administración española, de modo que gracias a unos sistemas informáticos bastante sofisticados (resultaría imposible hacerlo de forma manual, aunque así es como se hizo en los inicios del cuerpo), nos es posible filtrar a todos aquellos candidatos potenciales. Sus expedientes académicos, su estado civil, el historial de su servicio militar, su currículum profesional, sus declaraciones de la renta, cualquier cosa sobre ellos que aparezca en el BOE... es increíble la cantidad de información que la Administración tiene sobre cada uno de nosotros, basta con recopilarla y procesarla convenientemente para saber si el perfil de alguien en particular resulta adecuado.

-Y así tenemos al Gran Hermano... -ironizó Juan.

-Insisto en que nosotros no somos espías, ni utilizamos más fuentes de información que las ya existentes en poder de la Administración. Y por supuesto, en el momento en el que alguien, por la razón que sea, queda descartado borramos automáticamente su expediente. ¿Para qué lo íbamos a querer? Ah, y tampoco devolvemos la información procesada por nosotros a ningún organismo de la Administración; ¿cómo lo íbamos a hacer si todos ellos desconocen nuestra existencia?

-Por lo que veo, no borraron el mío.

-En efecto, ya que usted nos era potencialmente útil, algo que sólo ocurre en muy contadas ocasiones. Claro que... tuvimos que esperar a que ocurriera su fallecimiento.

-¿Por qué razón? Esto no dejó de ser una crueldad innecesaria.

-Lo sé de sobra, pero en este punto los protocolos son muy estrictos y están además plenamente justificados. No podemos contactar a nadie hasta que no acontezca su muerte, aunque como cabe suponer nos remontamos brevemente en el tiempo para evitar que ésta ocurra... de nada nos serviría un cadáver -bromeó el director.

-Sigo sin entenderlo -objetó Juan-. Si son capaces de viajar por el tiempo, ¿a qué viene esa espera innecesaria? Aparte de que, aunque en ocasiones como la mía la muerte sea instantánea, a otros podrían evitarles, pongo por caso, una dolorosa agonía.

-Tiene usted razón, aparte de que poco nos servirían un enfermo de cáncer terminal o un anciano aquejado de Alzheimer; desgraciadamente, es así como perdemos a muchos posibles candidatos. De hecho, en la práctica nos vemos limitados a reclutarlos

entre aquéllos que, como usted, son víctimas de un accidente o bien de una enfermedad repentina, tal como un infarto, posible de evitar con los medios médicos actuales siempre y cuando sea posible prevenirla, como por fortuna es el caso. Y si está pensando en por qué razón no intervenimos antes de que esta persona envejezca o contraiga una enfermedad incurable, le diré que existen dos buenas razones para ello. La primera es que no podemos viajar al futuro sino tan sólo al pasado, por lo cual nos resulta de todo punto imposible saber lo que pueda acontecer en la vida de nadie, viéndonos limitados, pues, a esperar.

-¿Y la segunda?

-Que resulta extremadamente arriesgado alterar el flujo temporal, por lo cual podría ocurrir que la captación de un agente años antes de que éste falleciera de forma natural o accidental provocara un cambio de consecuencias irreversibles. Puede ser que no se llegara a extremos tan apocalípticos como predice la teoría del Efecto Mariposa, al fin y al cabo prácticamente nadie es tan importante como para ser capaz de alterar la historia, por acción u omisión, a causa de una intervención nuestra; pero esa persona a la que impediríamos continuar con su vida normal dejaría de tener, pongo por ejemplo, hijos, de modo que quizá estaríamos privando a la humanidad de un genio de la ciencia, de la literatura, del arte...

-O de un criminal -le interrumpió Juan.

-Cierto, pero nosotros no somos quienes para jugar a aprendices de brujos sin saber hacia donde nos podrían conducir nuestras manipulaciones, razón por la que preferimos trabajar sobre seguro. Rescatar a alguien después de haber fallecido nos da la seguridad de que no vamos a perturbar nada.

-Pero, según me acaba de decir, ustedes se remontaron por el tiempo para rescatarme cuando todavía estaba vivo... ¿no es una contradicción?

-Desde un punto de vista estrictamente formal, sí. Pero sólo fueron unos minutos, y en nada alteramos con ello el futuro fluir del tiempo.

-Salvo en que ahora no yazgo en la tumba donde debería estar, ya que en realidad no he muerto... amén de que ahora debo andar desaparecido, ya que en ningún lugar habrá quedado registrado mi fallecimiento.

-Olvida usted que tenemos a nuestra disposición, aunque sea de tapadillo, a la totalidad de los recursos de la Administración española -sonrió el director-. Para empezar, uno de los factores por los que usted nos resultaba tan útil, y uno además de los importantes, fue el hecho de que estuviera soltero y careciera de familia cercana; de hecho su cadáver, o lo que quedó de él, no fue reclamado por nadie. Así pues, y gracias a los topes que tenemos infiltrados en todos los ministerios, no resultó difícil *colar* los



documentos necesarios tales como el atestado policial -explicó al tiempo que señalaba la cerrada carpeta- o el certificado de defunción, que lógicamente habían desaparecido tras su no-fallecimiento y de los cuales habíamos guardado previamente sendas copias. En lo que respecta a sus propios restos, también inexistentes por idéntico motivo, existe en el archivo correspondiente un registro que indica que, tras pasar cierto tiempo en un depósito del Instituto Anatómico Forense, fueron oficialmente incinerados y las cenizas depositadas en un osario común. Con lo cual, a efectos prácticos usted ha dejado de existir para la Administración española. Pero, ¿qué le ocurre? -se inquietó el dueño del despacho al observar la transfiguración experimentada por el rostro de su interlocutor.

-¡Ustedes... ustedes son unos canallas! -exclamó iracundo-. ¿Por qué me dejaron morir? ¿Por qué no me advirtieron del peligro de cruzar el túnel, o me distrajeron con cualquier pretexto hasta que hubiera pasado el tren? Yo podría estar vivo y en mi casa, y no secuestrado en este manicomio.

-Eso hubiera resultado sin duda muy humanitario -respondió en todo glacial el director, al tiempo que acercaba disimuladamente el dedo al camuflado botón de alarma-; pero aparte, lo reconozco, de poco útil para nuestros fines, era completamente inviable por los motivos que acabo de explicarle. Al igual que no podemos captar a ningún *vivo* -llamémosle así- ante el riesgo de alterar su hipotético futuro, tampoco podemos hacerlo al contrario por idénticas razones. Usted falleció soltero y sin descendencia en determinada fecha, y ciertamente no movimos un dedo para evitarlo. Pero si lo hubiéramos hecho tal como sugiere, ¿quién nos garantizaría que usted no engendrara posteriormente a un... -endureció todavía más la voz- criminal?

-O a un benefactor de la humanidad -respondió éste mordaz-. Pero doy por bueno su argumento... hasta aquí.

-Explíquese, por favor -invitó el director frunciendo el entrecejo.

-Aun admitiendo la inevitabilidad de mi muerte, lo que no fue tal, sino fruto de una decisión unilateral suya, fue mi, llamémosle, *resurrección*, sobre la cual no recabaron en modo alguno mi opinión. Y a jugar por lo que acaba de decir, o mucho me equivoco o me han enfrentado a unos hechos consumados que me veo obligado a aceptar sin ninguna otra posible alternativa. Vamos, que me han incluido en la plantilla de su dichosa Agencia con independencia de cual pudiera ser mi voluntad propia.

-Se equivoca de nuevo, señor García -el director, más tranquilizado, retiró la mano del botón-. Usted es completamente libre de elegir si desea colaborar o no con nosotros. Sólo que -hizo una pausa-, en caso de que rehusara nos veríamos obligados a deshacer lo que hicimos volviendo a la situación original. Así de sencillo, y quede claro que no obligamos a nadie.

-Entonces, la alternativa a ser un agente suyo sería... ¿volver al hoyo?

El silencio de su anfitrión fue más explícito que cualquier palabra.

-Pues permítame que le diga que se trata de un repugnante chantaje -remachó.

-Lamento tener que contradecirle una vez más, pero vuelvo a insistir en que no es tal, sino la única opción posible para evitar posibles alteraciones del pasado... o del futuro, que para el caso viene a ser lo mismo porque acabará siéndolo. No somos ningunos monstruos, aunque nuestros métodos, impuestos por las circunstancias y no por nuestro capricho, pudieran hacerlo creer. Por cierto -se interrumpió dando un repentino giro a la conversación-; ¿sabe quién soy yo?

Se trataba evidentemente, de una pregunta retórica, puesto que como cabía suponer el recién llegado lo ignoraba. Así pues, continuó:

-En realidad mi nombre no le diría nada, lo importante es que sepa de *cuando* soy. A mí me fusilaron los sublevados franquistas en los primeros días de la Guerra Civil.

Juan le miró de hito en hito. Su interlocutor no aparentaba tener más de cuarenta y tantos o cincuenta años, así que difícilmente podrían haber fusilado en 1936 a alguien que no habría de nacer hasta varias décadas después.

-Sorprendido, ¿verdad? -sonrió éste, satisfecho del efecto conseguido por su recurso dialéctico favorito-. ¿A que me conservo bastante bien?

-Yo... -tartamudeó Juan, indeciso entre creerle o no.

-Acababa de cumplir cuarenta y cuatro años el día que me asesinaron, así que ahora ando por los... -fingió hacer un cálculo mental- ciento veintitantos.

-No puede ser.

-Mientras esté aquí, olvídense de los *no puede ser*. Ésta es una de las ventajas de trabajar con nosotros; la Agencia no se encuentra ubicada en ningún lugar físico determinado, sino en el interior de un campo de éxtasis en el que el tiempo no transcurre, de hecho no podría existir si no fuera así. Reconozco que el término no es demasiado correcto, pero no se me ocurre otro mejor. Y si bien es cierto que no resulta posible rejuvenecernos tampoco envejecemos, razón por la que todos nosotros conservamos la edad biológica que teníamos cuando llegamos aquí. Otra ventaja no menos apreciable es que los más antiguos se pueden beneficiar de los avances de la medicina gracias al concierto que tenemos suscrito con la sanidad pública... con identidades supuestas, por supuesto. No vea lo feliz que me sentí al verme curado de la tuberculosis que me minaba los pulmones y que, de no haberse adelantado los

franquistas, me hubiera mandado a la tumba no muchos años más tarde. Por supuesto -remachó- en caso de quedarse con nosotros a usted le ocurriría lo mismo; aunque como ya le he dicho no es posible viajar al futuro, aquí el tiempo, el cronológico valga la redundancia, no el biológico, transcurre en sincronía con el exterior, de modo que nuestro presente coincide siempre con el de allá afuera... así que no es de desdeñar la posibilidad de que en un futuro más o menos cercano pueda usted disponer de un tratamiento médico adecuado para alguno de sus achaques, que por desgracia a nadie le faltan.

-En fin -suspiró Juan-, que todo resulta demasiado bonito. En cualquier caso, y puesto que no veo que tenga demasiado que perder, seguiremos la broma. Además, lo cierto es que mi vida había entrado en lo que parecía ser un callejón sin salida...

-¿Significa esto que acepta? -preguntó el director de forma protocolaria, ya que conocía de sobra la respuesta; no en vano habían estudiado a fondo el expediente del *candidato* antes de rescatarlo de la tumba.

-¡Qué remedio! Pero dígame, ¿tan antigua es esta jaula de grillos?

-Bueno, de forma organizada tal como está ahora, aunque lógicamente con unos medios técnicos mucho más limitados, se remonta al menos hasta la época de Cánovas. Existen indicios de que la Agencia pudiera ser bastante más antigua, pero el caos de los reinados de Carlos IV, Fernando VII e Isabel II impide que podamos confirmarlo. Incluso hay quien dice que podría remontarse al menos hasta la Ilustración, pero son sólo hipótesis.

-Me sorprende que una tecnología tan avanzada surgiera a la par, o antes incluso que la Revolución Industrial, y además en un país tan atrasado entonces como España... -objetó Juan.

-Es que no la inventaron nuestros antepasados, simplemente la encontraron, al parecer de forma fortuita, y se limitaron a aprovecharse de ella, primero de forma muy limitada porque no la entendían y, más tarde, de una manera más sistemática -explicó el director-. De hecho, aun hoy en día distamos mucho de comprenderla totalmente y de aprovechar, por lo tanto, todas sus posibilidades. A saber quienes fueron los que la crearon, aquí hay hipótesis para todos los gustos pero carecemos de pruebas que sirvan para confirmar alguna de ellas.

-Curioso... y sorprendente -el neófito ya se había rendido por completo a la evidencia, por muy asombrosa que pudiera resultar ésta-. En cualquier caso, he de reconocer que la oportunidad de colaborar con ustedes me resulta excitante... sobre todo teniendo en cuenta que soy muy aficionado a la ciencia ficción -el director, conocedor también de este detalle se sonrió para sí- y, en especial, a los relatos de viajes por el

tiempo, sobre todo aquéllos en los que unos patrulleros espaciales viajan a través de los siglos para evitar que la historia se altere.

-Sí, todo eso es muy bonito y existe realmente -reconoció su anfitrión-, pero he de advertirle que no es lo que hacemos aquí.

Y viendo el gesto de sorpresa del recién reclutado agente, explicó:

-Para empezar carecemos de presupuesto suficiente para ello, por desgracia no nos hemos conseguido librar de las restricciones presupuestarias, y al ser una entidad secreta tampoco tenemos manera de hacer valer nuestros intereses, ya que para los políticos quien no da votos no existe. De hecho, tenemos restricciones hasta para hacer fotocopias. Además, de eso se encargan ya los norteamericanos a través de su Central Time Agency, secreta también como cabía esperar. Se supone que son nuestros aliados -bufó- y que en caso de necesidad podríamos pedirles ayuda, pero lo cierto es que a la hora de la verdad van a lo suyo y ni siquiera hemos conseguido, pese a nuestros reiterados intentos, que accedieran a corregir algunas cosillas de la Guerra de Cuba que chirriaban y han llamado la atención a los historiadores. ¡Anda, que si llegamos a pretender que la perdieran...!

-¿Entonces?

-¡Oh, no se preocupe! En realidad nuestra labor es mucho más prosaica, pero no menos importante pese a su falta de espectacularidad. No, no enviamos a nadie al pasado para asegurarnos de que Cervantes escriba el Quijote o que -hizo un ostensible gesto de desagrado- el canalla de Franco gane la Guerra Civil; ni siquiera podemos, por falta de presupuesto, mandar a historiadores, y le aseguro que los tenemos muy buenos, a investigar ciertos episodios mal conocidos de la historia de España. De hecho, las misiones de campo suelen estar limitadas a la captación de nuevos agentes, tal como hicimos con usted, y aun solemos andar siempre escasos de personal. Bueno, eso sí, de vez en cuando nos damos el capricho de recuperar algún objeto desaparecido tal como el cuadro de Velázquez que tengo tras de mí, al menos nos permitimos el lujo de adornar la sede de la Agencia con obras de arte de excepcional importancia recuperando al menos parte una pequeña parte del patrimonio perdido a lo largo de los siglos.

Hizo una pausa, suspiró -al menos así le pareció a Juan- y continuó:

-A lo que se dedica mayoritariamente la Agencia es a lo que podríamos considerar tareas burocráticas. Como usted sabe, uno de los defectos típicos de los españoles es el de dejar siempre las cosas para el último momento, procrastinación según el diccionario, aunque en términos coloquiales lo solemos conocer como vaguería o pereza. Y, claro está, lo normal es que nos acabe cogiendo el toro. Aunque este problema muchas veces no pase de ser trivial o poco importante, como ocurre cuando seguimos sin hacer la

maleta a la hora de iniciar el viaje o, cuando dejamos el estudio de una asignatura hasta la víspera del examen, en otras puede acarrear consecuencias infinitamente más graves, sobre todo cuando afecta a la Administración.

»Supongo que ya sabrá a qué me refiero; un político se compromete a hacer algo en un plazo determinado, se lo encarga a los administrativos y a los técnicos que son los que en realidad les sacan las castañas del fuego y éstos les dicen que es materialmente imposible tenerlo terminado para entonces, pese a lo cual el político de marras sigue en sus trece. Los técnicos hacen lo que pueden pero, tal como habían advertido, no consiguen llegar a tiempo.

-Sé perfectamente de qué me habla -concedió Juan-. Yo soy, o mejor dicho, era funcionario y me tuve que tragar alguno de esos marrones.

-Entonces, no tengo que explicarle más. Le he puesto un ejemplo, pero en realidad hay muchos más -se explayó el director-. Presupuestos que se agotan antes de lo previsto quedándose proyectos sin terminar, o bien justo lo contrario, presupuestos que por desidia no se gastan en el correspondiente ejercicio revirtiendo a las arcas públicas en lugar de ser invertidos en algo necesario. Mal funcionamiento de negociados que quedan atascados, negligencias que causan perjuicios a veces muy graves, incluyendo en ocasiones accidentes mortales... la Administración española es en su conjunto, a pesar de que muchos de sus funcionarios sean buenos trabajadores, una auténtica chapuza, de muy difícil solución además dado que el problema es estructural y se arrastra desde hace siglos, ya el pobre Larra se lamentaba de ello hace casi doscientos años. Y nosotros, como puede imaginarse, somos los bomberos que tenemos que ir de aquí a allá apagando fuegos, poniendo parches y haciendo de todo para intentar que ésta funcione siquiera un poco menos mal, todo ello además a escondidas de esos mismos políticos que han creado, en muchas ocasiones, el problema. No tome como presunción si le digo que, si no existiéramos, posiblemente ésta colapsaría.

-Entiendo... -respondió Juan en tono alicaído-. Pero no acabo de comprender como pueden conseguirlo.

-Es fácil de explicar -suspiró el director-, aunque por desgracia bastante más difícil de hacer. Solemos recurrir a algo parecido a lo que los negociadores llaman *parar los relojes* cuando una reunión llega a su fin sin resultados; nos las apañamos para dar microsaltos temporales logrando que eso que estaba atascado tenga tiempo suficiente para solucionarse, o bien evitando que alguien meta la pata, una de las aficiones favoritas de los políticos. En ocasiones hemos llegado incluso a congelar momentáneamente el tiempo de un ministerio completo, aunque eso requiere mucha habilidad máxime teniendo en cuenta el carácter secreto de nuestras actividades. Pero en general nos las solemos apañar bastante bien, al fin y al cabo contamos ya con bastante más de un siglo de experiencia.

-Bien, si es lo que hay... -musitó el nuevo agente- tendré que aceptarlo.

-Reconozco que no se trata de una tarea apasionante y que en ocasiones puede resultar incluso aburrida, pero en realidad la mayor parte de los trabajos tampoco lo son. Pero como ya le he comentado, también tiene sus ventajas y sus compensaciones. Además aquí somos como una gran familia, nunca se sentirá solo.

Levantándose de su asiento el director tendió la mano a Juan García y le dijo:

-Bienvenido a la Agencia. Estoy seguro de que podremos hacer muchas cosas juntos.

## IMPOSIBLE

-¿Qué opinas de los viajes por el tiempo?

La pregunta de mi amigo me pilló desprevenido. Ambos habíamos comido en un restaurante cercano y ahora disfrutábamos de la sobremesa en su casa, tomando un excelente y poco conocido licor mientras escuchábamos relajados las suaves notas de una composición musical que, para mi incomodidad, no lograba identificar.

-Bien -respondí dubitativo tras paladear con deleite un pequeño sorbo-, sin duda es un tema interesante... para la ciencia ficción.

-¿Acaso no crees en la posibilidad de viajar por el tiempo? Posibilidad real, me refiero.

-Evidentemente, no -tras la inicial sorpresa mi respuesta fue tajante-. Ciertamente soy aficionado a la ciencia ficción, pero como también sabes mi formación académica es científica y sé distinguir, creo que perfectamente -recalqué, con una pizca de mordacidad-, entre las hipótesis serias y las tomaduras de pelo, por mucho que estas últimas puedan tener infinidad de seguidores y cuenten hasta con programas de televisión propios.

-Haces mal -suspiró-. La historia de la ciencia demuestra una y otra vez que lo que en un momento determinado pudiera haber parecido una fantasía, con el tiempo ha acabado convirtiéndose en realidad.

-Sí, claro -ironicé-. Por eso disponemos de coches aéreos, robots inteligentes o energía de fusión limpia y barata, y si se nos antoja podemos ir de vacaciones a cualquier sistema solar situado a menos de cincuenta años luz...

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -me recriminó pesaroso-. Existen ejemplos sobrados de lo que digo. Y conste que no hablo ya de algo tan antiguo como las condenas y persecuciones que en su día sufrieron quienes osaron defender que la Tierra giraba en torno al Sol y no a la inversa. Por ponerte dos ejemplos relativamente recientes, a raíz de la invención del ferrocarril fueron muchos los sesudos *expertos* que pronosticaron que una velocidad superior a los treinta kilómetros por hora provocaría la muerte por asfixia de sus pasajeros, y tan sólo algunas décadas más tarde uno de los científicos más prestigiosos de su época *pronosticó* -enfaticó el verbo- que los aviones jamás podrían volar, puesto que lo prohibían las matemáticas... apenas unos años antes de que unos modestos artesanos sin la menor formación académica logaran hacerlo con su tosco artilugio casero. El resto es historia -concluyó desafiante.

-Tienes razón -concedí-, pero todo tiene un límite. No podemos imaginar como posible cualquier disparate que se nos ponga por delante.

-¿Y por qué no? -me retó-. ¿Quién eres tú, quién es nadie, para fijar ese límite allá donde se te antoje? ¿Acaso hubiéramos sido capaces de imaginar, no hace tantos años, realidades tan tangibles como los ordenadores conectados a una red mundial? ¿O los teléfonos móviles? ¿O los avances en la medicina y la cirugía? Algo que, dicho sea de paso -añadió con malicia-, no llegó a ser ni tan siquiera imaginado por tus admirados escritores de ciencia ficción.

-Eso no es del todo cierto -protesté-, ya que al menos en algunos casos... - me interrumpí, puesto que el debate sobre la capacidad predictiva de la ciencia ficción nos hubiera desviado demasiado, llevándonos además a un callejón sin salida-. Está bien, te doy la razón... -concedí- en condicional, por supuesto. Porque los viajes por el tiempo, aun admitiendo que pudieran ser técnicamente viables, tropezarían con una serie de imposibilidades físicas que en la práctica los convertirían en inviables.

-¿A qué te refieres?

-Por ejemplo, a las paradojas temporales. Por definición, por pura metafísica si me apuras, tales paradojas jamás podrían ocurrir puesto que en sí mismas no tienen sentido, conducen a resultados absurdos. Y sin ellas no se podría viajar por el tiempo, al menos tal como pensamos habitualmente. Imagina que alguien fuera al pasado y consiguiera alterarlo... en consecuencia esto ya habría sucedido antes incluso de que a él se le ocurriera, por lo cual en pura lógica el futuro no debería cambiar respecto a una hipotética realidad anterior puesto que ya lo habría hecho. Así pues, si lo aceptas como posible te estás cargando nada menos que el principio de causalidad al anteponer a la causa el efecto.

Hice una pausa que aproveché para apurar la copa y añadí:

-Si lo analizamos con un mínimo de rigor, veremos que todas estas truculentas historias de alguien que va al pasado y mata por accidente a un antepasado suyo, o bien provoca de forma inadvertida una alteración del continuo del espacio tiempo que trae como consecuencia un cambio drástico del presente, no tienen la menor consistencia lógica. Ciertamente quedan muy bien en un relato fantástico, a mí personalmente me encantan, pero nada tienen que ver con la prosaica realidad. Al fin y al cabo los viajes por el tiempo, en caso de existir, tendrían que estar obligados a respetar las leyes fundamentales de la física y de la lógica, con independencia de que todavía pudiéramos desconocer aquéllas concretas que las regularan. Por cierto, ¿te importaría echarme otra copa? Este licor está realmente bueno.



Mi amigo sonrió, escanció dos generosas raciones, y, tras tomar un pequeño sorbo, me rebatió:

-Me temo que no es tan sencillo como lo estás planteando. Para empezar, un viajero podría ir al pasado en calidad de, digamos, espectador, sin la menor posibilidad de alterar el devenir del tiempo e incluso ni tan siquiera interactuar con él, no porque no quisiera, sino porque se vería constreñido por las leyes físicas que acabas de invocar... lo cual, pese a sus limitaciones, resultaría positivo puesto que nos permitiría conocer la historia de primera mano.

-Eso no sería viajar realmente por el tiempo -puntalicé con desgana-, sino espiarlo. Estoy de acuerdo contigo en que sin duda constituiría una herramienta de investigación histórica muy valiosa, pero no me sirve ya que de lo que estamos hablando es de viajar físicamente al pasado, no de contemplarlo como si fuéramos los espectadores de una película.

-Está bien -concedió-. Aceptemos como hipótesis de partida que es posible viajar físicamente al pasado y que, por la razón que sea, existen unas leyes físicas que prohíben cualquier tipo de posibles paradojas, lo que en la práctica se traduciría en la imposibilidad de alterar el discurrir del tiempo... de paso -especuló-, esto podría servir también para evitarnos la tentación, e incluso la responsabilidad, de quitar de en medio a algún que otro personaje histórico especialmente odioso. Dadas estas condiciones, y suponiendo que contáramos con la tecnología adecuada, ¿qué impedimento existiría?

Sonreí, convencido de que ya tenía la partida ganada.

-Esto que propones serviría tan sólo para estrellarnos contra otras paradojas distintas que nos devolverían a la casilla de salida. Te lo explicaré siguiendo el razonamiento inverso, para llegar a una reducción al absurdo que lo demuestre.

Hice una pausa teatral y continué:

-Imaginemos que *sí* -enfaticé- se puede viajar físicamente al pasado, e imaginemos también que es posible interactuar con él provocando algún tipo de cambio en la historia. Esto se traduciría en una alteración de la línea temporal, con consecuencias imprevisibles de cualquier tipo... ¿estás de acuerdo?

»Pongamos un ejemplo sencillo que ni siquiera es original, porque recuerdo haberlo visto en alguna película. Yo viajo al pasado y, no me voy a poner dramático matando a nadie, impido de alguna manera que tus padres lleguen a conocerse, con lo cual tú y tus hermanos dejaríais automáticamente de existir... de hecho, en la nueva realidad ni siquiera habríais existido. Y como una vez ocurrido esto nada impediría que tanto tu padre como tu madre pudieran conocer a otras personas distintas y casarse con ellas, de rebote habrían surgido de la nada varios hermanastros tuyos que, de no haber tenido

lugar mi intromisión, jamás hubieran llegado a nacer... situación que se agravaría todavía más si, en vez de la boda de tus padres, hubiera frustrado la de tus abuelos o la de tus tatarabuelos, puesto que la perturbación se propagaría a través de las sucesivas generaciones siguiendo una progresión geométrica. Esto sin contar, claro está, con que todos aquéllos que os hubieran conocido en algún momento de vuestras vidas, que supieran que tu padre y tu madre se habían casado y habían tenido hijos, se encontrarían de pronto frente a una situación diametralmente distinta. ¿No se trata de una paradoja?

Mi amigo me miró en silencio, fijando a continuación la vista en la copa que sostenía entre sus manos. Consciente de la superioridad táctica que me proporcionaba haber leído muchos relatos de ciencia ficción que abordaban el tema de los viajes por el tiempo, me envalentoné:

-Además, ¿qué ocurriría con todas estas no-personas, tanto las que dejaron de ser como las que hasta ese momento no habían llegado a serlo? ¿Tendríamos que recurrir para explicarlo a algún tipo de limbo en el que todas ellas pudieran permanecer en reserva hasta que les llegara el momento, si les llegaba, de tener una existencia real? Sinceramente, me parece absurdo tanto desde un punto de vista científico como filosófico.

Intentó abrir la boca, pero le interrumpí empeñado en dejarle sin argumentos.

-Eso sí, reconozco que existe otra posibilidad que nos permitiría evitar tener que meternos en camisas de once varas metafísicas. Podríamos imaginar que, al desvanecerse la primitiva realidad y ser sustituida por otra nueva, todo se readaptaría automáticamente para corregir posibles incongruencias: a quienes no se vieran afectados directamente por el cambio se les borrarían de la memoria todos los recuerdos relativos a los desaparecidos, sustituidos por otros nuevos surgidos de la nada; aunque también se tendrían que reescribir automáticamente todos los libros de historia, borrarse y volverse a crear fotografías y vídeos... eso sí, al menos quedaría a salvo la congruencia ya que nadie sería consciente de que la realidad había sido alterada, pero el lío sería tan monumental que, sinceramente, no me lo planteo como opción válida.

Pero todavía me quedaba más munición.

-Y no hemos acabado con todas las posibles paradojas -remaché-. Si en nuestro siglo, pongamos por caso, se inventara el modo de viajar por el tiempo, cabe suponer que en nuestro futuro, todavía con mayor razón, también pudieran ser capaces de hacerlo. Así pues, ¿por qué razón no hemos tenido nunca visitantes procedentes de allí?

-Puede que intentaran pasar desapercibidos -objetó sin demasiado convencimiento-. O que a causa de esas leyes físicas que tanto te gustan tan sólo pudieran observarnos sin

interaccionar, con lo cual quedaría automáticamente descartado que nos fuera posible verlos.

-Aun aceptándolo -repliqué a mi vez-, todavía nos queda algo importante por dilucidar. Esa máquina del tiempo ¿sería capaz de viajar también al futuro? ¿O sólo podría desplazarse al pasado?

-¿Por qué preguntas eso? -se extrañó-. No creo que fuera demasiado diferente ir en un sentido o en el otro.

-Pues me temo que sí lo es -continué acorralándole- ya que, asumiendo el marco físico que más o menos hemos consensuado, si bien viajar al pasado, aunque fuera como un simple espectador, no debería alterar en teoría la trama del espacio tiempo puesto que conoceríamos algo que ya sucedió no ocurre lo mismo con el futuro debido a que en este caso tan sólo cabrían dos opciones: o bien resultaría imposible visitar algo que todavía no ha ocurrido o bien, en caso de poder hacerlo, seríamos capaces de conocer las consecuencias de nuestros actos antes de realizar éstos, con lo cual estaríamos violando de nuevo el principio de causalidad.

-Quizá la correcta sea la primera de las dos opciones... -se replegó todavía más-. Es decir, que sólo se pueda viajar al pasado porque ya fue, pero no al futuro porque todavía no es.

-Entonces -rematé triunfante-, ¿cómo se explica que nosotros no pudiéramos viajar a, pongamos, dentro de un siglo, pero que sí pudiera hacerlo alguien procedente de una época posterior para quien nuestro futuro fuera ya su pasado? En mi opinión, esta asimetría temporal, llamémosla así, es en sí misma otra paradoja.

Para celebrar la victoria decidí premiarme con un generoso trago. Pero estaba equivocado ya que, pese al varapalo sufrido, mi contrincante dialéctico seguía sin darse por vencido.

-Es que ya ha habido al menos un viaje por el tiempo... -objetó con un hilo de voz- aunque por desgracia tan sólo fue de ida y el viajero no pudo volver al presente, sufriendo el destino de tantos y tantos pioneros -concluyó sombrío.

Con toda seguridad se trató de una mera casualidad, pero que coincidiendo con su afirmación estallara una retumbante fanfarria en la hasta entonces plácida música, no tuvo por menos que sobresaltarme... e inquietarme.

-¿Cómo dices? -le pregunté luchando por no atragantarme.

-Que ya se ha viajado en el tiempo -repitió.

-¡Eso es imposible! -aunque teníamos la suficiente confianza para no tomar en serio nuestras discusiones, en ese momento comencé a sentirme irritado por lo que me parecía una intolerable falta de consideración; una cosa era especular sobre los temas más peregrinos como divertimento intelectual, y otra muy diferente intentar hacerme tragar ruedas de molino. Al fin y al cabo el científico -dentro de lo que cabía- era yo, puesto que su formación académica era lo que comúnmente se había venido denominando *de letras* antes de que una absurda y reciente moda se hubiera empeñado en rebautizar a todas las disciplinas humanísticas como todo tipo de nuevas *ciencias*.

-Te aseguro que estoy hablando completamente en serio -insistió en tono grave.

Dejé la copa sobre la mesa -en realidad estuve a punto de romperla-, me levanté y comencé a dar paseos nerviosos por el salón. Por fortuna la música volvía a ser suave, lo que me ayudó a tranquilizarme.

-Creo en tu sinceridad -concedí-, pero me niego a aceptar que esa patraña pueda ser cierta. Con independencia de su hipotética imposibilidad científica, de la que estoy completamente convencido, dudo mucho que algo tan trascendental hubiera podido pasar desapercibido. ¿Dónde lo has leído? No creo que haya sido en una revista especializada, y dado que los periodistas, por lo general, suelen ser bastante aficionados al sensacionalismo, no deja de ser un hecho cierto que los medios de comunicación suelen estar repletos de todo tipo de tonterías.

-Olvidas una cosa ¡y siéntate, que me estás poniendo nervioso! -casi me gritó, ignorando mi pulla-. Tal como has reaccionado, comprenderás que el escepticismo con el que habría sido acogida la noticia hubiera sido general. Por esta razón su inventor, del que no estoy autorizado a decir su nombre aunque sí te puedo asegurar que le conocía personalmente, se vio obligado a mantenerlo en secreto.

-Ya, y de paso se llevaría el secreto a su tumba... -rezongué mientras le obedecía-. Lamento decírtelo, pero mucho me temo que la historia del inventor genial incomprendido e incluso perseguido, es más antigua que las pirámides de Egipto. Si a ello le sumamos una dosis conveniente de conspiranoia, tenemos el cóctel listo. No, no te estoy acusando de nada -condescendí con diplomacia viendo que fruncía el ceño- ni mucho menos pretendo tomarte por un ingenuo; pero estarás de acuerdo conmigo en que, aunque eres muy bueno como abogado, tus conocimientos científicos son menores que los míos, quizá insuficientes para poder dilucidar si en casos como éste no te estarán dando gato por liebre. A mí me pasaría exactamente lo mismo con un asunto de leyes...

No puedo afirmar que mi parrafada sirviera para apaciguarle, pero lo cierto fue que, en contra de lo que esperaba, se derrumbó.

-No es eso -musitó con aire quedo-. Yo le conocía lo suficiente para estar seguro de que no era ningún farsante.

-No he pretendido afirmar que lo fuera -contemporicé-; pero son muchas las personas sinceras y honradas que se pueden equivocar de buena fe.

-Pa... -se interrumpió al darse cuenta de que iba a pronunciar el nombre del presunto cronoviajero- mi amigo llevó a cabo sus estudios en el más completo de los secretos por temor al descrédito. Era un excelente ingeniero -suspiró- y, en contra de lo que se pudiera pensar, una vez resuelta la cuestión teórica no le resultó demasiado difícil reunir los materiales que necesitaba para construir su artefacto. Como él decía, la solución a un problema complejo puede ser una realidad muy sencilla.

-Y construyó una máquina del tiempo -decidí llevarle la corriente evitando roces innecesarios.

-No era una máquina del tiempo -me corrigió- sino algo que quizá podríamos llamar un traje del tiempo, ya que toda la maquinaria cabía en una mochila y se podía manejar desde unos controles incrustados en los puños; así de sencillo.

Hizo una pausa que aprovechó para apurar la copa de golpe, y continuó:

-Una vez estuvo terminado el aparato, haré de ello alrededor de un año, invité a un pequeño grupo de amigos, yo entre ellos, a presenciar su primer ensayo; tenía mucho interés en contar con testigos directos que pudieran avalarle una vez hecho público su descubrimiento, ya que temía por encima de todo que no fuera tomado en serio. Llevaba consigo una cámara digital y, con mucha renuencia, había aceptado una pequeña pistola que alguien le proporcionó; decía que no necesitaba armas puesto que, en caso de peligro, le bastaría con pulsar lo que él llamaba el botón del pánico para desvanecerse, retornando de forma instantánea al presente. A ser posible, pretendía también traer algún objeto que pudiera servirle de prueba irrefutable que le permitiera demostrar la veracidad de su viaje al pasado.

-¿Y qué ocurrió? -pregunté con un interés que me sorprendió a mí mismo; muy a mi pesar comenzaba a sentir curiosidad por la historia, por muy inverosímil que siguiera pareciéndome ésta.

-Desapareció -suspiró abatido-. Según nos dijo, dado que el tiempo fisiológico y el subjetivo no tenían por qué estar sincronizados, tenía previsto volver a aparecer en el lugar de partida, el sótano de su casa que había habilitado como laboratorio, apenas unos segundos después de haberse marchado, con independencia de cuanto pudiera haber permanecido en el pasado. Por lo tanto no tendríamos que esperar para ser testigos de su vuelta... a menos que el experimento fallara.

-Y falló, según me has dicho.

-Así fue. Tras despedirse de todos nosotros pulsó un botón y desapareció de nuestra vista; simplemente, se esfumó. Lamentablemente no volvió a aparecer, por lo que es imposible saber a donde pudo ir a parar y las causas por las que no le fue posible volver.

-¿Eso fue todo? -pregunté, con una pizca de decepción.

-Eso fue todo -corroboró-. Tras cerciorarnos de que no aparecería y convenir que no merecía la pena seguirle esperando, todos nosotros concertamos un acuerdo que nos permitiera dar una excusa verosímil a su desaparición sin correr el riesgo de que nuestras mentiras pudieran llegar a ser descubiertas. Inventamos que, durante un paseo por el campo, él se había caído de forma accidental a un río cercano, que entonces bajaba muy crecido, ahogándose sin que pudiéramos localizar su cadáver. La policía nos creyó, al fin y al cabo éramos un grupo de ciudadanos responsables, y rastreó el río obviamente sin resultado; estas desapariciones ocurren de vez en cuando, por lo cual no les extrañó demasiado que el río que se lo había tragado no devolviera a su presa. Mi infortunado amigo no tenía familiares directos, por lo que fuimos nosotros mismos quienes tramitamos su defunción avisando a unos parientes suyos para que se hicieran cargo de la herencia.

-Luego no existe ninguna prueba que pueda demostrar la existencia de ese viaje -porfié, aunque evitando cualquier posible tono de displicencia.

-Tan sólo dispongo de mi palabra -reconoció-. Bueno, de la mía y de la del resto de los testigos, aunque todos nosotros nos conjuramos para guardar silencio; a nadie le apetecía convertirse en sospechoso de un homicidio con ocultamiento de cadáver o, todavía peor, ser encerrado en un manicomio.

-Entonces, ¿por qué razón me lo has contado a mí? -me extrañé.

-Porque, después del tiempo transcurrido desde entonces, necesitaba desahogarme con alguien que no fuera un psiquiatra... y en ti confío, pese a que temía tu incredulidad.

Vaya, ahora resultaba que me había tomado como sucedáneo de un psicoanalista... pero no se lo podía reprochar. Con independencia de que su historia fuera o no cierta, y yo seguía firmemente asentado en el escepticismo, era evidente que mi amigo había sufrido un importante trauma y que me había elegido como confidente. No me importaba que su inverosímil historia fuera un cuento chino y que me ocultara la verdadera naturaleza del problema, ni me importaba tampoco que hubiera sido realmente testigo de una muerte en unas circunstancias que recomendaban guardar silencio; fuera lo que fuese me había pedido ayuda, y yo no podía defraudarle.

-Bien -respondí al fin, buscando un difícil equilibrio entre mi empatía y mis escrúpulos científicos-, al parecer tampoco existe nada que demuestre lo contrario.

Vi que respiraba aliviado pese a lo farisaico de mi conclusión. Lo tomé como mi buena obra del día...

-¿Conoces a qué época viajó? -añadí, más en un intento de desviar su atención de mi irreductible escepticismo, que por verdadero interés.

-Sí, por supuesto, él nos lo dijo -respondió ya más tranquilo-. Era un apasionado de la historia antigua, sobre todo de la época de las Guerras Púnicas; admiraba especialmente a Aníbal, al que consideraba el mayor general de todos los tiempos, y su intención era fotografiarle durante alguna de sus campañas contra los romanos.

-Pues con su atavío, tal como me contaste, le habría resultado difícil pasar desapercibido.

-No pretendía acercarse a nadie, ya que esto hubiera resultado muy peligroso. La cámara tenía un potente teleobjetivo y planeaba situarse a una prudencial distancia, preferiblemente en alguna altura cercana, desde donde poder fotografiar en pleno combate a él y a sus soldados sin correr riesgos innecesarios. Por esta razón había elegido una de las batallas de la Segunda Guerra Púnica, no recuerdo cual, ya que suponía que en el fragor de la lucha nadie le prestaría atención. Además se trataba tan sólo de un primer ensayo, no pensaba permanecer allí más de unos minutos; ya tendría ocasión de completar su investigación en viajes posteriores.

Desde luego no le faltaba inventiva, por lo que decidí continuar siguiéndole la corriente.

-Por supuesto, no tuvisteis manera de saber si llegó sano y salvo a su destino... -y, viendo peligrar mi recién conquistada confianza, añadí conciliador-. Pudiera haberle fallado el equipo por el camino, o como quiera que se pueda llamar el trayecto a través del tiempo.

-Pudiera -concedió aliviado-. Pero para el caso es lo mismo, nunca volvió.

Dicho lo cual, se sirvió otra copa de licor encerrándose en un sombrío silencio.

Yo, por mi parte, opté por salir a la terraza a tomar un poco el fresco de una agradable tarde primaveral, ya que la conversación me había calentado la cabeza más de lo que yo hubiera deseado. La vivienda de mi amigo estaba situada en un lugar privilegiado al borde mismo de la bahía, por lo que las vistas que se contemplaban desde ella eran espectaculares y, lo reconozco, me provocaban una irresistible sensación de envidia.

Acodado en la barandilla y viendo mecerse suavemente las embarcaciones del cercano puerto comencé a darle vueltas al tema, por supuesto bajo mi prisma personal. Era evidente que mi amigo había presenciado algo grave que le dejó seriamente traumatizado, pero una vez estuve solo mis razonamientos volvieron a girar en torno al escepticismo científico. ¿Cómo iba a ser posible viajar por el tiempo? Quizá, pensé, la historia de ese visionario viajero temporal fuera parcialmente cierta a excepción, claro está, del detalle de su inverosímil desaparición; quizá pudiera haber muerto víctima de su invento, electrocutado o algo así, tras lo cual sus invitados habrían optado por hacer desaparecer discretamente el cadáver; rocambolesco, sin duda, pero mejor explicación que con la que me había intentado convencer. En cualquier caso, fuera de la salud mental de mi amigo nada más me interesaba de tan inverosímil historia.

Volví a fijar mi vista en la bahía mientras a mis espaldas comenzaban a encenderse las luces de Cartadast. Tras los montes que la abrazaban por ambos lados se abría el Mar Púnico, en cuya otra orilla se alzaba nuestra capital, Cartago. No me extrañaba que el viajero, fuera éste real o imaginario, hubiera elegido como objeto de su admiración al gran Aníbal, nuestro héroe nacional, ya que gracias a él nuestra patria había logrado aplastar en Zama a los odiados romanos conjurando de esta manera el peligro que se cernía sobre la orgullosa Cartago.

El resto de la historia es sobradamente conocido para cualquier escolar, puesto que constituye uno de los mayores momentos de gloria de la bimilenaria civilización púnica. Tras la muerte en combate de Escipión y la aniquilación de su ejército, y conjuradas las rivalidades que habían desgarrado a su propio pueblo, Aníbal aprestó en un tiempo récord una fuerza expedicionaria con la que invadió por segunda vez la península itálica, en esta ocasión por el sur, arrasando todos los vestigios de la derrotada Roma que tuvieron la desgracia de interponerse en su avance triunfal.

De poco les sirvió a los romanos intentar detenerlo. Reforzadas sus tropas con los excelentes soldados iberos no tardó en conquistar su capital, la otrora orgullosa Roma, a la que arrasó hasta los cimientos alzando sobre su solar otra Nueva Cartago, otra Cartadast homónima de la que fundara la familia Barca en la costa ibérica, la misma ciudad en la que ahora me encontraba. Una vez terminada la campaña bélica Roma había dejado de existir y, con ella, la amenaza que habían representado sus ansias de dominar el orbe.

Pese a los más de veintidós siglos transcurridos desde entonces, todavía hoy se celebra el aniversario de su victoria. Cómo no iba a hacerse si, a decir de los historiadores, en Zama se decidió el destino del pueblo púnico ya que, de haber sido derrotado Aníbal en tan trascendental batalla, habría estado en juego la propia supervivencia de Cartago, posiblemente arrasada por los romanos al igual que lo fue la ciudad del Tíber.



Por fortuna no fue así. Aníbal no sólo volvió a derrotar una vez más, sino que también aniquiló al que fuera su más acendrado enemigo. Roma y Cartago no cabían en el Mar Púnico, por lo que una de ellas estaba abocada a desaparecer... y lo fue la primera, gracias a lo cual nuestra civilización no sólo se salvó de la catástrofe sino que además pudo expandirse, tanto por África como por Europa, mucho más allá de nuestras tradicionales posesiones de África y la península ibérica.

En estos dos milenios largos han ocurrido infinidad de avatares históricos, no todos ellos halagüeños. Hubo que conjurar invasiones, tanto de las bárbaras tribus llegadas del brumoso norte como del siempre amenazador Oriente, primero frente a los taimados persas a los que aliados con los pueblos griegos y con nuestros hermanos fenicios logramos contener más allá del Éufrates, y siglos después ante los no menos peligrosos árabes, a los que logramos impedir que impusieran su cultura y su nueva religión en las tierras ribereñas del Mar Púnico. Ciertamente el imperio púnico ha padecido graves reveses que a punto estuvieron de acabar con él, sin olvidarnos de los largos siglos oscuros durante los cuales se encogió sobre sí mismo fragmentándose en numerosos estados continuamente enfrentados entre sí.

Todo ello quedó atrás hace siglos gracias al tesón de nuestros antepasados, que consiguieron superar todas estas duras pruebas haciéndole resurgir renovado y más poderoso que nunca. Hoy nuestra patria se extiende por el norte de África y por buena parte del continente europeo, y al otro lado del océano, en el vasto continente descubierto hace ya medio milenio por nuestros intrépidos navegantes, se asienta la gran nación hermana, extendida de norte a sur por todo el hemisferio, con la que nos unen los estrechos e indestructibles lazos de una cultura común.

Ésta es la realidad, la única realidad posible no sólo para quien posea los suficientes conocimientos históricos, sino también para cualquiera que cuente con un mínimo de sentido común. Por esta razón jamás podré aceptar la extraña historia de mi amigo, aunque seguiré fingiendo lo contrario para evitar que su situación empeore.

## PERPETUUM MOBILE

José P. estaba exultante, porque acababa de construir una máquina del tiempo. En sentido estricto no era una máquina del tiempo, ya que no era posible viajar con ella al pasado o al futuro ni, por lo tanto, interactuar con otra época, sino tan sólo un cronovisor -así la había bautizado- en cuya pantalla se podía visualizar todo lo acontecido en cualquier punto de la escala temporal. Contaba asimismo con la limitación de que también carecía de desplazamiento espacial, por lo que en ella tan sólo se podía ver aquello que hubiera ocurrido, o que fuera a ocurrir, justo en el lugar - el sótano de su casa, que había convertido en laboratorio- en el que lo había instalado; o mejor dicho en cualquier otro edificio, superficie o terreno -el sótano no había existido siempre, ni tampoco sería perenne- que en cualquier época de la historia pudiera existir en esas coordenadas geográficas.

Pese a tales inconvenientes, a José P. no le cabía la menor duda de que había plantado uno de los más importantes hitos de la historia de la ciencia, mérito todavía mayor teniendo en cuenta que lo había hecho en solitario -y por supuesto en secreto- partiendo de unos materiales electrónicos e informáticos que, aunque sofisticados, eran de lo más común.

Alguien más avisado que él habría encontrado rápidamente una utilidad a su invento: Bastaría con que su yo de un futuro inmediato -tan sólo con unos meses, o incluso con unos días de adelanto- le mostrara, por ejemplo, la lista de premios de un sorteo de lotería especialmente lucrativo, o bien que éste hiciera un seguimiento de la bolsa a posteriori para invertir en los valores adecuados... pero él despreciaba estas flaquezas humanas, ya que vivía sólo para la ciencia y con su nivel de ingresos y sus moderados gastos tenía más que suficiente para subsistir.

Alguien con mayor curiosidad histórica que él habría aprovechado para hacer prospecciones del pasado intentando llenar las grandes lagunas de la historia, aunque, bien pensado, la imposibilidad de mover su artilugio enfriaba bastante su interés; bien podría haberse desarrollado una batalla decisiva apenas a unos kilómetros de su emplazamiento sin que él hubiera tenido la menor posibilidad de estudiarla.

Alguien con mayor osadía que él habría intentado saber qué deparaba el futuro; pero además de la aludida dificultad de desplazamiento, José P. sentía una indiferencia absoluta hacia el porvenir de una humanidad a la que en el fondo despreciaba profundamente.

Así pues, lo único que se le ocurrió para comprobar el buen funcionamiento de su invención fue conectarse a un punto temporal lo suficientemente inmediato como para

estar seguro de que no tropezaría con ninguna perturbación. De las dos opciones posibles, ir al pasado o al futuro, descartó la primera dada la evidente imposibilidad de establecer contacto con su yo del pasado, al no disponer éste de ningún medio de comunicación con él por no estar construido todavía el cronovisor. Y como además no tenía constancia de que esa visita se hubiera realizado, dedujo con toda lógica que o bien ésta no había tenido lugar o, si se había producido, no había redundado en el deseado contacto.

Una vez elegida la opción de visitar el futuro, estableció el intervalo temporal en un mes, un plazo de tiempo que estimó prudencial para poder intentar intercambiar información con su yo de entonces sin que fueran previsibles posibles alteraciones tales como, por ejemplo, un inoportuno cambio de domicilio.

Quedaba, por último, la cuestión de como establecer el contacto. El cronovisor carecía también de la posibilidad de transmitir sonido, pero siempre podrían dialogar mediante textos escritos en la pantalla. Puesto que su yo de dentro de un mes estaría sobre aviso, tenía la seguridad de que, salvo en caso de un imprevisto, éste le estaría aguardando en el momento elegido para conectarse justo a la inversa, un mes hacia el pasado, de modo que la comunicación pudiera tener lugar en ambos sentidos.

Además, y ésta era una gran ventaja para él, no sería necesario esperar a que su yo del futuro estuviera listo, ya que éste habría dispuesto de tiempo de sobra para prepararse. Dicho con otras palabras podía hacerlo en ese mismo momento, ya que tan sólo necesitaba saber el momento exacto en que sintonizaba su máquina. Tras echar un vistazo al reloj calendario inscrito en un ángulo de la pantalla del monitor y memorizar el día y la hora, pulsó con decisión el botón de encendido.

La pantalla parpadeó durante unos segundos a imitación de sus desaparecidas predecesoras de rayos catódicos y, tras explotar en una sinfonía de colores, reprodujo una nítida visión del sótano. Aunque evidentemente no existía el equivalente a una cámara, José P. había ajustado el ángulo de visión a un punto situado tras él, a una altura tal que permitiera contemplar cómodamente un primer plano de la pantalla del cronovisor. De esta manera pensaba que resultaría más fácil el diálogo que tendría lugar a través de la pantalla, abriendo en ésta una ventana de texto.

Por supuesto esperaba encontrarse con un mensaje de bienvenida y también, puesto que así lo había previsto, con un saludo sonriente de su yo del futuro. Pero para su sorpresa, lo que vio fue la pantalla de dentro de un mes con la fecha correcta, pero sin ventana de texto y con su otro yo de espaldas absorto al parecer en su contemplación sin mostrar por él el menor interés.

Fastidiado, miró a su vez lo que reflejaba la pantalla de su alter ego, descubriendo que era una vista de otra pantalla con la fecha fijada en otro mes adelantado en el futuro

-es decir, dos en relación con la fecha en la que se encontraba José P.- y la espalda de un tercer José P. observando otra pantalla adelantada asimismo en un mes con otro José P. mirándola con atención... y así hasta que la resolución del monitor impedía poder seguir vislumbrando la monótona serie.

Perplejo, y a la vez irritado, José P. -el del presente, se entiende- apagó de un manotazo el cronovisor al tiempo que reflexionaba sobre lo que había podido ocurrir. Al parecer su yo de un mes en el futuro, en vez de conectarse hacia el pasado tal como él había previsto, lo había hecho hacia el futuro, posiblemente porque pensaba que resultaría más interesante contemplar lo que le deparaba el porvenir que volver a vislumbrar lo que ya sabía; sin contar con que el José P. de dos meses en el futuro había pensado exactamente lo mismo; y el tercero, y el cuarto, y el quinto... lo cual le demostraba bien a las claras que no podía confiar ni tan siquiera en sí mismo.

Así pues, si bien había comprobado que su invento funcionaba, había llegado a la conclusión de que su utilidad práctica, al menos para él, era totalmente nula.

Al día siguiente desmanteló el cronovisor y destruyó los planos. Al menos, se dijo con satisfacción, así fastidiaría a todos sus odiosos yos del futuro.

## EL HUEVO Y LA GALLINA

En contra de lo que pudiera pensarse, e incluso de lo que esperábamos nosotros, ingenuos novatos, cuando ingresamos en la Academia Temporal, en la práctica la figura de los agentes temporales tiene bien poco de aventurero o heroico, y sí mucho de rutinario y aburrido al igual que ocurre con la inmensa mayoría de los trabajos.

Esto se debe al hecho de que el flujo temporal posee una extraordinaria inercia que hace muy difícil, por no decir imposible, cualquier intento deliberado de desviarlo, e incluso si tal desvío llega a producirse tras provocar, pongo por caso, la muerte de un personaje teóricamente crucial en la historia, surge inmediatamente una respuesta automática que corrige la desviación antes de que ésta pueda tener opción a propagarse. Uno de los ejemplos teóricos que ponen los profesores en la Academia -nadie hasta ahora ha intentado comprobarlo- es el típico de asesinar a Hitler antes de su afiliación al nazismo; aunque las cosas hubieran sido bastante distintas en un principio, con toda seguridad su puesto acabaría siendo ocupado por otro jerarca nazi, de modo que la evolución histórica alemana y europea en los años treinta habría acabado siendo bastante similar, no para muchas personas en concreto pero sí a nivel colectivo, que es lo que se puede evaluar mediante las ecuaciones de dinámica cronológica. En cualquier caso, teniendo en cuenta los órdenes de magnitud en los que se mueve la historia, una alteración temporal de varias décadas, e incluso de un siglo, a la larga acabaría resultando irrelevante.

Por este motivo nuestra labor, antes que a la de desfacedores de entuertos, casi siempre solía parecerse bastante más a la de un jardinero meticuloso recortando pulcramente un seto o retirando las hojas secas, que a la de un ingeniero agrónomo repoblando un monte.

Casi siempre.

Porque, aunque pocas, había excepciones. Éstas eran lo que en nuestra jerga llamamos vórtices de turbulencia, o vórtices a secas, puntos concretos de la historia en los que sí es posible que una pequeña alteración, irrelevante en cualquier otro lugar o momento, puede causar un cambio radical e irreversible de ésta. Su prevención siempre ha sido, claro está, una de las principales prioridades de la Agencia del Tiempo, aunque no se trata de algo fácil dado que, al igual que ocurre con los terremotos, no resulta nada sencillo identificarlos a priori.

Sí, existe una teoría matemática derivada del estudio de los sistemas caóticos con la que se intenta predecir los vórtices para poder evitar su aparición, pero en la práctica resulta extremadamente complicado pasar de la teoría a la práctica. Por fortuna la

probabilidad de aparición de un vórtice descontrolado suele ser baja, pero las pocas ocasiones en las que éstos han aparecido fue necesario actuar a posteriori intentando contrarrestar o, cuanto menos, minimizar sus consecuencias. Y aunque hasta ahora siempre se ha conseguido, merced a grandes esfuerzos, que las aguas volvieran a su cauce, los responsables de la Agencia tiemblan ante la posibilidad de tener que afrontar una nueva crisis.

Los responsables y, claro está, los agentes a los que les endosa el marrón, como ocurrió cuando me llamaron para encargarme del asunto Escipión, un vórtice de manual. Y, puesto que estamos hablando de algo ocurrido hace más de dos mil años, creo que resultará conveniente explicarles brevemente en qué consistió la alteración y cuales fueron sus indeseables consecuencias.

Comencemos por la historia original anterior a la aparición del vórtice. Corrían los últimos años del siglo III antes de Cristo, y la segunda Guerra Púnica estaba en su apogeo. Aníbal había cruzado los Alpes en el 218 y, sorprendiendo a los romanos por la retaguardia, les había infligido graves derrotas en las batallas de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, a las cuales sucedió una guerra de desgaste en la que el general cartaginés, carente de suficientes tropas para intentar el asalto a Roma, intentó privarle de su retaguardia aliándose con varios pueblos del sur de la península itálica y de las islas de Cerdeña y Sicilia, entonces sometidos al yugo romano, atrincherándose en la ciudad de Capua, cercana a Nápoles.

No obstante para continuar con la guerra Aníbal dependía de sus bases estratégicas del litoral mediterráneo de la que siglos después sería España, las cuales estaban al cargo de sus hermanos Asdrúbal y Magón. Fue entonces cuando surgió uno de los grandes genios militares romanos, Publio Cornelio Escipión, quien fue enviado a Hispania con objeto de privar a Aníbal de su retaguardia y, con ello, de la posibilidad de recibir nuevos refuerzos. Escipión conquistó Cartago Nova en el 209 derrotando un año más tarde a Asdrúbal en la batalla de Baecula, en las cercanías de la sierra de Cazorla, quebrando el dominio cartaginés en la península. Pese a ello Asdrúbal intentó reunirse con su hermano llevando consigo los restos de su ejército, pero fue derrotado en 207 en la batalla de Metauro, al norte de la península itálica.

A partir de entonces los romanos fueron encadenando victoria tras victoria, expulsando a los cartagineses de la península ibérica y de las islas Baleares y derrotando al otro hermano de Aníbal, Magón, tras su frustrado desembarco en Italia en el año 205. Escipión llevó entonces la guerra al norte de África, obligando a Aníbal a volver a Cartago y derrotándolo de forma aplastante en la batalla de Zama. Corría el año 202 y concluía la segunda guerra púnica, con la victoria final de Roma.

Aunque a partir de entonces Cartago dejó de ser una amenaza para los romanos y Aníbal acabó viéndose forzado a marchar al exilio, medio siglo más tarde estallaría una

tercera Guerra Púnica en la que otro Escipión, nieto adoptivo del vencedor de Aníbal, conquistó la ciudad arrasándola por completo. Corría el año 149 antes de Cristo, y los cimientos del futuro imperio romano quedaron fundados mientras la civilización púnica era borrada del mapa y de la historia.

Mejor dicho, de la historia que yo había estudiado. Porque cuando fui llamado urgentemente por el propio director y no, como era habitual, por mi coordinador de sección, éste me comunicó que había estallado uno de los peores vórtices de la historia de la Agencia y que yo había sido elegido, dada mi gran experiencia y bla, bla, bla, para intentar solucionar la grave crisis que había provocado una drástica alteración de la historia desde el siglo III antes de Cristo hasta el presente.

Si se me permite un inciso, he de aclarar una cuestión importante. Como cabe suponer, en caso de surgir una perturbación temporal capaz de cambiar la historia ésta no sería percibida por las personas que vieran modificados tanto su pasado como su presente, puesto que los cambios afectarían también a sus recuerdos, a los registros históricos e incluso a sus propias vidas, trocadas por otras que para ellos serían las normales sin la menor consciencia de haberlas visto alteradas. Incluso habría quienes desaparecerían al no existir en la nueva realidad y, al contrario, quienes aparecerían materializados de la nada.

Este argumento es válido en todos los casos con una única excepción: quienes nos encontramos en la base de la Agencia del Tiempo. Ello se debe a que la base se encuentra situada fuera del tiempo protegida por un campo de éxtasis temporal, lo que la mantiene inmune a los posibles cambios cronológicos. Por fuerza tiene que ser así, si se quiere que nuestras intervenciones sean efectivas. Así pues, aunque nadie en la Tierra recordara la antigua historia en un caso de cambio, nosotros sí seríamos conscientes de ello y tendríamos la obligación de intentar corregirlo.

Volvamos a nuestra historia. Según me explicó el director, el vórtice había surgido, a principios del año 208 antes de Cristo, en vísperas de la batalla de Baecula en la que Escipión había derrotado al hermano de Aníbal, lo que supuso la primera piedra de lo que acabaría siendo la victoria final de los ejércitos romanos sobre los cartagineses.

Así había ocurrido, tal como he explicado, en la historia oficial, pero ahora el devenir histórico había derivado por cauces muy diferentes. Alguien -no se sabía quien-, burlando a los centinelas, había logrado introducirse en el campamento romano y, tras colarse en la tienda en la que dormía Escipión, le había asesinado. La pérdida de su carismático general en vísperas de la batalla desmoralizó a sus tropas hasta tal punto que, sin que a ninguno de sus lugartenientes le diera tiempo a reaccionar, fueron derrotadas de forma aplastante por Asdrúbal. Acto seguido, y con su ejército prácticamente intacto -no había sido así en la historia que yo recordaba-, el hermano de Aníbal había marchado sobre Italia y, tras una nueva victoria frente a los romanos en

Metauro, se reunió con su hermano en el sur de Italia. Una vez reforzado el ejército cartaginés Aníbal marchó contra Roma, a la que conquistó finalmente tras una sangrienta batalla en la que, a decir de los cronistas, las aguas del Tiber se tiñeron de sangre.

Muertos o esclavizados sus habitantes, y con la orgullosa ciudad arrasada hasta los cimientos, la batalla de Roma del 19 de octubre de 202 marcó el final de sus ambiciones imperialistas. Por contra los bárcidas, aureolados por el inmenso prestigio ganado tras el aniquilamiento de su mortal enemigo, entraron triunfantes en Cartago, ciudad que pronto dominaron tras desembarazarse de los principales cabecillas del partido rival que varias décadas atrás obligaran a su padre a abandonar Cartago fundando las bases de un nuevo imperio en las costas mediterráneas españolas.

A partir de ese momento la historia derivaba ahora por derroteros completamente distintos. El nonato imperio romano fue reemplazado por un imperio púnico que, si bien experimentó una expansión territorial bastante similar a la de éste, lo hizo partiendo de unas bases completamente distintas. También fue muy diferente la evolución europea, en particular, y la mundial en general a través de los siglos, llegándose a un momento actual en el que a cualquiera que hubiera nacido y vivido en el mundo anterior al cambio le habría resultado extremadamente difícil identificar al actual.

Así pues, había que intentar enmendar el cambio sin pararse a pensar si la nueva realidad podía ser mejor, igual o peor que la antigua; eso no importaba, dado que la misión de la Agencia del Tiempo consistía en evitar cualquier tipo posible de alteración histórica con independencia de su valoración. Y aunque el devenir de la humanidad hubiera sido probablemente mejor tras la supresión quirúrgica de varios de los personajes históricos más nefastos que jalonaban la historia, ninguno de nosotros estaba dispuesto a correr el riesgo de intentarlo ante la posible aparición de efectos colaterales imprevistos e indeseables. La historia, mejor o peor, era como había sido, y así debería seguir siéndolo.

Pero yo, como agente ejecutor, no tenía que preocuparme por ello. Ésta era la labor de los cronohistoriadores, encargados de registrar toda esta nueva historia paralela antes de que se desvaneciera, mientras mi misión consistiría en evitar que Escipión fuera asesinado. Para ello me preparé minuciosamente, apoyándome no sólo en las antiguas crónicas romanas anteriores al cambio sino también, dado que éstas no eran lo suficientemente precisas, en la información recopilada por los prospectores en sus trabajos de campo de los días previos a la muerte de Escipión.

Finalmente, y cuando todo estuvo preparado, me apresté a viajar a ese remoto rincón de la Turdetania prerromana... o prepúnica, según se mirara. A diferencia de otras misiones en las que los ejecutores teníamos que mimetizarnos con la época histórica que visitábamos, en esta ocasión no sería necesario nada de ello; bastaría con



materializarme en el interior de la tienda de Escipión momentos antes de que apareciera su asesino y, una vez que éste estuviera a tiro, descerrajarle un disparo. Nada de complicaciones disfrazándome de romano ni recurriendo a las armas de la época ya que podría llevar todo mi equipo, lo cual me daba bastante tranquilidad, y recurrir a una automática moderna, mucho más efectiva que un dardo o una daga. Por los anacronismos no tendría que preocuparme, ya que yo desaparecería de inmediato y la superstición de los romanos se encargaría del resto atribuyendo a los dioses la inexplicable muerte del sicario.

Así lo hice. El interior de la tienda estaba sumido en la oscuridad, pero gracias a mi visor de infrarrojos podía apreciar todos los detalles. Escipión, entonces un joven de veintisiete años, dormía plácidamente en su litera; aunque estaba solo en la tienda, cabía suponer que el exterior estuviera custodiado por soldados, lo que me planteaba una duda: ¿cómo lograría esquivarlos el asesino? Por si acaso, había activado los sensores de movimiento en previsión de que éste pudiera aparecer a mis espaldas rajando la lona.

Había olvidado comentar que, aunque no teníamos la menor idea de cual pudiera ser la identidad del sicario -las “nuevas” crónicas históricas no lo aclaraban, y los prospectores no se habían arriesgado a apurar tanto sus misiones de exploración-, dábamos por supuesto que se trataría de alguien perteneciente a esa época, quizá un espía cartaginés o un turdetano aliado, quizá incluso un renegado romano al que Asdrúbal hubiera comprado. Alguien que, cabía suponer, se propondría acercarse con sigilo hasta el durmiente para clavarle un puñal en el corazón. Alguien, en definitiva, a quien sería sencillo neutralizar con una tecnología adelantada a la suya en más de dos milenios.

Estábamos equivocados.

El débil zumbido del sensor de movimiento llamó mi atención cuando apenas llevaba unos minutos agazapado. Una figura se acababa de materializar a mi derecha formando ángulo recto conmigo y con la litera de Escipión, y no se trataba en absoluto de un nativo del siglo III antes de Cristo, sino de alguien pertrechado con un sofisticado equipo muy similar al mío. Es decir, un visitante del futuro.

Aunque la sorpresa me hizo perder unos preciosos segundos, a él le debió de ocurrir lo mismo. Ambos nos miramos desafiantes a través de nuestros visores de infrarrojos y, apuntándole con mi arma -él hizo lo propio conmigo-, le pregunté:

-¿Quién eres? ¿Qué pretendes hacer?

He de explicar, una vez más, un par de detalles. Nuestra comunicación se hizo en silencio, al menos desde el punto de vista de Escipión y sus soldados, subvocalizando a través de la microemisora de radio que todos llevamos insertada en la faringe y que nos

sirve para intercambiar mensajes de una manera discreta sin que quienes estén a nuestro alrededor se percaten de nuestra conversación. Sorprendentemente mi rival me respondió por el mismo sistema, una vez que ambos equipos sincronizaron automáticamente sus respectivas frecuencias.

Como cabe suponer él no hablaba español sino, tal como se pudo comprobar más adelante gracias a mis grabaciones, una lengua de naturaleza semítica descendiente del antiguo idioma púnico, o fenicio occidental, apenas conocido por los lingüistas del mundo anterior al trastorno provocado por el vórtice pero cuyas lenguas derivadas estaban ampliamente extendidas por los continentes europeo y americano en la nueva realidad histórica.

Huelga decir que el problema del idioma hacía tiempo que lo habíamos resuelto; ¿cómo, si no, nos hubiera sido posible infiltrarnos en épocas históricas en las que no sólo no se hablaban los idiomas modernos, sino que incluso, en el caso de las muy antiguas, éstas no eran lo suficientemente conocidas como para poder aprenderlas. De hecho, ni siquiera se había sabido como se hablaba el latín clásico hasta que no fue posible visitar esa época. Así pues, todos los que remontábamos el pasado llevábamos implantado un chip en el cerebro que nos permitía entender cualquier idioma, incluso los más desconocidos. Y al igual que ocurría con la emisora, mi oponente resultó disponer de otro similar.

Y me respondió. En un principio creí que se trataría de un renegado de nuestra Agencia, el único organismo internacional -y secreto- que disponía de la tecnología que hacía posible realizar viajes por el tiempo; aunque nuestros superiores negaban tajantemente que se hubieran producido deserciones, desde siempre habían corrido rumores de que algunos agentes dados por desaparecidos en el transcurso de una misión en realidad no habrían fallecido, sino que desvinculados de la Agencia se habrían quedado anclados voluntariamente en algún período histórico especialmente atractivo para ellos. Aunque no les sería posible viajar por el tiempo al ser necesarios para ello los complejos sistemas instalados en nuestra base, sí habrían podido preservar todo su sofisticado equipo, lo que sin duda les proporcionaría una impagable ventaja en la época pretecnológica que hubieran elegido para residir.

Pero me equivocaba de nuevo. El potencial asesino de Escipión no era un desertor de mi Agencia sino, para sorpresa mía -la segunda en apenas unos instantes-, un agente ejecutor enviado por su Agencia... una Agencia paralela a la nuestra existente en la nueva realidad histórica que yo trataba de borrar y de cuya existencia, huelga decirlo, no habíamos tenido la menor noticia hasta ese momento.

La conversación fue breve y tensa, puesto que ambos contendientes intentábamos sonsacar el máximo de información al contrario ofreciéndole a cambio la mínima

posible sobre nosotros... a la par de que estábamos convencidos de que uno de los dos debería morir para evitar que pudiera frustrar los antagónicos planes del otro.

Según me dijo él, sus cronohistoriadores habían detectado una alteración en el pasado que hacía desaparecer su línea temporal, sustituida por otra espuria en la que la civilización púnica era reemplazada por la romana. Tras descubrir el foco de la perturbación -o vórtice, según nuestra terminología-, sus superiores habían llegado a la conclusión de que la única manera de recuperar el flujo histórico correcto sería matando a Escipión en vísperas de su decisiva batalla frente a Asdrúbal.

Yo le respondí que eso no era cierto, que los fantasmas eran ellos y que era su línea temporal la perturbada, por lo que era a mí a quien correspondía evitar que cambiara la historia.

No hubo respuesta, al menos verbal; pero ambos nos disparamos de forma simultánea y fui yo quien tuvo la suerte de abatirlo. Tras comprobar que el intruso estaba muerto y de que Escipión seguía beatíficamente dormido -tanto nosotros como nuestras respectivas armas éramos totalmente silenciosos-, abandoné el siglo III antes de Cristo retornando a casa con la satisfacción del deber cumplido, no sin antes asegurarme -no era cuestión de dejarse atrás anacronismos incómodos- de la desaparición del cadáver, por ser éste incompatible con la primitiva realidad que acababa de restaurar.

Si he de ser sincero, volví a la base con el convencimiento de que sería recibido triunfalmente tras haber conjurado la grave amenaza creada por el vórtice púnico, tal como había dado en bautizarlo. Pero no fue así. A mi llegada no encontré gente sonriendo de oreja a oreja recibéndome con los brazos abiertos, sino rostros taciturnos que semejaban estar de vuelta de un funeral, en los cuales se reflejó al verme una fúnebre expresión de sorpresa. Diríase que habían visto un cadáver, y lo cierto es que, desde su punto de vista, era así.

Una vez que estuve frente al director supe la razón, aunque ello tan sólo sirvió para acrecentar mi estupor. Según me explicó yo había fracasado en mi misión, ya que los encargados de sondear el presente y, en consecuencia, la evolución de la historia, tras detectar una fluctuación momentánea habían constatado que volvía a la situación anterior, es decir, la errónea. En consecuencia me habían dado por muerto, puesto que estaba claro que no había opción a sobrevivir tras el fracaso.

Pero yo estaba vivo y coleando, lo cual era una refutación evidente de su derrotismo, y además tenía constancia de que había matado al agente cartaginés, o lo que fuese, y no al contrario tal como al parecer estaban empeñados en defender mis fúnebres compañeros. De hecho, mi equipo había registrado todos los detalles de la operación.

Mientras los técnicos se hacían cargo de las grabaciones fui enviado a descansar... como si esto hubiera sido posible. Horas más tarde fui llamado de nuevo por el director, que en esta ocasión estaba acompañado por los responsables de la sección técnica y de la cronohistórica. La reunión no podía ser a mayor nivel.

Rápidamente me explicaron las conclusiones a las que habían llegado, bastante desalentadoras por cierto. Efectivamente, yo había eliminado al agente enemigo provocando un retorno al equilibrio inicial, pero éste había sido efímero dado que, según todos los indicios, la Agencia rival había enviado a un nuevo agente -o quizá incluso al mismo, dudaban al verme vivo- al escenario del enfrentamiento sólo que algunos segundos antes del momento en el que yo aparecí allí, ventaja que habría aprovechado para matarme apenas asomé en la tienda. Esta acción habría contrarrestado mi intervención anterior ya que, al matarme, yo ya no había podido matar a mi vez al agente púnico, por lo cual la balanza había vuelto a inclinarse hacia su lado.

Que lo habían logrado era evidente, puesto que la realidad actual era la púnica, no la romana -estos términos se habían extendido rápidamente entre nosotros para diferenciar respectivamente a la historia espuria de la real-, pero había algo que no encajaba en el esquema: yo. Si me había matado mi rival, ¿cómo era que me encontraba de una pieza y gozando de buena salud? Aunque, eso sí, desempeñando un papel de Lázaro que no me satisfacía en absoluto.

En realidad ellos tampoco lo entendían demasiado bien, por lo que no sin reluctancia -no hay nada más desagradable para los miembros de la Agencia que tenerse que enfrentar a las siempre incómodas consecuencias de las paradojas temporales- habían llegado a la conclusión de que me había salvado el hecho de estar en tránsito dentro del continuo espacio-temporal cuando el agente enemigo había disparado -y matado- a mi otro yo de unos minutos atrás... les ruego que me disculpen, pero yo soy un ejecutor, no un teórico, por lo que me resulta difícil entender, y todavía más explicar, las sutilezas del viaje a través del tiempo.

Sí soy consciente, como todos los agentes, de lo inconveniente que puede llegar a resultar una bilocación temporal, es decir, la aparición simultánea de un mismo agente procedente de dos puntos temporales distintos, razón por la que siempre intentamos evitar este problema... que según todos los indicios, era lo que me había librado de una muerte cierta. En realidad yo no había coincidido conmigo mismo en ningún momento, pero durante nuestros desplazamientos por el tiempo sí se producen como algo normal no las temidas bilocaciones temporales, sino las espaciales. Dicho con otras palabras, yo me encontraba en tránsito en el mismo momento en el que el agente púnico me disparaba provocándome la muerte, lo cual fue una suerte puesto que de haber estado todavía allí o, mejor dicho, de no haber estado en tránsito fuera pues de cualquier marco

temporal, la bilocación espacial no se habría producido y, por lo tanto, yo estaría total e irreversiblemente muerto.

Con independencia de las connotaciones teóricas que pudiera tener mi experiencia, lo cierto era que me había salvado la vida... así como las esperanzas de mis superiores, que pronto imaginaron la manera de poder revertir los acontecimientos a nuestro favor. Porque si los púnicos lo habían hecho en una ocasión contrarrestando mi triunfo momentáneo, ¿por qué no darles su propia medicina?

Problemas de tiempo no había ninguno, nunca mejor dicho, puesto que nuestro tiempo subjetivo no coincide con el real -llamémosle así por sencillez- al sernos posible viajar al momento justo que queramos. Así pues, aunque nos permitiéramos el lujo de tomárnoslo con calma, siempre sería posible enviar un agente a unos instantes antes de que el agente enemigo me hubiera matado a mí, antes de que yo hubiera podido matar a su compañero...

He dicho un agente, dado que cualquiera de mis compañeros habría podido hacerlo tan bien como yo... pero no, tuvieron que elegirme de nuevo con el peregrino argumento de que yo era el único que había estado en la escena del crimen -o de los crímenes- y, por lo tanto, el más adecuado para repetir la faena. Aunque no lo reconocieron, estoy convencido de que mis superiores sospechaban que el segundo agente púnico, es decir, el que me había matado, pudiera ser el mismo al que justo antes matara yo, rescatado de las garras de la Parca por la misma paradoja temporal que me había beneficiado a mí. Era lógico pensar esto, como también era lógico suponer que su mayor experiencia le daría ventaja sobre cualquier agente nuestro que no fuera yo... al tiempo que me la daría a mí en caso de enfrentarme con un rival bisoño.

Vamos, que me tocó de nuevo la papeleta sin que ni siquiera me fuera posible alegar cansancio o estrés post traumático, ya que me dejaron descansar todo lo que quise. Así pues, cuando estuve listo me enviaron de nuevo a la dichosa tienda en la que descansaba Escipión, justo unos segundos antes del momento en que habían calculado que aparecería por segunda vez mi enemigo, procurando evitar una posible bilocación temporal mía dado que suponían -no hacía falta ser un genio para llegar a esa conclusión- que me podría traumatizar bastante ver como me mataba ese hijo de mala madre.

Y atinaron, puesto que cuando emergí en la tienda en ésta sólo estaba yo -mi yo actual, se entiende- a excepción claro está del dichoso Escipión, que roncaba como un bendito, sin rastro alguno ni de mi enemigo ni de mi otro yo, anterior a mí según mi propia cronología interna, pero posterior según la del campamento romano... un lío, lo reconozco, y ahora comprenderán por qué razón los agentes del tiempo preferimos no calentarnos demasiado los cascos con estas historias.

Pero estaba ojo avizor, por lo que en cuanto apareció el fulano le descerrajé un cargador completo sin saludarle siquiera. Cayó sin decir ni pío y se desvaneció en la nada, lo que me confirmó que no sólo había pasado a mejor vida, sino que la historia había vuelto a sus cauces normales, es decir, a los míos.

De vuelta a casa me bastaron unos segundos para descubrir que las cosas seguían sin estar bien. Y efectivamente, así era. Mi intervención había supuesto una vez más un retorno a la línea temporal primitiva, pero al igual que en el caso anterior éste también se había desvanecido puesto que los malditos púnicos habían vuelto a repetir una vez más la jugada... y en esas estábamos.

Bien, si le había matado ya dos veces todavía podría hacerlo una tercera... conste que esto es lo que pensaron los jefes, no yo, que muy a mi pesar me volví a ver envuelto una vez más en este rigodón que aparentemente no parecía tener fin.

Y no lo ha tenido. Puesto que las estrategias de las dos Agencias Temporales son al parecer similares, mi viejo enemigo -estoy convencido de que siempre es él, al igual que él debe de estarlo de que siempre soy yo- y yo seguimos matándonos de forma alternativa una y otra vez, sin que esto cambie las cosas excepto en el hecho de que ahora nadie en la base es capaz de determinar cual es la situación real allá en el exterior, puesto que las dos historias alternativas cambian de una a otra con tal rapidez que todo acaba quedando borroso e indeterminado.

Y así seguimos. Mis compañeros no dejan de imaginar ardidés intentando pillar a los púnicos en un renuncio pudiendo así afianzar de forma definitiva nuestra línea temporal; pero como ellos hacen lo propio, la consecuencia práctica de todo ello es que seguimos haciendo tablas. Y como ninguna de las dos Agencias tiene la menor intención de rendirse, mucho me temo que seguiremos así por tiempo indefinido.

Sí, he dicho indefinido, lo cual puede chocarles a ustedes al igual que me chocó a mí la primera vez que se planteó esta extraña guerra de trincheras sin aparente final; puesto que en cada intervención temporal, sea mía matando al agente púnico o sea suya matándome a mí, es necesario remontarse al menos unos segundos en la propia línea temporal de Escipión, cabe suponer que llegará un momento en que éste “despierte” o, por decirlo con mayor propiedad, anterior a aquél en que quedó dormido... pero los técnicos aseguran que todavía disponemos de varias horas de margen, y además están apurando cada vez más los intervalos entre salto y salto -lamentablemente los púnicos también hacen lo propio-, de manera que, salvo imprevistos, todavía tendremos cuerda para rato. Incluso barajan la posibilidad de generar un campo de éxtasis temporal provisional, de forma que el tiempo quede congelado en el interior de la tienda hasta que podamos desembarazarnos definitivamente de ese pelmazo.

Esto es lo que piensan los jefes, pero ¿qué pienso yo? De momento, como cabe suponer, a estas alturas estoy más que harto, puesto que han pasado ya varios meses en mi tiempo subjetivo desde que la cosa empezara y ésta no tiene visos de resolverse en un futuro más o menos inmediato. Durante todo este tiempo he barajado varias opciones, empezando por la de tirar la toalla; bastaría con no retornar a la base inmediatamente después de mi enésimo asesinato, lo cual, al evitar la bilocación espacial, provocaría mi muerte definitiva a manos del agente púnico. Esto no impediría que el plan siguiera adelante ya que yo podría ser sustituido por otro agente, pero al menos me daría la tranquilidad de la que ahora estoy privado, aunque se tratara de la paz del cementerio.

Otra posible opción sería la de negarme a continuar con este absurdo vaivén, lo cual supondría mi destitución automática y el encierro indefinido en la prisión que la Agencia mantiene en algún momento del Oligoceno, hace alrededor de unos treinta millones de años. Dicen que, aunque al principio choca un poco, allí no se vive mal del todo una vez que te acostumbras.

Pero mi especulación favorita es la de intentar ponerme de acuerdo con mi rival, al que supongo tan harto como yo, desertando ambos de nuestras respectivas agencias y refugiándonos, juntos o por separado, en algún lugar del siglo III antes de Cristo donde pudiéramos ser acogidos, quizá en una ciudad helenística en la que gracias a nuestros conocimientos podríamos vivir razonablemente tranquilos. Por desgracia no tengo manera de saber si mi colega piensa igual, ni sé como podría proponérselo antes de que me descerrajara un tiro.

Lo que sí tengo meridianamente claro es que a estas alturas no me importa ya lo más mínimo cual haya podido ser el devenir de la historia. Porque, confío en que me comprendan, de todo se acaba hartando uno.

## PROYECTO NÉMESIS

Pertenezco, desde hace quince años, al Proyecto Némesis. No, no lo busquen en internet, porque van a encontrar nada; se trata de un proyecto secreto, mejor dicho ultrasecreto, avalado por las principales potencias del planeta que, por las razones que explicaré más adelante, son las primeras interesadas en que su existencia no sea hecha pública, pues podría acarrear trastornos de incalculables consecuencias.

Resulta irónico que el Proyecto Némesis sea el resultado de la suma de dos trascendentales descubrimientos científicos, independientes entre sí y tan peligrosos por separado que estuvieron a punto de ser sepultados e incluso borrados por completo del acervo cultural humano; pero juntos, aun manteniendo su potencial peligrosidad, siendo convenientemente controlados han sido capaces de rendir una utilidad que nadie podría haber sospechado siquiera.

Pero no nos adelantemos. El primero de estos descubrimientos fue la posibilidad de viajar en el tiempo o, por decirlo con más precisión, de visitar el pasado, puesto que el futuro, por su propia naturaleza, no resulta accesible hasta que no se convierte en presente primero, y en pasado inmediatamente después.

Bien mirado esta limitación, lejos de ser un problema, resultaba un alivio pues evitaba un montón de posibles complicaciones garantizando incluso, haciendo un símil teológico, el libre albedrío. Porque, ¿cómo podríamos tomar libremente cualquier decisión conociendo a priori cuales serían sus consecuencias? Eso, claro está, sin contar con en el berenjenal en el que nos meteríamos con la desaparición de la ley de causa y efecto, pilar básico del método científico e incluso de la propia filosofía.

Aun con todo ello, visitar el pasado hubiera sido uno de los mayores avances de la civilización desde, y no exagero, el descubrimiento del fuego o la invención de la rueda. Pero he utilizado a conciencia el subjuntivo porque de inmediato se plantearon unas muy serias dudas capaces de enfriar el entusiasmo al más exaltado. Y bastó con recurrir a la ciencia ficción para descubrir posibles inconvenientes que, planteados por los autores de forma meramente especulativa, mostraban ahora todas sus posibilidades reales de perturbar nuestra existencia.

No voy a extenderme demasiado sobre este tema, ya que bastará con recordar el consabido tópico de las paradojas temporales, muy interesante cuando se trata de simple literatura pero no tanto al convertirse en una realidad potencial. Sí, hubiera sido muy bonito quitar de en medio a Hitler, Stalin, Mussolini, Franco, Mao, Pol Pot y tantos otros criminales y genocidas que en el mundo han sido antes de que pudieran perpetrar sus fechorías, pero ¿cuáles podrían haber sido las consecuencias?



Al llegar a este punto los expertos -me refiero a los expertos reales, no a los escritores de ciencia ficción, aunque éstos aportaron sin llegar a siquiera sospecharlo unas reflexiones sumamente interesantes- se dividieron en dos bandos irreconciliables. El primero, al que podemos denominar la escuela determinista, defendía la hipótesis de la existencia de una inercia temporal que siempre tendería a devolver el flujo de los acontecimientos a su curso primitivo, por lo que cualquier intento de variar la historia estaría condenado de antemano aunque, eso sí, provocaría trastornos momentáneos -entiéndase en la escala temporal, no en espacial- antes de que la reacción espontánea, actuando al estilo de la ley newtoniana de acción y reacción, devolviera todo a su lugar. Dicho con un ejemplo, cargarse a Hitler, argüían, serviría de poco ya que su hueco sería ocupado de manera automática por otro jerarca del nazismo, por lo que no resultaría posible evitar la catástrofe que provocaron. Evidentemente, y siempre a corto plazo, las circunstancias serían diferentes, aunque similares, pero pasado cierto tiempo las aguas volverían a su cauce y todo sería igual que hubiera sido de no haber mediado el *hitlercidio*.

Por el contrario la escuela evolucionista defendía que cada instante del tiempo era una encrucijada en la cual tomábamos obligatoriamente un camino descartando resto, por lo que la evolución histórica seguía siempre uno de los muchos caminos posibles de un esquema arborescente que albergaba la totalidad de las posibles opciones. Por esta razón, defendían, si nos remontábamos hasta uno cualquiera de estos nudos temporales y nos desviábamos por un camino distinto, volviendo al ejemplo matando a Hitler, el nuevo presente quedaría drástica e irreversiblemente alterado. Y puesto que no había manera posible de prever cuales pudieran ser los cambios, ya que la evolución en el sentido darwiniano está gobernada por el azar, resultaría de todo punto imprudente, cuando no insensato, andar jugando con el tiempo.

Por si fuera poco, alguien terció con un planteamiento que cuestionaba no sólo a los evolucionistas, sino también a los deterministas. Y lo hizo recurriendo algo tan sencillo y conocido por cualquier estudiante de ciencias como era la mecánica estadística. Como es sabido, un gas en estado ideal es un sistema perfectamente determinista, puesto que aplicándole a un cambio de las condiciones a las que está sometido se puede prever con exactitud como va a reaccionar; alterando la presión, la temperatura o el volumen, modificará espontáneamente las otras magnitudes físicas hasta recuperar el equilibrio perdido, y bastan unas sencillas fórmulas para poder calcularlo. Pero, y fue aquí cuando los deterministas comenzaron a fruncir el ceño, esto es factible sólo para la masa conjunta del gas, resultando imposible saber como se va a comportar una molécula aislada que forme parte del mismo.

Bien, ¿y qué más da? Respondían desdeñosos éstos. Pero bastó con un simple ejemplo del perspicaz aguafiestas para dejarles sin argumentos. Supongamos, dijo, que un abuelo o bisabuelo suyo -según su edad- se casó con su abuela o bisabuela una vez

terminada la Guerra Civil española; evidentemente el aguafiestas era español, pero su ejemplo era perfectamente válido para la II Guerra Mundial o cualquier otro episodio histórico similar. Supongamos, también, que a su abuela o bisabuela le mataron al novio en, pongamos, la batalla del Jarama. Y supongamos, por último, que el nieto o biznieto suyo viajó a la España anterior a la Guerra Civil para no sólo quitar de enmedio a Franco, algo relativamente sencillo conociendo su biografía, sino también para evitar la sublevación militar que provocó la guerra y la larga dictadura franquista.

Todo perfecto, ¿verdad? Y aunque era posible -fugaz sonrisa de los deterministas- que andando el tiempo la España A y la España B acabaran convergiendo en una sola, como probablemente ocurrió, los efectos de la perturbación, por muy corta que ésta hubiera sido -pongamos unas cuantas décadas o incluso un siglo-, podrían haber sido devastadores no a nivel general, pero sí particular. Porque si bien una molécula de gas no tiene identidad propia que la diferencie del resto, las personas no somos moléculas y todos tenemos nuestro ADN y nuestra personalidad propios, por lo que ni somos intercambiables ni por lo general solemos considerarnos como tales.

En resumen: al evitar la Guerra Civil y el posterior franquismo nuestro bienintencionado protagonista también habría salvado la vida a todos cuantos murieron en ella. Loable, ¿verdad? A nivel general sí, por supuesto, puesto que gracias a su acción se habrían evitado más de medio millón de muertes, sin contar las víctimas indirectas y la brutal caída de la natalidad de los años posteriores. Pero... uno de los salvados habría sido el antiguo novio de su abuela o bisabuela que, al casarse con éste y no con su abuelo o bisabuelo, habría roto la línea familiar que conducía directamente a él, que por razones obvias no habría llegado a nacer. Y ya estaba liada.

Claro está que siempre podríamos remontarnos hasta épocas lo suficientemente remotas para evitar, o cuanto menos minimizar, este riesgo; al fin y al cabo matar a Atila antes de que pusiera patas arriba el imperio romano poco trastorno podría acarrear más de quince siglos después -o quizá sí, según los evolucionistas, que contraatacaban esgrimiendo el efecto mariposa-; pero, ¿qué derecho teníamos a alterar la vida de los europeos del siglo V por más que beneficiáramos a algunos a costa de perjudicar, e incluso de negarles el derecho a vivir, a otros?

La cuestión era peliaguda no ya desde el punto de vista científico e incluso desde el filosófico, sino también desde el ético, mucho más prosaico. Así pues, la decisión salomónica que se acabó adoptando fue la de vetar tajantemente cualquier intromisión, por nimia que ésta fuera, en el pasado. Lo cual, dicho de paso, sublevó a los historiadores que, no sin razón, defendían su derecho a estudiarlo en calidad de observadores, sin intervenir en el devenir histórico. Pero ¿cómo podían estar seguros de no perturbarlo involuntariamente? Bastaría con que transmitieran cualquier enfermedad inexistente entonces para provocar una catástrofe similar a la que padecieron los

indígenas americanos cuando los colonizadores europeos -no sólo los españoles- llevaron al Nuevo Mundo enfermedades como la viruela o el sarampión, para las que éstos no tenían defensas.

Y así quedaron las cosas, sin satisfacer a nadie pero tranquilizando en el fondo a todos, por lo que la *máquina del tiempo* -en realidad no era tal, pero la influencia de la ciencia ficción fue determinante a la hora de bautizarla- quedó guardada bajo siete llaves en un lugar desconocido para la inmensa mayoría de los mortales.

Pasemos ahora al segundo invento, la máquina de duplicar. Su funcionamiento era, superficialmente, muy sencillo. Estaba basada en un convertidor materia-energía, y viceversa, capaz de guardar un registro de todo cuando desintegraba. Si posteriormente se invertía su funcionamiento y se utilizaba ese registro como modelo, materializaba una copia exacta del objeto desintegrado. Y una segunda. Y una tercera...

Este cuerno de la abundancia tecnológico tenía, empero, un posible y nada trivial problema. Haciendo abstracción de las imprevisibles consecuencias económicas del invento, capaz de poner patas arriba cualquier sistema económico, el aparato en cuestión tenía el *pequeño* inconveniente de era capaz asimismo de duplicar seres vivos. Incluidos los humanos.

Como cabe suponer, a nadie le apetecería encontrarse de repente con un sosias que legalmente, al menos hasta que la lenta justicia no consiguiera legislar sobre el enredo, tendría exactamente los mismos derechos que él; absolutamente todos. Lo cual, como es fácil de suponer, podría conducir a situaciones extremadamente complicadas y engorrosas, porque si bien los bienes muebles e inmuebles podrían ser susceptibles de reparto aun con previsible disgusto del *original*, ¿cuál de los dos se quedaría con su mujer -o su marido-, con sus hijos o con su puesto de trabajo?

Y ni siquiera valdría el maquiavélico plan de utilizar a los dobles, tal como se describía en algunas novelas y películas baratas, como suministro de *piezas de repuesto*: un corazón, un riñón, un hígado... para cuando el *original* las necesitara. Porque, además de abyecto, criminal, monstruoso y todo cuanto reprochable se les ocurra, esta aberración serviría de poco dado que la réplica, al ser idéntica al original hasta el último átomo, compartiría con éste todas sus enfermedades, taras y posibles trastornos de cualquier tipo, de modo que el corazón *de repuesto*, pongo por caso, sería tan propenso a un infarto como su homólogo. Por razones obvias, llevando el disparate al extremo, tampoco serviría como *cura de rejuvenecimiento* mediante un hipotético trasplante de cerebro, o de cuerpo, método éste muy del gusto de los antiguos escritores de ciencia ficción que, dicho sea de paso, solían olvidar que el cerebro envejece y enferma exactamente igual que cualquier otro órgano, como les ocurre a los enfermos de parkinson o de alzhéimer.

Por esta razón, el duplicador de materia fue condenado a idéntico ostracismo que la máquina del tiempo. Y así hubieran seguido, a la espera de una hipotética -e improbable- evolución a mejor de la humanidad, de no ser porque alguien tuvo la genialidad de aplicar el razonamiento panorámico que tan infrecuente suele ser en ámbito científico, donde la hiperespecialización absorbe toda la atención de los investigadores impidiéndoles ver los beneficios potenciales de una concatenación de resultados. Esta persona sumó dos y dos descubriendo los imprevistos resultados de anuar estas dos invenciones carentes de aplicaciones prácticas por separado... y así nació el primer embrión del que acabaría siendo el Proyecto Némesis.

A posteriori, tal como suele ocurrir en estos casos, la idea no podía resultar más sencilla: ¿Por qué no ir al pasado, seleccionar a alguien convenientemente interesante, duplicarlo y traerse el sosias al presente? De esta manera se vencerían todos los tabúes ya que el original no sería molestado -asumiendo que no se enterara del proceso, algo fácilmente realizable mediante una simple anestesia-, el doble no coexistiría con éste y los responsables del Proyecto Némesis podrían conocer de primera mano a las principales mentes pensantes de la historia de la humanidad.

Desde luego se antojaba atractivo poder traerse a Arquímedes, a Galileo, a Cervantes, a Miguel Ángel y a tantos otros genios y poder tratar de tú a tú con ellos, pero pronto empezaron a aflorar posibles inconvenientes a tan revolucionario plan. Pongamos el caso de Arquímedes, aunque serviría cualquier otro. ¿Imaginan el choque que supondría, para un griego helenístico del siglo III, encontrarse de repente en nuestra época? Por muy privilegiada que fuera su mente, y no cabía la menor duda de que lo era, Arquímedes no dejaba de ser una persona con sus debilidades y sus flaquezas y, sobre todo, adaptado a su entorno, por lo que un cambio tan radical e inesperado en su existencia supondría una barrera extremadamente difícil de superar... si lograba superarla. Esto sin contar, claro está, con que dada la propia naturaleza del Proyecto habría que mantener en secreto su existencia, lo que se traduciría en la práctica en un confinamiento de por vida dentro de los férreos muros de nuestra organización. Jaula dorada, sin duda, pero jaula al fin y al cabo.

Finalmente triunfó la cordura y el proyecto inicial fue descartado, aunque no así la idea de traer al presente personajes célebres del pasado. Ante la crueldad de lo anteriormente expuesto, se propuso una alternativa considerada más humanitaria: rescatar a quienes, por una u otra razón, vieron sus vidas truncadas prematuramente cuando todavía no habían podido aportar toda la potencialidad que llevaban dentro. Aquí no se podía hablar de una condena de por vida sino, al contrario, de una salvación de vidas, puesto que los rescatados dispondrían de una oportunidad de la que no habían gozado en su época para vivir una vida plena y sin duda mucho más fructífera, potenciada además por la ciencia y la tecnología modernas. Asimismo se podría salvar el escollo de la confidencialidad proveyéndoles de identidades falsas que les

permitieran asomarse al mundo y disfrutar de él, ya que sólo ellos y nosotros sabríamos quienes eran realmente. Y para evitar choques culturales como en el caso de Arquímedes, se propuso que sólo se consideraran personas relativamente cercanas en el tiempo a nosotros, poniendo como límite aquéllas que llegaron a conocer la Revolución Industrial, es decir, quienes vivieron a partir del siglo XIX, asumiéndose que al estar familiarizados de una u otra forma con la tecnología su adaptación resultaría más sencilla.

En principio la idea no parecía mala, y la lista de posibles candidatos a *resucitar* era larga: los matemáticos Évariste Galois (1832, muerto a los 20 años), Srinivasa Ramanujan (1920, a los 32) y Alan Turing (1954, 41); los músicos Juan Crisóstomo Arriaga (1820, 20 años), Franz Schubert (1828, 31), Felix Mendelssohn (1847, 38) y Enrique Granados (1916, 48); los físicos Heinrich Hertz (1894, 36 años) y Henry Moseley (1915, 27); los escritores Edgard Allan Poe (1849, 40), Gustavo Adolfo Bécquer (1870, 34), Oscar Wilde (1900, 46), Franz Kafka (1924, 40), Federico García Lorca (1936, 38) y Miguel Hernández (1942, 31); los pintores Vincent van Gogh (1890, 47), Henri de Toulouse-Lautrec (1901, 36), Amedeo Modigliani (1920, 35) y Juan Gris (1927, 40)...

Pero también ahora apareció el aguafiestas de turno. Ciertamente cabía esperar que todas estas personas, y muchas más contemporáneas suyas, pudieran asumir razonablemente bien el cambio temporal y cultural, pero ¿sería suficiente? Tal como dijo Ortega somos fruto de nuestra herencia y nuestro ambiente, y si bien el salto cronológico no sería, en estos casos, demasiado brusco, pudiera no ocurrir lo mismo con los otros factores. Por ejemplo, Moseley hizo dar un paso de gigante a la física y a la química con su descubrimiento del concepto de número atómico, que permitió describir teóricamente la tabla periódica de los elementos, plenamente aceptada en su época pero todavía fruto exclusivo de laboriosos trabajos experimentales de difícil interpretación hasta entonces. Moseley hizo su trascendental descubrimiento en 1913, tan sólo dos años antes de que muriera en Gallipoli víctima de la batalla más absurda de la I Guerra Mundial.

No resulta difícil suponer que, de no haberse producido esta fatal circunstancia, Moseley podría haber aportado mucho más a la ciencia en un momento en el que la física experimentaba un impresionante desarrollo; pero transplantado a nuestra época, su genialidad habría quedado posiblemente eclipsada por el alud de descubrimientos que tuvieron lugar con posterioridad a su muerte. Dicho de otra manera, cabía suponer que sus posibles descubrimientos revolucionarios en las primeras décadas del siglo XX ya no lo fueran ahora. Y, dada la enorme especialización de la ciencia, es probable que incluso le hubiera resultado difícil siquiera ponerse al día.

Algo similar puede decirse de las distintas ramas humanísticas. Fijémonos en Federico García Lorca, víctima como otros muchos de la insania y el fanatismo que azotaron España durante la Guerra Civil. Resulta evidente que a su edad todavía le debía de quedar bastante poesía dentro, la cual se llevó a su anónima tumba. Pero, ¿seguiría teniendo la misma relevancia en nuestro mundo actual? Porque una cosa es admirar a los clásicos y otra muy distinta tenerlos vivitos y coleando escribiendo, componiendo o pintando obras que ya no encajaran con lo que se hacía ahora... por más que personalmente abomine de mucho, o de casi todo, cuanto intentan colarnos como *arte contemporáneo*.

No, por desgracia toda esta gente se encontraría completamente desubicada y, si bien podría -lo cual tampoco estaba demasiado claro- integrarse con más o menos dificultades en nuestra sociedad, esto no garantizaba en absoluto que lograran retomar su actividad creadora o investigadora justo en el punto en el que su muerte la había truncado, y todavía menos que fueran capaces de dar un salto adaptándose a los gustos actuales manteniendo intacta su genialidad. Así pues, lo más prudente era dejar que los muertos descansaran en paz.

Esto nos conducía una vez más a un exasperante punto muerto, del que logramos salir cuando una nueva sugerencia dio la puntada que faltaba para completar la costura.

Sí, el Proyecto Némesis podría rendir un fruto realmente útil... aunque no de la índole que habíamos imaginado. Nos olvidamos, pues, de traer a nuestra época copias de los grandes personajes de la historia, y también de dar una segunda oportunidad a los ilustres fallecidos precoces. No, nuestra labor no sería ni humanitaria ni filantrópica, pero no por ello menos justificada; ya que no podíamos venerar a Eros lo haríamos a su contrapartida Tánatos; ya que no podíamos traer la vida, nos convertiríamos en sacerdotes de la muerte. Y fue entonces cuando nuestro proyecto quedó bautizado con el nombre de la diosa de la venganza y de los justos castigos.

Así pues, rescatamos la descartada idea de convertirnos en persecutores de los criminales históricos, pero desde un enfoque muy diferente: ahora no buscaríamos quitarlos de en medio para evitar sufrimientos a sus víctimas, dados los potenciales peligros que esta práctica podía acarrear; pero sí podríamos darnos, al menos, el gusto de castigarlos tal como se merecían, dado que muchos de estos asesinos habían logrado eludir la justicia humana -sobre una hipotética justicia divina preferíamos no opinar- muriendo en sus camas a edades avanzadas -caso de Francisco Franco- o bien librándose del castigo merced a una muerte rápida, como le aconteció a Hitler.

Porque todos ellos se merecían un castigo proporcionado a sus atroces crímenes, y nosotros estábamos dispuestos a aplicárselo. Y aunque no podíamos aplicar la justicia a los personajes originales, nada nos impedía hacérselo a sus copias.

El resto es fácil de imaginar. Una vez seleccionado el personaje a castigar -huelga decir que comenzamos por Hitler-, utilizamos la máquina del tiempo -en realidad se trata de un portal que conecta ambos puntos cronológicos- para entrar en el dormitorio del dictador nazi cuando éste estaba durmiendo sin compañía alguna. Convenientemente narcotizado le trajimos a nuestro laboratorio, esterilizado para evitar cualquier posible contaminación, le introdujimos en la máquina convertidora que desintegró su cuerpo, y le volvimos a integrar grabando el registro que permitiría reproducir una copia suya siempre que deseáramos. Acto seguido devolvimos al Hitler *original* a su dormitorio tan sólo un instante después de cuando nos lo llevamos -un interesante efecto secundario del proceso cronológico que nos permitió soslayar el tiempo que tardamos en hacer la copia- sin que nadie, ni tan siquiera él, se apercibiera de lo que habíamos hecho.

Por último, ya de vuelta, reintegramos una copia suya y la sometimos a nuestro particular Proceso de Nuremberg. Previamente, había olvidado decirlo, habíamos construido una cárcel de extrema seguridad en una isla perdida en mitad del océano Pacífico, lejos de toda ruta aérea o marítima. El penal era -y es- completamente subterráneo, mientras en la superficie de la isla, a modo de tapadera, establecimos una pequeña estación científica presuntamente dedicada al estudio de las migraciones de no recuerdo qué animales marinos. Y dado que, vuelvo a repetirlo, contamos con el apoyo de las principales potencias mundiales, tenemos la garantía de que nuestro santuario no se verá perturbado, ni tampoco nosotros ni nuestros forzados *huéspedes*.

Esta impunidad no quiere decir que los maltratemos, aunque tampoco les hacemos la vida demasiado cómoda. En realidad estamos interesados en tratarlos bien desde un punto de vista material para que su castigo, obviamente una cadena perpetua, resulte lo más duradero posible. Lo cual no quiere decir que su pena sea leve ni llevadera; condenados a no volver a ver más el sol, confinados de por vida en unas celdas excavadas en las entrañas de la tierra, saben que habrán de purgar sus delitos aun cuando ni en cien vidas pudieran hacerlo; porque uno de los castigos a los que están sometidos, sin duda el peor posible, es verse obligados a contemplar una y otra vez todos los males que cometieron no sólo durante su vida digamos, terrenal -es decir, con anterioridad a su replicación-, de la que tenían perfecta conciencia, sino también los posteriores, que en principio desconocían por no haberlos vivido.

A Hitler siguieron bastantes más: Stalin, Mussolini, Franco, Tito -el dictador yugoslavo, no el emperador romano-, Mao Tse Tung, Pol Pot, los Jóvenes Turcos responsables del genocidio armenio, varios dictadores centro y sudamericanos, criminales de la II Guerra Mundial -no todos nazis- y otros menos conocidos por el gran público, pero no por ello menos sanguinarios. Y todos relativamente recientes, puesto que convinimos en que no tendría mucho sentido traer a personajes tales como Calígula,

Nerón, Atila, Gengis Jan o Tamerlán... aunque quizá acabemos dándoles una *segunda oportunidad* una vez que hayamos acabado con los primeros.

Todas las selecciones se hacen por consenso y a propuesta de los nacionales del *candidato*, para evitar que posibles discrepancias políticas o ideológicas siembren la discordia entre nosotros. Es por ello que los procesos son relativamente lentos, ya que nos tomamos el tiempo necesario para estar todos de acuerdo. Por esta razón -soy el único español del Proyecto- la traída de Franco fue a propuesta mía, elegido deliberadamente cuando recién terminada la Guerra Civil se encontraba en la cúspide de su poder y lo administraba despóticamente con un desprecio absoluto a las vidas humanas, razón por la que no me costó demasiado convencer a mis colegas. Ahora estoy preparando un informe sobre Fernando VII, otro personaje siniestro al que deseo ver purgar sus crímenes, que no fueron pocos, aunque deberá esperar a que se tramiten los expedientes que ya están en marcha como los de Enrique VIII de Inglaterra, Iván el Terrible, Robespierre, Leopoldo II de Bélgica, Idi Amin y algún otro tiranuelo africano. Pero ya le llegará su turno.

Huelga decir que el Proyecto se puso en marcha no sin ciertas dudas morales. Por razones prácticas no solíamos replicarlos justo al final de sus vidas -hubiera sido complicado cazar a Hitler en el búnker berlinés justo antes de su suicidio- e incluso, en casos como el de Franco, tampoco nos parecía bien dejarle disfrutar impunemente durante décadas del fruto de sus tropelías. Pese a ello, ¿podíamos hacer responsable a la copia de los crímenes cometidos por su original? Sí, al menos así lo interpretábamos, de los crímenes anteriores a su duplicación, puesto que al ser las copias indistinguibles era él mismo quien los había cometido, pero ¿y de los posteriores? Porque según la ley -aunque nosotros nos considerábamos al margen de ella- no era lícito castigar a nadie por delitos que no hubiera cometido, por más que existiera la certeza de que los fuera a cometer... caso que evidentemente no se daba en nuestros prisioneros puesto que no tenían la menor posibilidad de hacerlo.

Así pues, ¿teníamos derecho a obrar como lo estábamos haciendo? Las dudas eran serias, pero por fortuna nosotros no éramos filósofos, ni tampoco jueces. Existía, claro está, la posibilidad del arrepentimiento, pero en la práctica éste era descartable puesto que muchos de los condenados eran psicópatas incapaces de la menor redención. Y en cuanto al resto... bien, todos ellos habían sido replicados cuando ya llevaban una larga carrera de crímenes y asesinatos, por lo que, con independencia de lo que pudieran haber hecho o no con posterioridad a su captura, lo que no dejaba de ser una discusión bizantina, tenían bastantes cargos en contra como para merecerse el castigo. Por supuesto, jamás se nos ocurrió traer a ninguno de ellos cuando todavía no habían cometido su primer crimen. Quizá el joven Hitler anterior a su afiliación al Partido Obrero Alemán, precursor del Partido Nazi, pudiera haber seguido otros derroteros distintos que le condujeran por vías pacíficas, pero el que trajimos aquí ya traía las



manos suficientemente manchadas de sangre. Esto me libera de cualquier escrúpulo de conciencia.

Todavía queda una cosa más por explicar. Cuando aplicamos la cadena perpetua lo hacemos de forma literal, de modo que cuando muere uno de los penados automáticamente volvemos a replicarlo con la copia que conservamos, sometiéndole a idéntico trato que a su predecesor. Ciertamente este último no puede ser consciente de lo acontecido durante la reclusión del anterior, aunque sí le hacemos conocedor de esta circunstancia, incluyendo grabaciones realizadas periódicamente, así como del hecho de que el proceso se repetirá de forma indefinida una vez que cualquiera de ellos muera.

Ninguno de nosotros puede prever si en algún momento el Proyecto Némesis pueda llegar a su fin, ni lo que se haría en este caso con los penados; pero mientras éste se mantenga vigente, dejaremos bien claro a nuestros prisioneros que, al igual que ocurría en el Infierno de Dante, quien aquí entra debe abandonar toda esperanza... literalmente.

## QUE LA TIERRA TE SEA LEVE

J.P. era un genio científico de aquéllos que sólo aparecen una vez cada varias generaciones. También era un excéntrico total y un misántropo patológico, combinado todo lo cual daba como resultado una personalidad tan singular que no encontraba acomodo en una sociedad de naturaleza y vocación mediocres. Así pues, nació condenado a ser un inadaptado.

Fue a costa de heroicos esfuerzos, no intelectuales puesto que su mente privilegiada daba para ello y para mucho más, sino sociales para lo que no estaba preparado en absoluto, como consiguió terminar sus estudios universitarios graduándose como físico no sin problemas, puesto consideraba a sus profesores, con los que había chocado constantemente, unos imbéciles que compensaban su falta de inteligencia con la falsa vanidad de los cargos académicos que detentaban sin merecerlos. Éstos, a su vez, acabaron optando por aprobarle sus asignaturas -eso sí, con la puntuación mínima para salvar el suspenso- como el modo más sencillo de quitárselo de encima, o al menos eso era lo que alegaban aunque en el fondo no dejaban de estar tan fascinados por su talento como irritados por su indomable carácter.

El caso fue que cuando el joven científico se vio libre de la tortura de las aulas y en posesión de un título universitario, no supo qué hacer con él... ni consigo mismo. Era evidente que no estaba dispuesto a malograr su talento encadenándose de por vida a una carrera investigadora que aborrecía, y tampoco le apetecía lo más mínimo dedicarse a otras posibles actividades como la enseñanza -se sofocaba tan sólo con pensar en tener que soportar a adolescentes descerebrados a los que tan sólo interesaba la satisfacción de sus instintos más animales-, la industria o, en general, cualquier actividad que le obligara a soportar el más mínimo contacto con cualquier espécimen humano.

Pero de algo tenía que vivir... vino entonces en su ayuda el azar, poniendo en sus manos la inesperada herencia de un tío al que apenas conocía -posiblemente de haberse conocido ambos las cosas habrían sido muy diferentes- que falleció oportunamente sin testar, siendo él su pariente vivo más cercano. No era una gran fortuna, pero sí lo suficiente para satisfacer sus sobrias necesidades materiales; y en cuanto a las intelectuales, él era un teórico al que tiempo atrás le habría bastado con papel y lápiz y ahora se conformaba con un equipo informático razonablemente sofisticado.

Así pues, encerrado en la vivienda también heredada de su tío a la que convirtió en su guarida, se dedicó a hacer lo que más le gustaba, en realidad lo único que le gustaba: ejercitar su privilegiado intelecto explorando caminos vírgenes incluso para la ciencia más avanzada. Porque él, volvamos a repetirlo, era un genio de tal magnitud que ni siquiera necesitaba hombros de gigantes para alcanzar sus objetivos.

Lo cual acarreaba, como inevitable contrapunto, que sus indagaciones y sus descubrimientos quedaran ignorados, dado que J.P. no sólo desdeñaba sino que aborrecía a todo el conjunto de la comunidad científica, por lo cual jamás mostró el menor interés en dar a conocer sus trabajos siquiera como revancha por la forma en la que había sido tratado. En realidad a él tan sólo le importaba su satisfacción personal, mostrando por el resto de la humanidad, incluidos los científicos, una indiferencia tan olímpica como absoluta. Posiblemente habría llegado incluso a la novelesca decisión de destruir sus trabajos en vísperas de su muerte, de no mediar las circunstancias no previstas que condujeron su vida por otros derroteros. Pero no nos adelantemos.

El interés científico de nuestro protagonista no estaba enfocado hacia ningún campo específico en particular, dado que despreciaba la especialización a la que se veían abocados los investigadores a causa del progreso continuo de la ciencia; algo que él no contemplaba como inevitable sino como la consecuencia lógica de la cerrazón mental de quienes eran incapaces de ver la realidad de forma panorámica, estableciendo interrelaciones entre campos aparentemente diversos. Ésta era la única metodología que consideraba válida para ampliar el conocimiento de una manera armónica y no distorsionada.

En realidad J.P. emulaba sin saberlo -la historia jamás le había interesado al considerarla una crónica de la inepticia humana a través de los tiempos- a los sabios renacentistas capaces de abarcar cualquier disciplina del saber de su época, aunque en su caso limitada a las ciencias teóricas, que no era poco.

Y finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir: logró desarrollar una teoría completa sobre los viajes temporales, según la cual sería posible desplazarse a cualquier punto de la historia desde el remoto pasado de la Tierra hasta el futuro más ignoto. La teoría en sí tenía un enorme valor intelectual al dejar muy atrás a las creadas por las más preclaras mentes de la historia de la ciencia tales como la de la gravitación universal, la de la evolución, la del electromagnetismo, las dos de la relatividad o la de la mecánica cuántica; pero aunque resultaba el mayor monumento intelectual jamás pergeñado por mente humana alguna, por sí sola servía para poco salvo para satisfacer la vanidad de su creador, dado que no tenía el menor propósito de darla a conocer ni siquiera en los círculos académicos más selectos.

Así pues sus posibles aplicaciones prácticas, algo que hubiera entusiasmado a historiadores, paleontólogos e infinidad de investigadores tanto de disciplinas científicas como humanísticas, quedaban cercenadas de raíz.

Pese a su misantropía, J.P. no carecía ni de curiosidad ni del prurito de constatar la certeza de sus especulaciones. Así pues, se le metió en la cabeza que resultaría conveniente realizar, aunque sólo fuera una única vez, un viaje por el tiempo para comprobar que sus ecuaciones funcionaban. Claro está que, para pasar de la compleja

simbología matemática a la realidad tangible de los viajes temporales, sería necesario construir un vehículo que le permitiera hacerlo... algo que quedaba fuera de su alcance no por la dificultad de su construcción, que consideraba sencilla, sino porque todo cuanto tenía de genio teórico le faltaba de habilidad manual. Dicho en plata era un espantoso manazas incapaz hasta de apretar un tornillo.

Lo cual le planteaba un problema de difícil resolución. Podría perfectamente recurrir a un técnico ya que su diseño era relativamente sencillo, pero esto haría trizas su voluntad de mantenerlo en secreto. Tras mucho cavilar llegó a una solución que le pareció satisfactoria: la mayoría de los componentes de su máquina podían ser adquiridos por separado preferiblemente por internet, ya que en nada se diferenciaban de los que constituían las entrañas de diversos aparatos de uso común; lo que les convertiría en singulares sería su conjunto.

En cuanto a la carcasa que debía contener el habitáculo de control y la parte generadora del campo cronotorial -el neologismo era suyo- que haría posible el desplazamiento a través del tiempo... bien, eso se lo podría encargar a un cerrajero, dado que no requería unas especificaciones complejas. Éste probablemente se sorprendería del encargo de algo parecido a una antigua cabina de teléfonos, cristales incluidos, con un asiento y una repisa para colocar los mandos, pero su fama de extravagante era suficientemente conocida para procurarle una cobertura eficaz.

Quedaría entonces lo más peliagudo, el ensamblaje de todas las piezas incluido el colector taquiónico responsable del suministro energético intertemporal, por más que su aspecto exterior no llamara la atención al tratarse de la hábil modificación de un microondas. Al llegar a este punto no tendría más remedio que encargárselo a un técnico, lo cual le hacía sentir escalofríos por todo el cuerpo; pero finalmente encontró una excusa tan inverosímil que resultaba creíble; poco importaba que el currante le tomara por un chiflado si cobraba religiosamente la cantidad estipulada por su trabajo incluyendo una generosa propina.

En resumen, y saltándonos por innecesarios todos los prolegómenos del proceso de construcción del cronoscopio, baste con decir que varios meses después de iniciado el acopio de materiales el aparato estaba montado y listo para ser utilizado en el sótano de la vivienda de J.P. Su aspecto era tosco, pero en nada necesitaba unas líneas estilizadas puesto que no se desplazaría por el espacio sino por el tiempo, y el tránsito sería además paradójicamente instantáneo. Fue él mismo quien realizó las últimas conexiones y comprobó que todo funcionaba, tras lo cual tan sólo restaba iniciar el gran viaje.

Pero entonces le surgió una duda. El cronoscopio estaba diseñado para moverse a través del tiempo pero no a través del espacio, por lo que con independencia del desplazamiento temporal se mantendría en las mismas coordenadas geográficas que tuviera en el momento de ser conectado. Esto era evidente, pero ¿y la Tierra? Porque la

Tierra no se mantiene inmóvil en el espacio sino que rota en torno al Sol. Pero si quisiéramos considerar un sistema de referencia absoluto respecto al universo tendríamos que contar también con que el Sol gira en torno al eje de la Vía Láctea, la Vía Láctea se desplaza en el seno del Grupo Local, éste lo hace en dirección al Gran Atractor perteneciente al Supercúmulo Local, que a su vez se mueve en el seno del Complejo de Supercúmulos Piscis-Cetus... lo que en la práctica convierte en imposible la resolución del problema de cual pueda ser el movimiento resultante de nuestro planeta en el cosmos.

Por si fuera poco, el elegante experimento realizado en 1887 por Michelson y Morley intentado calcularlo en base a hipotéticas pequeñas variaciones de la velocidad de la luz medida en direcciones distintas del firmamento se saldó con un rotundo fracaso, remachado por el aguafiestas de Einstein al determinar años después que la velocidad de la luz en el vacío era invariable con independencia de cual pudiera ser el desplazamiento del observador frente a la fuente que la emitía.

Tampoco sirvió de mucho la búsqueda de anisotropías en la radiación de fondo cósmica, desarrollada a partir de la década de 1960, como modo de determinar mediante el efecto Doppler la velocidad absoluta de la Tierra respecto al universo, aunque sí permitió confirmar la teoría del Big Bang, que no era poco... pero que nada aportaba a los intereses de J.P.

Así pues, la duda que se le planteaba era la siguiente: cuando viajara del presente al pasado, o al futuro, y apareciera en el mismo lugar, ¿éste correspondería a su situación en la Tierra, o a su ubicación absoluta en el universo? La cuestión no era en modo alguno baladí, puesto que en el segundo de los casos se materializaría en mitad del vacío cósmico -las probabilidades de hacerlo en una estrella, un planeta o cualquier otro astro eran tan remotas que resultaban despreciables- al haber dejado atrás a la Tierra o haberlo hecho ésta a él y a su frágil cascarón, lo que causaría su muerte inmediata.

Pero J.P. era, ya lo hemos repetido hasta la saciedad, un genio sin parangón en toda la historia de la ciencia además de un excepcional teórico; así pues, se puso a estudiar el problema con el rigor y la minuciosidad que le caracterizaba. Y lo consiguió, descubriendo con alivio que con independencia del intervalo temporal recorrido, sin que influyera tampoco que el salto temporal fuera hacia adelante o hacia atrás, su vehículo temporal se mantendría fijo respecto a sus coordenadas relativas al centro de la Tierra o, más exactamente, al punto de convergencia de todos los vectores gravitacionales generados por la masa del planeta. Debido a las irregularidades existentes en la distribución de esta masa el punto al que se podía reducir matemáticamente la atracción gravitatoria no coincidía exactamente con el centro geométrico terrestre, pero la diferencia era suficientemente pequeña como para no tener que considerarla y tampoco

era esto algo que preocupara a J.P., puesto que lo único que le interesaba era aparecer en el mismo lugar de donde partiera al final del viaje, y no en mitad de la nada.

Claro está que también sería necesario tener en cuenta la orogenia y la erosión, dos procesos geológicos responsables de modificar la superficie de la Tierra y no poco, como demuestran los fósiles marinos encontrados en la cordillera del Himalaya. Ciertamente es que al tratarse de fenómenos lentos a escala humana este inconveniente podría obviarse optando por un desplazamiento temporal corto, aunque no tanto como para correr el riesgo de encontrarse con quienquiera que habitara entonces en la casa si es que realizaba su experimento desde el sótano.

Lo más sencillo habría sido dar un salto de tan sólo unos días al futuro, dado que sólo correría el riesgo de encontrarse a sí mismo y además ya estaría al corriente del resultado de su experimento; pero una de sus intrincadas ecuaciones conducía a conclusiones similares al principio de exclusión de Pauli, según las cuales no sería posible la coexistencia de una misma masa -la del cronoscopio y la suya propia- con ella misma procedente de otro punto temporal. Y aunque desconocía las consecuencias que pudiera acarrear este bucle temporal, decidió prudentemente evitarlo.

Así pues, la opción más viable parecía ser dar un salto temporal de quizá uno o dos siglos, suficiente para evitar estos engorrosos inconvenientes pero al mismo tiempo convenientemente corto para evitar alteraciones significativas del entorno del laboratorio. Pero sí habría que tener en cuenta las posibles modificaciones artificiales; cómo se podría saber si en un futuro su vivienda unifamiliar había sido sustituida por un nuevo edificio o derribada para abrir una calle. En cuanto al pasado, tampoco tenía manera de conocer si el sótano habría sido ya excavado en el momento de su llegada.

Disponía, no obstante, de cierto margen gracias una vez más a su genio; aplicando el principio de incertidumbre de la cronología cuántica -disciplina, huelga decirlo, de su invención-, consiguió dotar a su cronoscopio de cierta capacidad de desplazamiento espacial que evitaría su materialización en el seno de una masa sólida. Este mecanismo de seguridad funcionaría de manera automática, desplazando suavemente su vehículo hasta hacerle aparecer en un lugar seguro... y a nivel del suelo, ya que también logró evitar el riesgo de aparecer a varios metros de altura con el consiguiente y poco deseable riesgo de caída. El margen de variación no era demasiado grande, como mucho de unas decenas de metros en cualquier ángulo, pero ¿sería suficiente? Eso dependería, supuso, del intervalo temporal recorrido, ya que el margen de incertidumbre aumentaba conforme lo hiciera éste.

Una vez ultimados los detalles, tan sólo quedaban por determinar dos cuestiones: el sentido del viaje temporal, hacia el pasado o hacia el futuro, y la distancia temporal recorrida. Lo primero que se planteó fue limitarse a viajar uno o dos siglos, pero esto era algo que no acababa de convencerle: hacía cien o doscientos años la humanidad era

tan estúpida o más como en el presente, lo cual no le incentivaba en absoluto; y tampoco cabía esperar que la situación hubiera mejorado significativamente en el futuro. Además, lo suyo no era la historia ni tampoco le interesaba lo que pudiera ocurrir en el mundo una vez que no estuviera en él.

Así pues decidió ir mucho más lejos, a eras en las que ni siquiera existían los ancestros más remotos de la humanidad, o bien a aquéllas en las que presumiblemente ésta hubiera desaparecido; aunque quizá esta segunda opción, pensó mordaz, no le obligara a desplazarse a un futuro demasiado lejano considerando su previsible extinción a causa de su estupidez congénita.

Pero seguían existiendo las dos alternativas, pasado o futuro. Por un lado el futuro lejano se le presentaba potencialmente más atractivo, pero contaba con el inconveniente de desconocer con qué se podría encontrar y no todas las posibles alternativas se le antojaban halagüeñas. ¿Y si aparecía en un mundo yerto y radiactivo?

El factor que le movió a optar por el pasado fue, no obstante, otro distinto. Si quería desplazarse un intervalo temporal comprendido en la escala de las decenas de millones de años, resultaría importante conocer lo mejor posible el lugar -o dicho con mayor propiedad el tiempo- al que llegaría, para lo que disponía de suficiente información sobre la evolución geológica del planeta. Se trataba, sin duda, de una ventaja importante.

Quedaba por determinar, únicamente, cuanto retrocedería en el tiempo, algo irrelevante desde el punto de vista técnico ya que, según su teoría, podría viajar si quisiera incluso al mismo instante del Big Bang... aunque sería mejor no arriesgarse, limitándose a los períodos geológicos razonablemente bien conocidos. Su primera intención fue hacerlo a algún momento del Cenozoico, entre los 5 y los 66 millones de años atrás, una era suficientemente cercana para albergar una fauna reconocible a la par que suficientemente exótica para confirmar su éxito; pero estudiando las características principales de esta era de la historia de la Tierra, descubrió con desagrado que fue muy activa geológicamente, con grandes movimientos orogénicos que crearon la mayor parte de las grandes cordilleras actuales incluyendo el Himalaya, los Alpes, los Pirineos y el Cáucaso, entre otras muchas. Y aunque el proceso de formación de una cordillera es extremadamente lento a escala humana, nada que ver con lo reflejado en la película *Fantasia*, prefirió no arriesgarse teniendo como tenía mucho donde elegir.

La segunda opción fue el Mesozoico, el reino de los dinosaurios. Aquí disponía de un intervalo temporal mucho mayor, entre los 66 y los 250 millones de años, repartido en los tres períodos geológicos clásicos: Triásico, Jurásico y Cretácico. Puesto que era demasiado amplio eligió el Cretácico por ser el más cercano, y dentro de éste el Cretácico Superior, comprendido entre los 66 y los 100 millones de años; un intervalo más manejable que coincidía con el apogeo de los dinosaurios, otros reptiles como los

pterosaurios, los plesiosaurios y los mosasaurios, y los primeros mamíferos y aves. Además fue un período geológicamente tranquilo en la mayor parte del planeta, otro factor a tener en cuenta.

Únicamente su final fue abrupto a causa del catastrófico evento que provocó la extinción de los dinosaurios y de otros muchos animales, pero éste fue un fenómeno breve de apenas unos miles de años frente a los 34 millones de años de duración del Cretácico Superior, por lo cual tenía margen más que de sobra para evitarlo.

A ello se sumaba que la idea de avistar dinosaurios vivos le atraía, por lo que todo quedó decidido optando por unos redondos 80 millones de años antes de Cristo, a 14 tranquilizadores millones de años de la gran extinción y con la fauna y la flora del planeta en pleno apogeo.

Un último detalle le preocupaba. No tenía manera alguna de prever cual podría haber sido la transformación del terreno en todo ese tiempo, pero ochenta millones de años era mucho tiempo, por lo que el margen de maniobra que le permitía el desplazamiento espacial del cronoscopio se le antojaba insuficiente.

Metódico como era, J.P. no tardó en encontrar una solución que se le antojó satisfactoria. Rastreando internet escudriñó mapas geológicos buscando localizar terrenos suficientemente antiguos -al menos tanto como los millones de años que pensaba retroceder en el tiempo- que no hubieran experimentado fenómenos geológicos significativos tales como erosión, plegamientos, fallas o terremotos; es decir, que se hubieran mantenido estables sin alteraciones significativas. Y a ser posible, y por cuestiones logísticas, que no se encontraran demasiado alejados de su casa.

Le costó tiempo encontrarlos, puesto que una vez seleccionada una posible ubicación tenía que confirmar su estabilidad con un estudio más detallado, lo cual no siempre ocurría. Eso sin tener en cuenta los lugares que tuvo que descartar por resultar inaccesibles -no era cuestión de marcharse a un remoto rincón de Siberia- o por cualquier otro motivo.

Comenzaba a desesperarse -la paciencia nunca había sido su principal virtud- cuando descubrió un lugar que inexplicablemente le había pasado desapercibido pese a su relativa cercanía, ya que ni siquiera tendría que abandonar el país. Y para satisfacción suya, demostró reunir todos los requisitos.

Era, pues, la ubicación idónea. Como era de suponer se trataba de una paramera inhóspita alejada de las vías de comunicación y a varios kilómetros del lugar habitado más cercano, una pequeña aldea que quedaba prácticamente despoblada en invierno, desde la que se accedía por un misérrimo camino, puesto que esas tierras, de puro



pobres, no tenían utilidad agrícola alguna e incluso las cabras se encontrarían con serios problemas para sustentarse en ellas.

Para su sorpresa en sus cercanías se habían encontrado icnitas, es decir, huellas fosilizadas de dinosaurios que ¡oh, maravilla! habían sido datadas precisamente en la época geológica que él había previsto visitar.

Todo se mostraba, pues, a favor suyo; bastaría con cargar el cronoscopio en una furgoneta o una camioneta capaz de rodar por esos andurriales, elegir un punto adecuado, colocar el artefacto en el suelo, sentarse en su interior y apretar el botón; ni siquiera tendría necesidad de una fuente de energía convencional, ya que el colector taquiónico la tomaría del propio flujo temporal y para el funcionamiento del equipo electrónico bastaría con un simple batería. Tampoco tendría que preocuparse por el tiempo durante el cual estaría ausente del presente; la traslación temporal sería instantánea, y con independencia de cuanto permaneciera en el Cretácico su retorno tendría lugar instantes después de haber partido.

El único posible inconveniente con el que quizá pudiera tropezar era que un lugareño desconfiado diera aviso a la policía y ésta acudiera a investigar la razón de su presencia allí, lo que le obligaría a dar incómodas explicaciones sobre el cronoscopio. No sin inquietud leyó que tiempo atrás había habido un intento de expoliar las icnitas por parte de excavadores furtivos, lo que había obligado a vallar el yacimiento. Ciertamente él no tenía intención de acercarse por allí sino, por precaución, justo lo contrario fijando su base de operaciones en el lugar más apartado posible; pero el camino era único para todo el páramo, por lo que de alguna manera tendría que procurar vencer la previsible suspicacia de los aldeanos.

Tras buscar la mejor excusa posible decidió hacerse pasar por astrónomo, haciéndoles creer que el cronoscopio era un telescopio experimental con el que deseaba realizar algunas observaciones en el magnífico firmamento nocturno de la zona. En realidad su tosco artefacto no se parecía ni remotamente a un telescopio o a un radiotelescopio, sino más bien a una barroca cabina telefónica; pero tras acoplarle una antena parabólica al techo y un puñado de artilugios que parecían salidos del atrezzo de una película de ciencia ficción de serie B por toda su superficie, el camuflaje quedó relativamente logrado ante los ojos -al menos eso pensaba- de unos pueblerinos que poco o nada sabrían de tecnología científica.

Esta triquiñuela le obligaría a realizar su viaje temporal de noche, lo cual si bien le incomodaba por otro lado no dejaba de ser una ventaja, ya que esto le permitiría ganarse la confianza de los lugareños además de convencerlos de que difícilmente podría dedicarse a expoliar yacimientos paleontológicos en plena oscuridad. Incluso les preguntaría por el mejor lugar para plantar su *telescopio*, procurando dejar claro su interés por no dañar accidentalmente las icnitas.

El plan no era perfecto, sobre todo teniendo en cuenta que las habilidades sociales no eran precisamente uno de sus puntos fuertes, pero tampoco le parecía disparatado. Eso sí, aunque su cronoviaje durara tan sólo unos segundos, tendría que permanecer en el pelado páramo durante toda la noche fingiendo realizar sus observaciones astronómicas, con independencia de que a un radiotelescopio real no le afecte en absoluto la luz diurna; pero pensaba que así resultaría más fácil embaucar a sus anfitriones abrumándolos con una jerga pseudocientífica.

Dicho y hecho. Alquiló una furgoneta asegurándose de que fuera capaz de rodar por esos andurriales y colocó cuidadosamente el cronoscopio en su interior, echándose a la carretera en busca de su destino al que llegó tras un tranquilo viaje de varias horas.

El pueblo era insignificante, apenas un puñado de casas arracimadas en torno a la modesta iglesia, pero al ser verano se veía en él cierta actividad. Aparcó la furgoneta bien visible en la plaza y se dirigió al bar situado enfrente, donde pidió un café con leche. Aparte del dueño del establecimiento tan sólo había en su interior cuatro parroquianos jugando una animada partida de mus, a los que se dirigió fingiendo curiosidad. Cuando uno de ellos alzó la vista interrogándole con la mirada, pidió disculpas por la interrupción preguntándoles por la mejor manera de acceder al páramo.

Acto seguido, sin darles tiempo siquiera para fruncir el ceño, se presentó como profesor de una universidad convenientemente lejana y les contó la historia del *telescopio*, el magnífico cielo del que disfrutaban en la comarca y toda la sarta de trolas que había trabajosamente enhebrado, haciendo hincapié en que su *telescopio* era un modelo experimental realizado por él mismo -en esto no mentía- y que deseaba probarlo etcétera, etcétera, etcétera. Por último, se ofreció amablemente a enseñárselo al tiempo que invitaba rumbosamente a todos, incluyendo al camarero, a tomarse una ronda a su cuenta.

Aparentemente la ronda resultó más efectiva que la curiosidad por ver el *telescopio*, pero no obstante consiguió que el que parecía llevar la voz cantante accediera a interrumpir la partida para echar un vistazo al interior de la furgoneta mientras sus compañeros permanecían en el bar. Pero con esto le bastaba. J.P., dicho sea en honor suyo, hizo un titánico esfuerzo por mostrarse simpático frente al hosco aldeano, que no obstante pareció mostrarse satisfecho tras fisgar el armatoste que para él bien podría haber sido cualquier cosa desde una bomba nuclear a un nuevo tipo de frigorífico, fingiendo entender unas explicaciones que con toda seguridad no entendía.

Volvieron al bar y allí, delante de todos, se disculpó por la tosquedad del diseño del *telescopio*, arguyendo que al ser un prototipo lo importante era que funcionara y que más adelante se resolvería la cuestión del diseño. Por último, concluyó su representación interesándose por poder reservar una habitación, ya que si bien pasaría toda la noche a campo abierto, necesitaría un lugar para descansar a la mañana

siguiente. Respondió el dueño del bar que allí no había ningún alojamiento y que el hostel más cercano se encontraba en la carretera principal, a unos veinte kilómetros de allí, pero tras un rápido gesto del cabecilla que no pasó desapercibido a J.P. se desdijo afirmando que, puesto que volvería cansado después de pasar toda la noche en vela y no era cuestión de conducir tantos kilómetros sin haber dormido, podría prepararle una cama en su casa y también un sustancioso desayuno.

Agradeció J.P. el favor concertando el precio del servicio ante la mirada atenta de los parroquianos y, puesto que ya era mediodía, le preguntó si podía darle algo de comer, a lo que accedió éste. Una hora más tarde, cuando tras el postre saboreaba una copa de brandy peleón -no lo había mejor en el establecimiento-, era consciente de que había logrado vencer la desconfianza de los lugareños a cambio eso sí -de esto se encargó uno de los jugadores, que se escabulló sigilosamente del bar- de que todo el pueblo se enterara de la vida y milagros del visitante. Pero esto no sólo no le importaba sino que le daba garantías de haber logrado su objetivo.

La tarde se le hizo larga, puesto que en el pueblo no había nada que ver y la iglesia, el único lugar que podía tener cierto interés, estaba cerrada a cal y canto. Podría haber preguntado por el vecino que siempre tenía la llave, pero aparte de que el arte no le interesaba sobremanera -lo había pensado como una manera de matar el tiempo-, no quería correr el riesgo de que le consideraran sospechoso de ser un ladrón de obras de arte. Quizá fuera paranoico pensarlo, pero resultaría prudente evitar cualquier gesto que pudiera poner en riesgo su verdadera misión. El problema era el calor, así que volvió al bar a tomar una cerveza.

Cuando el sol comenzó a declinar estimó que era un buen momento para subir al páramo, puesto que sería preferible llegar allí todavía con luz del día. Estaba abriendo la puerta de la furgoneta cuando se le acercó por detrás uno de los jugadores del bar -no era el mandamás, sino otro que no había abierto prácticamente la boca durante toda la conversación- ofreciéndose a acompañarle hasta su destino, ya que el camino conducía directamente al yacimiento de las icnitas y si quería dirigirse a otro lugar del páramo - J.P. hizo un gesto afirmativo con la cabeza- tendría que recorrer el último tramo campo a través, por lo cual convenía que le guiara alguien que conociera el terreno para evitar un posible percance con la furgoneta, que al fin y al cabo no era un vehículo todoterreno. No es que el suelo fuera muy accidentado, añadió, pero había pequeños socavones que podrían dañarle una rueda o bien dejarle atrapado.

J.P. accedió encantado, ya que así mataba dos pájaros de un tiro. Aunque disponía de un mapa topográfico -guiarse por GPS en esos andurriales era una pura entelequia-, su interlocutor tenía razón al recordarle el riesgo de tropezar con algún obstáculo; además, con esta solapada vigilancia lograría vencer las últimas reticencias de los

lugareños, a los que aparentemente no les importaba en absoluto lo que pudiera hacer ese chiflado siempre y cuando no se acercara a las icnitas.

Incluso pudiera ser que lo sometieran a una discreta vigilancia, algo que le convenía puesto que lo que le vieran hacer no desdeciría su historia, y ni siquiera se enterarían de cuando el cronoscopio se esfumara para volver a materializarse un instante después. Eso sí, tendría que permanecer toda la noche sentado en el incómodo asiento que había instalado en su interior... o no, puesto que siempre podría decir que el *telescopio* era automático -lo raro sería que no lo fuera- y que no necesitaba permanecer en éste salvo de vez en cuando para vigilar los controles. Sin duda, la furgoneta sería más cómoda.

Su guía se mostró taciturno, por naturaleza o por precaución, respondiendo con el mínimo de palabras posibles a las preguntas que le hizo, que tampoco fueron muchas. Cuando le manifestó su pesar por crearle un trastorno, ya que debería volver andando hasta el pueblo, éste le dijo que no se preocupara, que estaba acostumbrado a triscar por el monte y el paseo no le iba a suponer la menor molestia. Además así podría ayudarle a sacar el telescopio de la furgoneta, ya que parecía pesar bastante.

*“Y luego tildan a los de pueblo de tontos -se dijo J.P.-. Éstos saben hilar fino para tenerme vigilado de una manera sutil. Lo que no sospechan, es que a mí me interesa que obren así.”*

Y ciertamente le resultó útil. Primero siguieron el camino, pero una vez llegados a la meseta su compañero le propuso abandonarlo ya que desde allí éste se dirigía al yacimiento.

-No creo que necesite colocarse al lado de la valla -le explicó-, y además no está permitido entrar sin autorización.

Blanco y en botella. J.P. le respondió que lo único que quería era encontrar un terreno suficientemente llano para asentar el *telescopio* sin que cojera o quedara torcido, ya que se trataba de un aparato muy sensible -esto último era verdad-, pero que por lo demás le daba igual un sitio que otro.

Asintió éste y le indicó que se saliera del camino, guiándole por los lugares menos accidentados. Finalmente llegaron a un lugar, casualidad o no situado al otro extremo de donde se encontraba el yacimiento, que J.P. consideró idóneo. El terreno, de dura piedra mesozoica tal como pudo apreciar con agrado, era llano y sólo estaba salpicado por unos cuantos raquíuticos matojos ya secos. Así pues paró la furgoneta y entre ambos bajaron el cronoscopio -comprobó aliviado que a él solo le habría costado trabajo hacerlo- y lo colocaron vertical, a modo de estrambótica cabina telefónica, calzándolo con piedras para compensar las pequeñas irregularidades del terreno.

Acto seguido sacó una escalera y se puso a fingir que orientaba cuidadosamente la antena parabólica, pese a que ésta era un mero adorno. Al mismo tiempo, dio las gracias al vecino comunicándole que ya no necesitaba su ayuda.

Éste asintió, ofreciéndose a volver a la mañana siguiente para ayudarle a desmontar el aparato. Nueva prueba de que pretendían mantenerlo vigilado, pero eso era algo que no tenía la menor importancia; a la mañana siguiente ya habría vuelto de su viaje al pasado -en realidad tendría que pasar toda la noche fingiendo realizar observaciones astronómicas-, por lo que poco importaba que hubiera alguien apostado en el camino, invisible desde donde se encontraba, para asegurarse de que no se acercara al yacimiento paleontológico, algo que no tenía la menor intención de hacer.

Ya de vuelta al pueblo se limitaría a desaparecer de allí; si querían que buscaran al falso astrónomo, aunque no pensaba que lo hicieran. De hecho dudaba de que se hubieran tragado su historia, pero lo que sí había quedado claro es que mientras su yacimiento estuviera a salvo no les importaban lo más mínimo las extravagancias que él pudiera hacer. Y todos contentos.

Una vez que se quedó solo se puso a esperar que cayera la noche. En realidad no tenía ninguna necesidad de hacerlo, aparte de que no podía prever -la precisión del cronoscopio no llegaba a tanto- la hora del día a la que llegaría al Cretácico; pero como sospechaba que estaría sometido a una discreta vigilancia, prefirió comportarse tal como lo hubiera hecho un astrónomo auténtico. Además, la oscuridad nocturna -evidentemente había elegido una noche sin luna- ayudaría a que la desmaterialización del cronoscopio pasara desapercibida a cualquier posible observador; aunque el lapso de tiempo entre ésta y la materialización posterior fuera mínimo, siempre sería más seguro asegurarse.

Aunque la puesta en marcha del equipo requería tan sólo unos minutos, dado que todavía había suficiente luz se puso a fingir que estaba atareado entrando y saliendo de la cabina y toqueteando ostensiblemente todos los objetos de atrezzo. No era consciente de ello, pero no carecía de dotes de actor.

La espera se le hizo eterna, así que cuando las primeras estrellas comenzaron a brillar en el firmamento se encontraba ansioso por realizar el experimento. La noche era ideal, tan oscura que tuvo que encender la linterna para recorrer la escasa distancia que separaba la furgoneta, donde se había refugiado para rumiar su impaciencia, del cronoscopio. Todo perfecto y a salvo de testigos indiscretos, puesto que el cronoscopio era imposible de ver apenas a unos pocos metros.

Sintiéndose embargado por un estado de ánimo cercano al frenesí, un nervioso J.P. entró en la cabina cerrando cuidadosamente la puerta, se sentó frente a los controles y procedió a conectar su genial invento. Una vez que la pantalla estuvo encendida utilizó

el teclado -siempre le habían repelido las pantallas táctiles- para activar los distintos menús, hasta que finalmente llegó el momento histórico de pulsar el botón que le conduciría al pasado y a la consecución de una de las mayores gestas de la historia de la ciencia.

Lo hizo sin la menor vacilación.

Por desgracia para él, nunca llegó a su lejano destino. O mejor dicho sí lo hizo, pero no pudo saberlo ya que su triunfo científico vino acompañado de su muerte instantánea, lo cual fue una verdadera desgracia al verse privada la humanidad de una mente tan preclara como la suya.

Y lo triste del caso es que todo se debió a un absurdo olvido de alguien que había considerado meticulosamente todos los posibles inconvenientes encontrando la manera de solventar todos ellos, como sin duda habría resuelto éste de haber caído en la cuenta de su existencia. Pero nadie es perfecto, y J.P. no fue una excepción.

¿Que pudo suceder para que se frustraran sus cuidadosos planes? Pues que los árboles no dejaron ver el bosque o, mejor dicho, que los árboles ocultaron a uno, uno solo, que fue el responsable de su trágica muerte.

J.P. había tenido en cuenta casi todos los posibles factores que podrían haber influido en el lugar de aparición de su cronoscopio, asegurándose de que no se encontraría en mitad del vacío ni de que fenómenos geológicos como la erosión, la orogenia, los terremotos o el vulcanismo pudieran afectarlo. Había buscado un terreno que permanecía inalterado desde el período Cretácico. Su vehículo tenía un margen de seguridad razonable para evitar posibles interpenetraciones en el terreno sólido o caídas desde el vacío. Estaba previsto casi todo... pero no todo. Y fue ese detalle, el único que no consideró, el que provocó la catástrofe. Se trataba de la deriva continental.

Parece increíble que algo tan obvio se le hubiera podido pasar por alto a una mente tan preclara como la suya, pero probablemente fue por eso por lo que ocurrió. Lamentablemente J.P. no tuvo en cuenta -ni siquiera se le debió de pasar por la imaginación- que los continentes se mueven, poco a escala humana pero mucho a escala geológica. La antigua Pangea ya se había fragmentado en el Cretácico en dos supercontinentes, Laurasia y Gondwana, y durante este período se fueron perfilando los continentes actuales al mismo tiempo que se desplazaban a causa de la tectónica de placas, ensanchándose el Atlántico mientras Australia y la India realizaban un largo periplo que las llevaría a sus ubicaciones actuales.

En consecuencia, la meseta en la que había instalado J.P. su cronoscopio, aunque ya existía ochenta millones de años atrás y había variado muy poco desde entonces, en el Cretácico Superior no se encontraba en esas coordenadas geográficas sino bastante

alejada de ellas. Y quiso la mala suerte que lo que ocupara entonces su lugar fuera una cadena montañosa ahora muy erosionada y distante, pero entonces formada por unos imponentes picos que se alzaban centenares e incluso miles de metros por encima de la cota a la que aparecieron J.P. y su vehículo.

Así pues sucedió lo inevitable y sin posibilidad alguna de evasión, puesto que las entrañas pétreas de la montaña en cuyo corazón se materializaron se extendían en todas direcciones mucha más distancia de la que era capaz de salvar el sistema de desplazamiento del cronoscopio. Y puesto que una de las leyes básicas de la física es el principio de impenetrabilidad de los cuerpos sólidos, las consecuencias fueron inmediatas provocando la muerte fulminante del intrépido investigador, aplastado hasta el último átomo por la mole pétreo que se materializó en el propio interior de su cuerpo.

A la mañana siguiente lo único que encontraron de él fue la furgoneta vacía, sin el menor rastro suyo ni del *telescopio*. Una rápida inspección del yacimiento de icnitas demostró que por allí no había pasado nadie, pero puesto que tampoco se le vio en el pueblo y éste era el único camino posible de vuelta, lo único que pudieron concluir fue que el excéntrico visitante había desaparecido misteriosamente y con él, y esto era lo más sorprendente su extraño armatoste.

Informada la policía no sin reticencias de los lugareños, que temían ser considerados sospechosos de su desaparición, ésta siguió todos los trámites de rigor y, pese a contar con el detallado testimonio de éstos, que efectivamente le habían estado espionando, no pudo hacer más que tomar fotografías del lugar de los hechos -muestras no encontraron ninguna, salvo las piedras colocadas para calzar el cronoscopio- y llevarse la furgoneta esperando poder encontrar alguna pista en su interior.

J.P. no había dicho su nombre a los aldeanos en ningún momento, pero en la documentación descubrieron la copia del contrato de alquiler del vehículo, lo que permitió identificarlo; pero la policía no pudo pasar de allí salvo que, al registrar su domicilio, se encontraron con una ingente cantidad de documentación -el registro de sus investigaciones- que nadie, ni siquiera los más afamados científicos del país, fue capaz de descifrar, razón por la cual acabó arrinconada en los archivos de una universidad a la espera de que un expurgue periódico acabara con ella para siempre.

Puesto que J.P. carecía de familia y sus relaciones sociales eran virtualmente nulas, fue dado oficialmente por desaparecido y sus bienes -la vivienda, su magra cuenta corriente y poco más- quedaron retenidos a la espera de que, transcurrido el plazo de tiempo estipulado por la ley, se decretara su fallecimiento in absentia, pasando a formar parte del patrimonio público.

Y eso fue todo... ¿o quizá no? Puede que en un futuro quizá remoto un paleontólogo descubra, en el seno de una antigua roca mesozoica, los restos fosilizados

del cronoscopio y de su infortunado constructor, si es que su brusca materialización en la piedra no produjo su desintegración total. O puede que no. En cualquier caso, de lo que sí podría haber presumido J.P. es de haber disfrutado de la tumba más longeva de la historia.



## LO QUE EL TIEMPO SE OLVIDÓ

Juan M. había decidido suicidarse. Doblada ya la quinta década de su vida, el balance que hacía de ella resultaba desolador. No porque le hubiera ido mal, sino porque la encontraba anodina y, todavía peor, desoladoramente frustrante.

Él siempre había sido inmune a la inmensa de los estímulos que suele mover al común de la humanidad, los cuales inducen a muchos a correr riesgos innecesarios e incluso a cometer imprudencias de consecuencias graves; a diferencia de ellos él no era ambicioso ni vanidoso, y se conformaba con llevar una vida tranquila libre de sobresaltos y con las necesidades básicas satisfechas. Tampoco tenía vicios ni se dejaba llevar por sus instintos, y como desdeñaba los hábitos mayoritarios de la gente que le rodeaba por considerarlos fútiles, ya desde su infancia se había ganado los remoquetes de raro, rancio, aburrido... algo que, por lo demás, le traía sin cuidado.

Esto no quería decir que careciera de aficiones ni de intereses; los tenía, aunque eran tan poco frecuentes que en la práctica no los podía compartir con muchos. Sobre todo, lo que le gustaba era escribir y pensaba que no lo hacía mal, habiendo acariciado en su juventud el deseo de convertirse en un escritor profesional no tanto por la fama personal, ya que le repelía perder su anonimato, como por la aceptación de sus obras. Aparte, claro está, de la satisfacción de poder vivir de ello, y a ser posible bien, en lugar de verse sometido al yugo de un trabajo que no le satisfacía en absoluto y cuyo único acicate era el cobro de la nómina a final de mes.

Huelga decir que nunca lo consiguió, máxime en el seno de una sociedad que había convertido en ídolos a individuos tales como futbolistas de encefalograma plano, “famosos” entronizados por la telebasura o los recién llegados “influencers” -para empezar odiaba el barbarismo- especializados en no hacer absolutamente nada útil. Pero en lo que se refería a la cultura en general y a la literatura en particular, salvo en casos excepcionales, resultaba más probable ganar el premio gordo de la lotería que hacer de ella tu modo de vida.

Esta cruda realidad le frustró durante mucho tiempo antes de revestirse con la coraza del escepticismo, la cual si bien le protegía de esperanzas baldías, supuso la sentencia irrevocable de sus antiguas esperanzas.

No obstante continuaba escribiendo, aunque sólo fuera por satisfacción propia. Pero como todo tiene un límite llegó el momento en el que se hartó no sólo de escribir, sino también de seguir viviendo en una sociedad cuya deriva cada vez le desagradaba más. Así pues, decidió adelantar lo que de todos modos tarde o temprano sería inevitable.

Dicen que muchos suicidios, consumados o fallidos, son fruto de un arrebato momentáneo en el que la razón cede frente a una exaltación repentina. Será así, pero en el caso de Juan M. la voluntad de hacerlo fue no sólo premeditada, sino también minuciosamente estudiada. Tras atar con cuidado todos los cabos sueltos -carecía de familia cercana, y con la lejana no mantenía el menor vínculo- procedió a dar el paso definitivo con el que diría adiós al despreciable mundo.

Asimismo planeó con sumo cuidado la manera de poner fin a su vida. Por supuesto rechazaba de plano cualquier método teatral o morboso tales como tirarse por la ventana -vivía en un sexto piso-, arrojar al tren, provocar una explosión de gas, estrellarse con el coche contra el pilar de un puente o el clásico de cortarse las venas, mientras el tiro en la cabeza quedaba descartado por la dificultad de conseguir un arma de fuego; lo último que pretendía era convertir su muerte en un espectáculo para gañanes. Por supuesto tampoco deseaba padecer sufrimientos innecesarios; que quisiera poner fin a su vida no le convertía en un masoquista. Su muerte tendría que ser, pues, tranquila, discreta e indolora.

Finalmente se decantó por un método tradicional y silencioso, el veneno. Pero no serviría cualquiera, lo que descartaba a los más comunes y fáciles de conseguir; no era cuestión de beberse una botella de lejía o atracarse de matarratas. Estaba la opción de una sobredosis de medicinas, pero no conocía lo suficiente ni cual podría ser la más adecuada, ni la dosis ni el tiempo que tardaría en hacer efecto, por lo que no se arriesgó a hacerlo. El monóxido de carbono decían que provocaba una muerte dulce, pero según tenía entendido la misión del catalizador de los coches era precisamente la de eliminarlo de los gases de escape, y tampoco tenía en casa un brasero de carbón o una chimenea que le permitieran generarlo.

Lo ideal sería recurrir al cianuro o a algún otro compuesto de efecto similar, pero tropezaba con el mismo inconveniente que con el arma: la dificultad para conseguirlo, ya que no era cuestión de ir a una droguería a comprarlo. Pero como poseía ciertos conocimientos de química, consultando internet pudo esbozar un método sencillo para obtenerlo a partir de una cantidad suficiente de almendras amargas.

En contra de lo que se pueda pensar, el cianuro no es peligroso mientras está disuelto en agua siempre que ésta no presente un pH ácido. Pero cuando reacciona con un ácido produce ácido cianhídrico, un gas venenoso que puede provocar la muerte por inhalación. No obstante, resultaría más efectivo beber una disolución de cianuro para que su reacción con el ácido clorhídrico del estómago generara el ácido cianhídrico en el interior del aparato digestivo.

Ésta fue la opción elegida. Acumular una cantidad suficiente de almendras amargas -había leído que se necesitarían varios kilos para conseguir una dosis letal de cianuro- fue relativamente fácil, aunque acabó hartándose de comer toda la fruta -melocotones,

albaricoques, ciruelas, cerezas- que tuvo que comprar para conseguir los huesos suficientes para extraer de ellos las almendras. Siguiendo recetas fáciles de conseguir en los manuales de química, machacó las almendras obteniendo de ellas un lixiviado que, sometido a destilación y concentración, se convirtió finalmente en una disolución de cianuro potásico -o sódico, pero eso daba igual- con una concentración de veneno muy superior, según sus cálculos, a la necesaria para mandarle al otro mundo de forma indolora y rápida.

Ya estaba casi todo hecho. Tan sólo quedaba beberlo, pero también aquí decidió seguir un ritual. Sentado en su sillón más cómodo -para una vez que te mueres lo normal es buscar la manera de hacerlo lo mejor posible-, sobre una mesita vecina tenía al alcance de su mano el vaso con el cóctel mortal, al que en un toque de sibaritismo había añadido un sabor de su agrado para contrarrestar su amargor natural.

Al lado del vaso reposaba un sobre cerrado en el que explicaba las razones de su decisión sin entrar en detalles que a nadie importaban, haciendo especial hincapié en el método seguido y en la manera en la que había obtenido la ponzoña para evitar que se ensañaran con su cuerpo. No era que le importara demasiado, total él no se iba a enterar, pero le desagradaba pensar que pudieran someterle a tratos que él consideraba vejatorios.

Y eso era todo. Puesto que no tenía herederos se libraba del engorro de disponer de sus magros bienes, con lo cual otro problema menos. Allá se las arreglaran, y quien se quedara con ellos, probablemente el estado, tampoco sacaría mucho partido de ellos.

*Alea jacta est*, se dijo para sus adentros, expresión sin duda mucho más elegante que el manido *Adiós mundo cruel*. Tan sólo un breve lapso de tiempo le separaba de la nada, puesto que como buen escéptico estaba convencido de que tras la muerte no iba a encontrarse con ningún mundo sobrenatural.

Alargaba ya la mano para coger el vaso cuando una estentórea voz exclamó:

-¡Espere! ¡No lo haga!

A punto estuvo de derramarlo por el sobresalto. ¿Cómo era que alguien había podido colarse en su casa? Había tomado todas las precauciones posibles, nadie estaba al corriente de sus intenciones y, por supuesto, la puerta estaba cerrada. De hecho, se había asegurado de hacerlo con ésta y con todas las ventanas dado que no deseaba que le descubrieran antes de que el cianuro hubiera ejecutado su trabajo.

Finalmente pudo depositar el vaso en la mesita sin derramar su contenido, pudiendo comprobar que tenía frente a él a un intruso ataviado con estrambóticos ropajes que parecían sacados de una película de ciencia ficción de serie B, incluido el casquete de aspecto metálico que a modo de verdugo le cubría toda la cabeza a excepción de la cara.

-¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado en mi casa? ¡Váyase ahora mismo o llamo a la policía! -sólo después de su última amenaza cayó en la cuenta de que, de hacerlo así, su intento de suicidio se iría al garete.

-Tranquilícese, señor M., y ante todo le ruego que disculpe mi irrupción, por lo demás necesaria. Tan sólo deseo hablar con usted antes de... antes de que se beba ese vaso.

-¿Cómo ha entrado? -volvió a repetir furioso.

-Simplemente me materialicé. Basta con introducirse en la máquina teleportadora, marcar las coordenadas espacio-temporales, pulsar el botón y llegar al destino, aunque como cabe suponer disponemos de unos sensores que nos permiten ver el lugar donde nos vamos a materializar, no es cuestión de hacerlo en una situación imprevista o incluso peligrosa.

-¿Pretende engatusarme con esa verborrea y ese disfraz de ciencia ficción barata? Eso es algo imposible.

-Lo es ahora, pero no en el futuro. Procedo del siglo XXVIII, y allí disponemos de máquinas para trasladarnos por el espacio, por el tiempo o por ambos. Se lo demostraré.

Y desapareció como por ensalmo, pese a que estaba enfrente de sus ojos, para reaparecer un segundo más tarde con un objeto en la mano que Juan M. identificó como el pantalón de un pijama que debería estar guardado en un cajón de la cómoda.

-¿De dónde ha sacado eso? -pese a su forzada agresividad en realidad se sentía intimidado.

-Del segundo cajón izquierdo de la cómoda de su dormitorio, concretamente de debajo del pijama verde y encima del azul celeste. Discúlpeme por haber hurgado en sus ropas, pero es la manera más rápida que se me ha ocurrido de convencerlo.

-¿En apenas un segundo le ha dado tiempo para ir a mi dormitorio, hurgar en la cómoda, escoger un pijama y volver aquí? -la sorpresa de Juan M. era real.

-No. Ha sido un segundo de su tiempo, pero a mí me ha llevado más. Tuve que volver a la cabina de la máquina teleportadora, reajustar las coordenadas, materializarme en el dormitorio, buscar en los cajones una prenda que le resultara conocida y supiera donde estaba y repetir el proceso a la inversa; por cierto, la volveré a colocar en su sitio cuando terminemos de hablar -sonrió-. Lo que ocurre es que la máquina no sólo traslada en el espacio sino también en el tiempo, por lo que una vez que cogí el pijama volví de nuevo a la máquina retrocedí brevemente en el tiempo para

volver a aparecer aquí justo después de haberme desmaterializado, ya que no había necesidad de hacerle esperar. Fue sencillo, y espero que efectivo. ¿Me cree ahora?

-No me queda otro remedio -balbuceó el anfitrión. Y viendo que el visitante permanecía de pie, le invitó-. Pero siéntese, si vamos a hablar -hizo un gesto de resignación- es preferible que estemos cómodos.

Éste obedeció, sentándose de forma envarada en el sofá vecino al tiempo que depositaba cuidadosamente el pantalón en el cojín de al lado.

-Se lo agradezco. Podría decir que mi intervención fue oportuna, pero no sería cierto; con la máquina teleportadora es fácil elegir el momento adecuado, y pensé que éste sería el mejor. Dada su resolución por quitarse la vida de forma inminente, necesitaba que el efecto fuera contundente.

-¿Qué le hace pensar que su inesperada aparición me haya podido hacer cambiar de opinión? -preguntó suspicaz.

-No lo pienso -respondió impertérrito el intruso-. Pero sí espero conseguir convencerle de ello una vez que me haya permitido explicarle lo que vengo a decirle.

-Pues cuando quiera -Juan M. hizo un movimiento reflejo en dirección al vaso con cianuro, confundiénolo inconscientemente con su cotidiana copa de después de la comida. Apercebido de su error, retiró la mano con brusquedad.

-Gracias de nuevo. Y para empezar, es necesario que le recuerde varias facetas de su vida que, como espero comprenderá, son conocidas en mi tiempo aunque no en el suyo... salvo por usted y quizá por algunas amistades íntimas. Nuestros registros, aunque completos, no llegan a ese grado de precisión.

-Continúe -le apremió incómodo.

-Bien, usted fue un escritor prolífico... bueno, todavía lo es. Y también frustrado, tanto que su desesperación le ha llevado al suicidio. ¿Me equivoco? Discúlpeme por la brusquedad, pero no creo que sea necesario, ni conveniente, andar con circunloquios.

-¿Cómo sabe usted eso? Jamás se lo dije a nadie. A nadie -recalcó.

-Porque usted es un escritor famoso en mi época, de hecho uno de los pocos de su siglo que han conseguido salvar el filtro del tiempo.

-¡Vaya! -Luis M. soltó una estruendosa carcajada-. Si al final resulta que acabaré siendo otro Cervantes... por desgracia para mí, con unos cuantos siglos de retraso. ¿Pretende que me lo crea?

-Puede creérselo, puesto que es cierto. Consideré la posibilidad de traer algunas ediciones recientes de obras suyas; pero lo descarté, al menos en este primer contacto, puesto que el formato ha cambiado mucho, ahora los libros se leen mediante los implantes cerebrales que nos injertan al nacer y, claro está, usted carece de él, por lo que sería necesario recurrir a transcripciones que usted pueda leer. Además el idioma ha cambiado mucho en todos estos siglos y bueno... la verdad es que no entendería demasiado. No obstante, si usted accede a nuestra petición, que no es otra que la de renunciar al suicidio, existen maneras de demostrarle que no le estoy mintiendo.

-Un momento -le interrumpió escamado-. Si tanto ha cambiado el idioma en estos siete siglos, ¿cómo es que usted habla perfectamente el español de mi época? Supongo que si yo viajara en su artilugio al siglo XIV, aunque ya para entonces se hablaba castellano me notarían raro al hablar, ¿no?

-En efecto -sonrió el del verdugo-. Pero como cabe imaginar, los prospectores aprendemos previamente el idioma de la época que vamos a visitar, aunque sería más preciso decir que lo asimilamos... por el implante cerebral evidentemente.

-Ya. Bien, admitamos como hipótesis todo esto que me acaba de decir. Resumiéndolo, nos encontramos con que, por una extraña e inesperada conjunción de acontecimientos yo, Juan M., un oscuro escritor aficionado que jamás se ha jalado una rosca, al cabo de mucho, mucho tiempo me he hecho famoso o, mejor dicho, mis relatos se han hecho famosos hasta convertirme en un venerado clásico. ¿Voy bien?

-Disculpe, ¿qué significa jalarse una rosca? -le interrumpió el viajero del futuro sin percatarse del tono irónico de su interlocutor-. Aunque los programas de asimilación idiomática son muy precisos, me temo que algunas locuciones excesivamente coloquiales se les debieron de escapar a los programadores. ¿Acaso se refiere a una falta de éxito, como creo deducir por el contexto?

“Este tío es idiota” -pensó Juan M. al tiempo que asentía con la cabeza.

-En efecto -corroboró en voz alta-. Pero no por ello me considero un escritor mediocre; me refería al conocimiento de mi obra, que ha sido literalmente nulo, ya que sigo pensando que no soy tan malo como para merecerme este ostracismo... pero la sociedad, al menos la de ahora, premia cualquier cosa menos el talento.

-Tiene usted toda la razón -¿le estaba dorando la píldora o era sincero?-. Pero casos como el suyo hay a montones a lo largo de la historia. Antes ha citado a Cervantes, un escritor que en mi época sigue siendo popular o al menos lo es el Quijote; pero como supongo que usted sabrá, durante toda su vida vivió, si no en la pobreza, sí con grandes apreturas, y ni siquiera el éxito de la primera parte del Quijote que le llegó casi a los sesenta años, una edad ciertamente avanzada para su época, le sirvió para mejorar

suficientemente sus ingresos. De hecho, murió pobre tan sólo un año después de haber publicado la segunda parte. Su fama, su inmensa y merecida fama, le llegó póstuma.

Hizo un gesto interrumpiendo la respuesta de Juan M., el cual desconfiaba de la sinceridad de su comparación con el escritor alcalaíno, y continuó:

-Pero no es en modo alguno un caso único, ni tampoco el más sangrante. Dentro de la literatura tenemos a su compatriota Gustavo Adolfo Bécquer y a otros como Edgard Allan Poe, Franz Kafka, Emily Dickinson, John Kennedy Toole, H. P. Lovecraft... y muchos más. También ocurrió lo mismo en la pintura, con los conocidos casos de Vincent van Gogh, El Greco, Johannes Vermeer, Gauguin o Toulouse-Lautrec o los de compositores de la talla del Padre Soler, Schubert e incluso el mismísimo Bach, que no alcanzaron su prestigio hasta después de su muerte. Le hablo de personajes que usted conoce, aunque como cabe suponer durante los siete siglos que nos separan han existido muchos más.

-Bien, aceptemos su palabra de que yo me cuento entre ese grupo de privilegiados aunque sea con tanto retraso. ¿Pero qué tiene que ver esto con su empeño en impedir mi suicidio? Por cierto -continuó- ahora que caigo, ¿cómo demonios se me puede conocer, bueno, a mis obras, si he tenido la precaución de borrar previamente todas mis obras, tanto de mis ordenadores y discos duros como de internet? Yo no le pedí a ningún amigo que las destruyera tal como hizo Kafka, lo hice personalmente y le aseguro que puse mucho cuidado en ello.

-Subestima usted nuestra capacidad tecnológica, al igual que en el siglo XIV no podrían haber imaginado siquiera la del siglo XXI. Sus obras no se perdieron, al menos no en su totalidad. Tras su muerte el estado se hizo cargo de sus bienes y encargó a los servicios informáticos de la policía que estudiaran sus equipos para ver si podían averiguar más razones sobre los motivos que le habían llevado a quitarse la vida. Pura rutina, pero quiso el azar que uno de los encargados de hacerlo fuera aficionado a la literatura y al entrar en los discos duros, que usted creía haber borrado, no le fue difícil recuperar buena parte de la información que contenían, incluido un buen puñado de relatos. Tras leerlos le parecieron suficientemente buenos para que se perdieran, y se los envió a un editor amigo suyo que opinó lo mismo que él, con el añadido de que éste encontró un buen reclamo comercial en las circunstancias en que llegaron a sus manos.

-O sea, igual que ocurrió con John Kennedy Toole y su novela La conjura de los necios, que no fue publicada hasta después de que se suicidara, desesperado por no haber logrado que se la publicaran en vida... por cierto, al noveno intento de su madre -ironizó Juan M.

-Bien pensado, la verdad es que se trata de casos bastante similares, con la diferencia de que usted fue, perdón, quería decir es, mucho más prolífico que él, que tan

sólo llegó a escribir dos novelas; y que tampoco tuvo necesidad de esperar hasta el noveno intento.

-Vamos a ver -zanjó el escritor, vacilando entre los sospechosos halagos y su deseo de terminar de una vez por todas-. Aquí hay algo que no me cuadra y le advierto, aunque usted ya lo sabrá si ha leído mis relatos, que soy aficionado a la ciencia ficción y por lo tanto estoy bastante de vuelta de todas las posibles especulaciones sobre los viajes por el tiempo.

-Dígame de qué se trata -respondió el visitante sin pestañear-. Al fin y al cabo es para eso por lo que he venido.

-En realidad son dos puntos los que no tengo claros. El primero tiene que ver con las paradojas temporales. Si ustedes son capaces de viajar a cualquier momento de mi vida, y por lo que me ha explicado deduzco que es así, ¿por qué ha esperado a este momento cuando podrían haberse puesto en contacto conmigo antes, cuando mi estado anímico no fuera éste? Asimismo, ¿no podrían haber hecho algunos pequeños ajustes para que mi obra llegara en su momento a las manos adecuadas sin necesidad de esta tragedia previa? ¿O es que necesitaba morirme para que me hicieran caso?

-Intentaré explicárselo. Ya le he dicho que mi misión era precisamente la de evitar que se suicide. En cuanto a por qué elegimos este momento en lugar de otro menos... traumático, me temo que la razón es mucho más complicada y usted carece de la formación científica necesaria para entenderla; tenga en cuenta que todavía faltan varios siglos para que García-Ndong desarrolle la Teoría Cronológica, y eso fue tan sólo el principio de todo.

Hizo una pausa y continuó:

-Podemos imaginar al tiempo como un flujo continuo, un río si lo prefiere, pero este flujo no es constante ni uniforme, sino que se comporta de una forma similar a lo que los físicos de su época denominan régimen turbulento. Esto se traduce en que no todas las coordenadas espacio-temporales son igual de accesibles, ya que si bien hay remansos por seguir con el símil de un río, también nos podemos encontrar con rápidos, torbellinos, ciclones e incluso con zonas de caos total que no es posible visitar. Y también existen lugares donde, aunque podemos llegar, el equilibrio es tan frágil que podría romperse con la mínima perturbación. Tenga en cuenta que por encima de todo hemos de evitar todo lo que sea capaz de alterar la historia o, todavía peor, que la conduzcan a un bucle sin fin.

Tras una breve interrupción, que aprovechó para sentarse más cómodamente, prosiguió:



-Por esta razón los viajes por el tiempo, o por el espacio-tiempo para ser más precisos, son estudiados minuciosamente antes de ser autorizados, y asimismo están completamente regulados para evitar accidentes o intervenciones imprudentes e incluso criminales, como ocurrió en los primeros tiempos de su desarrollo. Mi visita aquí y ahora no es fruto de la casualidad, se debe a la existencia de una ventana de estabilidad adecuada... lo cual resultó una suerte para nosotros.

-Lo segundo que quería preguntarle -le interrumpió Juan M., poco convencido de la explicación anterior- es si yo soy un caso único o, como parece lógico, hayan sido más las personas visitadas por motivos similares al que le trajo a usted aquí. En definitiva, si alguno de los autores y artistas de los que hablamos, u otros, se vieron en una situación similar a la mía; porque gracias a sus medios quizás ustedes podrían haber evitado, pongo por caso, que Evariste Galois se llevara a la tumba sus descubrimientos matemáticos por culpa de un desafortunado duelo, o que se perdieran incontables documentos y obras de arte por incendios, catástrofes naturales o guerras y saqueos cuanto menos desde la Grecia clásica -tan sólo los libros perdidos de la Biblioteca de Alejandría fueron un botín extraordinario- hasta ahora.

-Lamentablemente, no es tan sencillo como usted piensa -negó el visitante del futuro con la cabeza-. Ya le he explicado que el flujo temporal es extremadamente complejo y distamos mucho de entenderlo bien. Son muchas las sondas que hemos perdido al intentar explorar una época y un lugar determinados, y más de uno de nuestros prospectores desapareció sin dejar rastro. Pero sí es cierto que hacemos cuanto podemos para preservar y rescatar no sólo aquellos elementos de interés que se perdieron a lo largo de la historia, sino también esos otros que por circunstancias adversas ni siquiera llegaron a salir de la mente o de las manos de sus creadores, como fue el caso de Galois que usted ha citado aunque aquí no logramos evitar su prematura muerte.

-Lo primero lo entiendo, basta con viajar al pasado y conseguir una copia o fotografías de lo que sea -rezongó Juan M. levantándose de su asiento y poniéndose a pasear nerviosamente por la sala-; pero lo segundo no. A no ser que... -se interrumpió.

-Ha acertado -concedió ladinamente el otro-. Y éste es precisamente su caso. Entre lo que se preservó tras su muerte y lo que conseguimos recuperar posteriormente, aunque sería más exacto decir con anterioridad a mi visita -sonrió-, disponemos de la práctica totalidad de su producción literaria. Pero lo que nos falta, y no podremos disponer de ello si usted persiste en sus planes, es lo que habría escrito en todos los años que le quedarían de vida desde este momento hasta que tuviera lugar su muerte digamos... natural. Y aquí no se trata de evitar un duelo, sino de convencerle para que no renuncie prematuramente a la vida.

-Salvo en el detalle de la existencia de un segundo implicado, el duelista rival, no veo mayor diferencia entre Galois y yo -objetó con tozudez volviéndose a sentar, aunque en otro sillón-. En la línea original del tiempo, llamémosla así, ambos fallecemos. Por lo tanto, evitar que él lo hiciera en un duelo, que yo me beba el cianuro o, si lo prefiere, que Mozart falleciera prematuramente dejando sin terminar su Réquiem, o que Sócrates tomara la cicuta, supondría una alteración de la historia en todos los casos, ya que en sus libros de historia o el equivalente que tengan de ellos, estará escrito que todos hicimos mutis por el foro en el lugar y el momento indicados. Y por lo que yo he leído de ciencia ficción, aunque se trate de meras especulaciones literarias, modificar la historia podría acarrear consecuencias indeseables. ¿Me equivoco?

-No se equivoca; su razonamiento es no sólo correcto, sino también acertado -el aplomo del visitante comenzaba a resultarle cargante-. Pero me veo en la obligación de volver a recordarle lo que dije antes. Para empezar, sólo podemos actuar donde las condiciones del flujo temporal lo permiten, lo cual no ocurre siempre. E incluso cuando esto es posible, debemos sopesar minuciosamente todas las posibles consecuencias de la alteración sin que nos sea posible contar con la certeza de los resultados, dado que trabajamos siempre con probabilidades. En consecuencia, sólo en determinados casos podemos intervenir alterando el futuro sin que, por decirlo coloquialmente, corramos el riesgo de meter la pata.

“Parece que sí se ha aprendido nuestra jerga” -se dijo Juan M.-. Y ya en voz alta, añadió:

-De sus palabras deduzco que mi vida, o mi muerte, resultan tan insignificantes de cara a la historia que no ocurriría nada importante si cambiara mi futuro... salvo para mí, claro.

-Lamento que me haya entendido mal, pero no he pretendido decir eso. Alguien insignificante puede alterar drásticamente el futuro si, por ejemplo, atropella a quien estaba destinado a alcanzar relevancia histórica; y viceversa, por supuesto. Usted, ya se lo he explicado, morirá en el anonimato tanto si lo hace ahora como si sobrevive más o menos años, ya que su celebridad no llegará sino hasta mucho después de cualquiera de las dos alternativas, en realidad no antes de que se descubran los viajes temporales. Por esta razón aquí sí podemos intervenir ya que la diferencia entre uno y otro caso, haciendo excepción de lo que le afecta personalmente, se referirá exclusivamente a su obra literaria, más larga y más madura en el segundo de ellos. Claro está que siempre puede surgir algún imponderable no previsto que frustré nuestros planes, hay que tener en cuenta que la estadística nunca proporciona una certeza absoluta, aunque en su caso particular las probabilidades son lo suficientemente altas como para que merezca la pena intentarlo.

-Ya lo veo... -musitó el escritor levantándose de nuevo-. En realidad ustedes no tienen modo de saber, de hecho ni siquiera lo tengo yo, lo que podría llegar a escribir en los años que me queden de vida suponiendo que no me suicide ahora -y ante el mudo asentimiento de su interlocutor, continuó-. Simplemente dan por hecho que seguiría escribiendo y que cada vez lo haría mejor. ¿Me equivoco? Aunque también podría ocurrirme como a Rossini, que se jubiló con treinta y siete años dedicándose el resto de su vida, y murió a los setenta y siete, al *dolce far niente*.

-Éste es un riesgo que estamos dispuestos a correr -sonrió ligeramente el hombre del futuro-. Porque...

-¡Pues yo no! -le interrumpió violentamente Juan M.-. ¡Y por mí pueden irse todos al diablo!

Abalanzándose sobre la mesita donde reposaba el olvidado vaso, lo asió bebiéndose de un trago su contenido ante la mirada aterrorizada del visitante, que pese a intentar impedirselo no logró su objetivo. Instantes después, lo que sostenía entre sus brazos era tan sólo un cadáver.

-¡Maldita sea! -exclamó abandonando su anterior compostura, al tiempo que soltaba al inerte cuerpo como si fuera un fardo y se arrancaba de un zarpazo el verdugo que albergaba un sofisticado sistema de grabación-. ¡Se me ha vuelto a escapar!

Poco le quedaba por hacer allí, por lo cual tras asegurarse que no dejaba tras de sí ningún rastro de su presencia y colocar al difunto escritor en una postura más digna para un suicidio, ordenó a su implante que le trasladara de vuelta a la cabina de la máquina teletransportadora.

Seis veces con ésta eran las que había intentado convencerle de que no se suicidara, y otras tantas había fracasado. Lo cual, para un agente en prácticas como él, podía suponer una considerable traba de cara a su promoción profesional, condenándole a dedicarse a trabajos de poca monta.

Eso sin contar con las previsibles burlas de sus compañeros, que ya se habían ensañado con sus desdichas sugiriéndole propuestas tan peregrinas como la de traerse con él de vuelta a Juan M. a ver si así lograba convencerle, cambiarle el cianuro por una limonada e incluso, los más zumbones, que fuera a visitarlo al infierno, círculo de suicidas, quinta planta galería derecha, para pedirle todo lo que hubiera escrito desde que residía allá abajo.

Y eso pesar de que, si bien no le había engañado, sí había silenciado cuidadosamente todo aquello que hubiera podido obstaculizar su labor, empezando por que el organismo cronoexplorador para el que trabajaba no era académico ni gubernamental, sino una empresa privada -el adjetivo multinacional había dejado de

tener sentido hacía siglos, pero su espíritu seguía siendo el mismo- cuyo modus operandi consistía en saquear el pasado para vender el fruto de su expolio al mejor postor.

Expolio cultural y sólo aquél que pudiera ser convertido en información digital, ya que la cronomáquina no podía trasladar, por complejas razones físicas y tecnológicas, ningún objeto material a excepción del propio operador. Pero eso era algo que importaba poco a los habitantes del siglo XXVIII, acostumbrados desde hacía generaciones a interactuar con metaversos o entornos virtuales con preferencia a la realidad cotidiana.

Para satisfacer la demanda toda una pléyade de agentes se había dedicado a remontar los meandros del tiempo, en busca de nuevos trofeos con los que aportar distracción a sus ociosos contemporáneos y jugosos beneficios a sus empresas y a ellos mismos, copiando con sus sofisticados instrumentos todo tipo de textos, partituras, cuadros, esculturas y recreaciones virtuales de edificios convertidos hacía mucho en polvo por el inexorable discurrir de los milenios. Así habían logrado acumular un ingente patrimonio disponible para todo aquél que tuviera interés en disfrutarlo y estuviera dispuesto a pagarlo.

En inacabables bancos de memoria estaban almacenada gran parte de la producción literaria, artística, cinematográfica y musical de la humanidad, y hasta el más longevo habitante de una época en la que todos lo eran, habría necesitado infinidad de vidas para poder disfrutar tan sólo de una parte insignificante del total.

A pesar de lo cual, nunca era suficiente. Los ociosos y caprichosos habitantes del siglo XXVIII, siempre ávidos de novedades y por tales entendían todo aquello recién traído del pasado, rechazaban desdeñosamente el ingente patrimonio ya existente con independencia de que no lo conocieran, reclamando aportaciones nuevas de manera continua. Esto obligaba a los prospectores a seguir buscando material inédito, algo que cada vez resultaba más difícil incluso rebajando su calidad intrínseca.

Pero existía otra razón más, por la cual se había intentado evitar el suicidio de Juan M. Puesto que los derechos de autor -éstos no habían cambiado de forma significativa con el tiempo- pasaban a ser de dominio público transcurrido un determinado tiempo tras la muerte de su creador, el descubrimiento de los viajes por el tiempo había conducido a una situación en la que prácticamente nadie podía cobrarlos por razones obvias. Y aunque las compañías cronomineras, como se las denominaba en su jerga interna, basaban sus ingresos en las tasas por reproducción, les resultaba mucho más lucrativo todo aquello que constituyera una novedad absoluta recién traída del pasado, ya que durante un período de tiempo determinado se les reconocía la propiedad exclusiva de los derechos de autor de esos antiguos vestigios. Y como estas iniciativas eran las que más satisfacían la demanda de sus clientes, todos salían ganando.

El problema estribaba en que, para mantener el ritmo exigido por el mercado, era preciso seguir encontrando obras inéditas de autores conocidos los cuales, por lo general, ya habían sido convenientemente exprimidos, por lo que cada vez eran más difíciles de conseguir. Por ello, a alguien se le ocurrió la idea de intentar prolongar la vida de aquéllos que hubieran fallecido de forma prematura cuando todavía se encontraban en plena etapa creativa. Algo que, en esto sí había sido sincero el prospector, no siempre era posible por las razones que había expuesto al difunto Juan M.

Pero cuando estimaban que sí lo era, lo intentaban. Por desgracia para el sufrido agente, éste había tropezado con la tozudez del suicida que, empeñado en consumir su fallecimiento, había burlado todos sus intentos por evitarlo. En estos casos u otros similares, como una muerte accidental o por una enfermedad evitable, el procedimiento a seguir cuando no conseguían evitarlo consistía en volverlo a intentar de nuevo, retrocediendo en el tiempo lo suficiente para evitar que el visitado pudiera recordar lo ocurrido, que para él habría de transcurrir en su futuro, e incluso que el prospector corriera el riesgo de encontrarse consigo mismo. Lo cual, por lo general, solía aumentar las posibilidades de éxito al contar con la experiencia previa adquirida... aunque no siempre.

Y seis fallos consecutivos eran, se mirara como se mirara, demasiados fallos para una única misión. Así pues, el burlado prospector buscó frenéticamente un plan alternativo con el que poder lograr su objetivo, ya que estaban en juego tanto su carrera profesional como su prestigio. Teniendo claro, asimismo, que este nuevo intento habría de ser probablemente el último, ya que era dudoso que le permitieran siquiera intentarlo de nuevo.

Lo cual significaría el fin de su carrera profesional, viéndose relegado a tareas burocráticas sin posibilidad de volver a viajar por el pasado ni, por supuesto, de aspirar a puestos más ambiciosos. Y él no lo deseaba en absoluto, máxime cuando no se consideraba culpable del fracaso sino víctima de la mala suerte de haberle tocado un caso tan problemático, algo que, no dudaba, no sería considerado como eximente o atenuante por sus superiores.

De vuelta a la cabina de la máquina teletransportadora evitó dar la orden de vuelta a la base mientras su cerebro se convertía en un torbellino que buscaba frenéticamente una posible solución al entuerto. Aunque la cabina contaba con un campo de éxtasis que neutralizaba al tiempo, tampoco podría alargarlo mucho ya que, aunque mientras estuviera allí éste no discurriría en la base, sí existían sensores que lo registraban, por lo cual si lo dilataba demasiado éstos acabarían disparando la alarma, algo que tampoco le interesaba.

Recurrió al implante para indagar todos los detalles posibles sobre la vida de Juan M., buscando con desesperación un posible resquicio sobre el que poder actuar. Aunque todavía quedaba margen suficiente en la ventana de probabilidad que había estado utilizando, por lo que podría remontarse una o dos veces más hasta un momento anterior al de su última materialización para intentarlo de nuevo, era consciente de que eso serviría de poco ya que resultaba evidente que seguiría sin poder vencer la terquedad del suicida. Incluso corría el riesgo de que le engañara, fingiendo dejarse convencer para, una vez que se hubiera marchado, consumir su propósito. No, el problema debía abordarse desde un enfoque totalmente distinto. ¿Pero cuál?

Auxiliado por la inteligencia artificial de la cabina, por sí solo le hubiera resultado imposible, recorrió la totalidad de la información sobre la biografía literaria de Juan M. almacenada en los bancos de datos de su compañía, descartando una tras otra todas las ventanas operativas abiertas a lo largo de ésta, con desoladores resultados hasta que...

Estaba a punto de tirar la toalla cuando descubrió el que quizá fuera el único punto débil de la férrea coraza que se interponía ante sus intereses. La probabilidad de poder atravesarla era baja, pero no le quedaba otra opción, por lo que no dudó un instante en que sería eso o nada.

El problema estribaba en que él solo no podía hacerlo, por lo que necesitaría ayuda procedente de otro departamento, ya que para lo que pretendía hacer carecía de competencias. Además, sería necesario forzar un tanto los protocolos de actuación de los agentes en sus expediciones al pasado. El riesgo era grande, pero la alternativa se le presentaba aún peor.

No lo dudó. Por fortuna conocía a la persona adecuada. Y se puso en contacto con él desde la misma cabina de control puesto que el tiempo era oro, en esta ocasión de forma literal.

-¿Jann? Soy Klem. Tengo un problema que sólo tú me puedes ayudar a resolver -dadas las circunstancias, era conveniente ir directamente al grano.

-¡Hola, Klem! ¿En qué lío te has metido ahora? -saludó zumbón-. ¿Tiene que ver algo con tus tropiezos en el tema del suicidio del escritor?

-¡Vaya, sí que corren rápido las voces! -suspiró irritado-. Por lo que se ve, a estas alturas debo de ser ya el hazmerreír de toda la sección. Te envió la información por canal privado, no quiero arriesgarme a que alguien se entere de mis pretensiones. Y tampoco tenemos demasiado tiempo, no podré permanecer mucho más en la cabina antes de volver a la base.

Segundos después, Jann estaba al tanto de lo ocurrido y del plan que se le había ocurrido al prospector.

-Chico, sí que es un buen embrollo, y tu solución me parece elegante... y divertida. Supongo que eres consciente de lo que te arriesgas si se enteran arriba de tus manejos o las cosas se tuercen y no salen como has planeado; yo podría escabullirme, pero tú no.

-¿Me ayudarás?

-Sí, claro, no podía hacer menos por ti. Pero no te quiero engañar, me temo que la cosa no resultará fácil. Estamos hablando de alterar el hilo temporal de este individuo hasta bastantes años antes de la crisis...

-De eso se trata, su resentimiento acumulado durante todo este tiempo hace imposible evitar su suicidio, algo que dicho sea de paso los imbéciles de los supervisores no se molestaron en comprobar.

-Te confieso -respondió su amigo con una risita- que ésta es la razón principal por la que me atrae intervenir junto, claro está, con la de ayudarte. Estoy harto de aguantarlos, y eso que tengo la suerte de no ser un subordinado suyo. Te entiendo perfectamente, y por suerte puedo llegar hasta donde tú tienes vetado.

Jann pertenecía a un departamento conocido coloquialmente como *Los bomberos*, un arcaísmo lingüístico rescatado de la noche de los siglos que casaba muy bien con su labor de reparar -zurcir lo llamaban ellos- los desgarros y las desviaciones que en ocasiones surgían en el flujo del tiempo tras una intervención poco afortunada de los prospectores. Claro está que desde un punto de vista teórico sólo podían intervenir tras una solicitud formal de los supervisores, pero era un secreto a voces que acostumbraban a tener la tendencia a actuar de por libre, algo que se les toleraba siempre que consiguieran solucionar el desaguisado incluso aunque fuera de manera heterodoxa. Poner trabas burocráticas a quien te sacaba las castañas del fuego no solía ser una buena práctica, y los jefes de muy, muy arriba solían tenerlo bastante en cuenta.

-Mmm... Vamos a ver. Tú deduces que el tal Juan M. arrastró durante la mayor parte de su vida una frustración insufrible por no haber logrado triunfar como escritor, y que pese a que intentó sublimarla en el fondo jamás consiguió superarla, lo que le condujo irremisiblemente al suicidio. Rastreando su biografía literaria has descubierto que durante un tiempo se presentó reiteradamente a un buen puñado de concursos literarios, por considerarlos el primer paso hacia un reconocimiento de su obra, sin conseguir el menor triunfo en ellos. En consecuencia, deduces que ésta fue la verdadera raíz de su frustración y su resentimiento. ¿Me equivoco?

La pregunta era retórica, puesto que todo este planteamiento le había llegado junto con el resto de la información transmitida por su amigo. Pero Klem asintió.

-Por lo tanto, llegas a la conclusión de que dándole un discreto empujoncito, es decir, haciéndole ganar alguno de los concursos a los que se presentó en su día, se

desatascaría el problema. Pero como puedes comprobar consultándolos, todos ellos correspondían en su totalidad a convocatorias de poca monta que en su modestia poco podrían haber ayudado a promocionar la carrera literaria de un autor novel. De hecho, esto tan sólo le hubiera servido para satisfacer su ego y conseguir un dinerillo extra, por lo que dudo que esto resulte suficiente para conseguir lo que buscas. Sí, resultaría fácil intervenir para convertirlo en ganador de alguno e incluso de todos ellos, pero en la práctica no conseguiríamos gran cosa salvo quizás mitigar su indignación ante la evidencia, y no le faltaba razón, de que quienes le arrebataban los triunfos, incluyendo a los acaparadores profesionales de premios, no eran mejores que él. Pero de ahí a convertirse en un escritor profesional de éxito media un abismo.

-Evidentemente, pero yo considero esto tan sólo como un primer paso, lo suficiente para animarle a embarcarse en empresas más ambiciosas... como el Premio Satélite - soltó la bomba, puesto que este detalle no se lo había anticipado a su amigo por temor a que éste rechazara su petición.

-¿El Premio Satélite? -respondió éste, perplejo tras consultar la base de datos-. ¿Bromeas? Se trataba del premio literario más prestigioso en la lengua de Juan M., y sus ganadores solían alcanzar tal relevancia que una manipulación de su palmarés podría acarrear alteraciones impredecibles en el devenir cronológico. Klem, créeme, yo te quiero ayudar, pero no me pidas imposibles.

-¿El más prestigioso? -se burló el aludido-. Si sigues leyendo verás que no era eso, sino el más publicitado así como el más rentable tanto para el autor como para la editorial... pero tienes razón en todo lo demás. No obstante, he encontrado una excepción de la que nos podríamos aprovechar. En 20... el galardonado fue un escritor prestigioso, éste sí, ya anciano. Se discutió mucho entonces sobre la tardía concesión de un premio que se merecía desde mucho antes, e incluso se insinuó que le fue otorgado para que pudiera afrontar un costoso tratamiento médico que a la postre le sirvió de poco, puesto que falleció apenas unos meses después. Como comprenderás en poco hubieran variado su vida y su entorno de no haber quedado ganador sino tan sólo finalista. Como ganador, claro está, tendríamos a Juan M.

-¿Y qué pasaría con el antiguo finalista? No se pueden dejar cabos sueltos.

-¡Oh, fue un oscuro y oportunista cazapremios cuyo currículum era tan largo como corto era su ingenio. Te aseguro que no pasó a la posteridad con este premio, ni lo pasaría ni sin él.

-Vaya, veo que lo has estudiado bien, y además no te falta audacia. Sí, podría funcionar al menos en lo que respecta al que despojaríamos del triunfo, en la práctica poco le afectaría y su prestigio literario permanecería incólume, máxime correspondiéndole el premio de consolación, tampoco necesitaba más. En cuanto al



otro, creo lo que dices. Pero no sucedería lo mismo con tu candidato, ya que pasar de ser un oscuro escritor aficionado a convertirse en uno de los pilares de la literatura sí acarrearía cambios drásticos no sólo en su vida y de rebote en tu currículum, que en el fondo es lo que buscas -apostilló socarrón-, sino también en todo su ámbito, con ramificaciones complejas y difíciles de evaluar.

-He hecho una estimación de riesgos -respondió Klem con aplomo-. No tan precisa como las que realizáis vosotros, por supuesto, por lo que tendrías que revisarla, pero sí lo suficientemente indicativa. Y si bien es cierto que da un valor alto, por suerte no llega al rojo.

-Aguarda a que lo compruebe -solicitó Jann-. Hum, sí, se queda en el nivel naranja, aunque bastante subidito...

-¿Es viable? -preguntó temeroso su amigo.

-Viable sí, pero también complicado. Normalmente gozamos de manga ancha para intervenir cuando el nivel es verde, pero con el naranja tenemos que andar con más cuidado. No es que los supervisores se entrometan demasiado mientras no armemos un desaguisado, pero en casos como éste en los que el riesgo podría llegar a ser real...

-¿Sí o no? -urgió suplicante.

-Espera, no seas impaciente. He lanzado los simuladores, pero no resulta sencillo desarrollar un sistema tan complejo con un nivel de redundancia diez. ¡Ya está!

-¿Y...? -imploró Klem.

-Sería posible, aunque a costa de la pérdida de buena parte de la producción literaria de tu protegido -recalcó con sorna-; toda la que no llegaría a partir de la concesión del premio, dedicado probablemente a proyectos más lucrativos, y también parte de la anterior, como la que habría dejado de escribir al embarcarse en la escritura de esa novela premiada que todavía no existe salvo quizás en su imaginación. Se conservarían las copias de seguridad de todo ello, por supuesto, pero ya sabes que éstas quedan guardadas en los archivos reservados, fuera del alcance del público; no es cuestión de desorientar a lo clientes -rió.

-Supongo que, en compensación, además de la premiada escribiría más novelas ahora inexistentes... hasta su fallecimiento por muerte natural, espero.

-Es lo más probable, y cabe suponer que sean tan buenas o mejores como lo perdido; pero no sobreestimes nuestras capacidades -replicó divertido Jann-. Son elevadas, pero distamos mucho de ser dioses. La capacidad prospectiva de nuestros algoritmos tiene un límite, y no olvides que trabajamos con probabilidades, no con

certezas. Incluso con una probabilidad extremadamente alta siempre es posible una desviación indeseada... pese a que no sea fácil que ocurra. Pero el riesgo existe, aunque éste resulte ínfimo.

-Déjate de circunloquios y vayamos al grano. ¿Se puede hacer o no? O mejor dicho, porque a eso ya me has contestado, ¿estás dispuesto a hacerlo?

-Lo estoy -respondió flemático-. De hecho, mientras estábamos hablando he programado la intervención; no es por presumir, pero me ha salido una pequeña obra de arte.

-Te lo agradezco infinito...

-No te precipites, mi querido amigo; esta chapucilla tiene un precio que me pienso cobrar -le atajó con picardía.

-¿Cómo? ¿Qué? Yo...

-Pero que tú estarás encantado de pagar... o al menos eso espero -concluyó rematando la chanza con una carcajada-. Así que te puedes tranquilizar. Por cierto, ¿eres consciente de que, junto con buena parte de la vida de este hombre desaparecerá de tu expediente todo lo relativo a tu intervención en esta misión? Para lo bueno y para lo malo, matizo.

-Eso era precisamente lo que quería; borrar mi reiterado fracaso y volver a empezar de cero como si no hada hubiera ocurrido. Al no existir suicidio, ya no recurrirán a mí para evitarlo.

-Resulta paradójico que nuestras intervenciones, a diferencia de las vuestras, puedan provocar cambios irrevocables no sólo en el pasado, sino también en vuestro devenir... -reflexionó filosóficamente- “Dios mueve al jugador y éste la pieza. ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?” Esto lo dijo un escritor, cuyo nombre no recuerdo, más o menos por la misma época que la de tu última misión, y parece escrita expresamente para nosotros. ¿Habrá alguien capaz de modificar lo que estoy haciendo sin que yo sea consciente de su existencia?

-¿Por qué no vamos al grano -le apremió Klem- y nos dejamos de elucubraciones? ¿Qué es lo que quieres de mí?

-No sé si has tenido en cuenta que aunque tu expediente quede limpio, como espero que ocurra, seguirás siendo un simple prospector en prácticas con unas posibilidades de promoción profesional más bien escasas, incluso si pasas a formar parte de la plantilla fija. ¿Son éstas tus aspiraciones?

-Bueno, yo...

-Responderé por ti: No. Por eso te ofrezco, como forma de pagarme la deuda -rió de nuevo- la posibilidad de llegar mucho más alto. En concreto, pasando a formar parte de mi departamento, donde estoy seguro que podrás desarrollar convenientemente tus aptitudes, que ahora están desaprovechadas. Eso sí, dejarías de ser un agente de campo, nosotros raramente nos metemos en una cabina para viajar al pasado ya que trabajamos desde nuestros despachos. ¿Qué respondes?

-¿Hablas en serio?

-Por supuesto. Otro de los privilegios de los que disfrutamos los *bomberos* es el de poder reclamar al personal de cualquier otro departamento que consideremos apto para trabajar en el nuestro, saltándonos toda la engorrosa burocracia de la sección de recursos humanos; y bien que les fastidia -concluyó divertido.

»Y te advierto una cosa: si rehúsas, soy capaz de programar una modificación de la realidad para obligarte a hacerlo.

Klem no rehusó.

## SENTIDO ÚNICO

-Los viajes en el tiempo son imposibles -exclamó tajante el profesor sin molestarse en ocultar su irritación; aquel inoportuno individuo no sólo se le había colado en el despacho fingiendo querer hacerle una entrevista, sino que además estaba empeñado en marearlo con teorías magufas-. Quedarán muy bien en la ciencia ficción, pero no tienen nada que ver con la ciencia seria.

-Lamento decirle que se equivoca -rebatía el visitante haciendo caso omiso a la insinuación de que la entrevista debía terminar-. Son imposibles con la ciencia y la tecnología actuales, pero eso no impide que pudieran serlo en otro momento. Muchos de los objetos que hoy son cotidianos habrían parecido de ciencia ficción hace no tantos años.

-Hay cosas que resultarán intrínsecamente imposibles ahora y siempre -bufó el científico sintiéndose herido en sus convicciones más profundas-. Y ésta es una de ellas, al menos mientras nos mantengamos dentro de las reglas de la ciencia. Si esgrime usted argumentos esotéricos o defiende dogmas de fe, me temo que ha venido al lugar equivocado.

-Invoca usted al método científico olvidando que la Teoría de la Relatividad considera al tiempo como una dimensión más a sumar a las tres espaciales.

-¡No invoque a la Relatividad en vano! Nada tiene que ver su planteamiento conceptual con lo que usted me está proponiendo. Ni Einstein ni ningún científico posterior mínimamente serio la utilizó nunca para justificar los viajes en el tiempo.

-Está bien -condescendió el visitante, un hombre de mediana edad y aspecto corriente-. Pero convendrá que ésta y otras teorías como la Mecánica Cuántica, o las derivadas de ambas, son tan sólo las mejores herramientas disponibles... ahora, pero no necesariamente para siempre. ¿Imagina a Aristóteles, convencido de la exactitud de su método epistemológico, afrontando una discusión similar frente a un científico de nuestra época?

-No, puesto que eso sería de todo punto imposible. Además -añadió entrando al trapo-, sin considerar siquiera la violación de las leyes físicas que supondría un viaje en el tiempo, está la cuestión de las paradojas temporales. No, no se sonría -añadió-; no tengo ningún reparo en reconocer que he leído novelas de ciencia ficción, incluyendo las dedicadas a los viajes temporales. Me relajan e incluso si son buenas me agradan aunque, claro está, no me las tomo en serio. Pero como literatura de evasión resultan entretenidas.

-¡Vaya, veo que empezamos a coincidir en algo! Me alegra que conozca usted el tema, así ambos podremos hablar con conocimiento de causa.

-Lo siento, pero yo no pienso lo mismo. Las leo como pura diversión y, si se da el caso, como ejercicio de especulación intelectual. Pero de ahí a tomarlas en serio va un abismo.

-En cualquier caso no deja de ser un principio -zanjó su interlocutor-. Y ahora, permítame que le pida una explicación de por qué las paradojas temporales hacen imposibles los desplazamientos a través del tiempo.

-Está claro -el científico había mordido finalmente el anzuelo-. Sin entrar en la paradoja del abuelo por evidente, lo cierto es que cualquier hipotético -recalcó el adjetivo- viaje al pasado provocaría cambios irreversibles en éste y por consiguiente en toda la línea temporal posterior, incluyendo nuestro presente. Eso ya lo han dicho muchos escritores de ciencia ficción, algunos de ellos tan prestigiosos como el propio Ray Bradbury.

-Supongo que se referirá al relato *El ruido de un trueno*, donde se plantea que la muerte accidental de una mariposa durante un safari en el período cretácico provoca cambios irreversibles en el presente de los viajeros temporales; lamentablemente no es el mejor ejemplo posible, ya que como es sabido la obra de Bradbury, aunque posee innegables cualidades literarias, dista mucho de ser rigurosa desde el punto de vista científico que usted defiende.

-Mejor me lo pone.

-Pero tampoco hay que olvidar otras muchas novelas donde se justifica la posibilidad de viajar en el tiempo de forma segura tanto para los viajeros como para la propia línea temporal; y argumentos no faltan, desde quienes postulan que estos viajes sólo se pueden realizar como meros espectadores sin la posibilidad de interactuar con el entorno, a los que imaginan una inercia temporal que corrige automáticamente las perturbaciones provocadas, de forma accidental o no, recuperando la estabilidad perdida. Incluso el propio Asimov, con quien supongo que usted simpatizará más que con Bradbury, plantea en *La carrera de la Reina Roja* la interesante reflexión de que toda posible perturbación cronológica causada por uno u otro motivo estaría previamente contemplada por la trama temporal, y por lo tanto no sólo no causaría daño alguno, sino que incluso resultaría imprescindible para que el presente fuera tal como es. Asimismo, supongo que usted conocerá también *El fin de la eternidad* de Asimov, *La Patrulla del Tiempo* y *Los corredores del Tiempo* de Poul Anderson o la serie televisiva española *El Ministerio del Tiempo*, donde un cuerpo de policía temporal vigila para evitar las posibles distorsiones cronológicas.

-Claro que las conozco -respondió amostazado el profesor-, por no hablar de otros muchos clásicos empezando por *La Máquina del Tiempo* de Wells o *El Anacronópete* de Enrique Gaspar, que por cierto se adelantó a Wells. Pero esto no justifica nada, y si lo que pretende es hablarme de ciencia ficción lamento tener que decirle que estoy muy ocupado y no puedo dedicarle más tiempo -concluyó al tiempo que amagaba con levantarse en claro gesto de despedida.

Pero el visitante no se inmutó, manteniéndose impertérrito en su asiento.

-Le pido disculpas si le he inducido a creer que me he ido deliberadamente por las ramas para llevarle a mi terreno, le puedo asegurar que no es así -respondió ladino-. Simplemente, quería demostrarle que incluso en el ámbito de la ciencia ficción las alternativas son diversas.

-¿Y eso que importa? -el profesor se resistía a digerir la derrota-. Ninguna de esas especulaciones cuenta con la menor base científica. Podrán ser ingeniosas, interesantes, entretenidas... pero volvemos al principio. Se supone que usted ha venido aquí para hablar de ciencia, no de fantasías.

-En efecto, así es; el problema radica en que usted se sigue empeñando en no creerme.

La insolente respuesta hizo blanco donde más podía doler, la autoestima del anfitrión. Éste, sin molestarse ya en disimular su irritación, se puso en pie y, señalando la puerta con el brazo extendido, exclamó:

-¡Váyase ahora mismo de aquí o llamo al servicio de vigilancia para que lo echen a la calle!

Pero el hombrecillo no se movió. Adoptando una actitud humilde y encogiéndose en la silla, musitó contemporalizador:

-Vuelvo a pedirle disculpas, y le aseguro que no le entretendré más de lo estrictamente necesario, que será muy poco. De hecho, lo que tarde en responderme a esta pregunta: ¿Cuál de las posibles hipótesis barajadas por los autores de ciencia ficción cree que es la que descartaría de manera fehaciente la posibilidad de viajar a través del tiempo?

El científico, aparentemente avergonzado por su repentina explosión de ira, pero en modo alguno calmado, apoyó los nudillos sobre la mesa y, esperando que su respuesta bastara para quitarse de encima al moscón, sentenció:

-Ya se lo he dicho, la paradoja del abuelo o cualquier otra similar; es la explicación más sencilla sin llegar a las exageraciones de Bradbury o a las alambicadas teorías de

Asimov o Anderson. Se trata de algo tan simple como aplicar la navaja de Ockham. Eso, sin necesidad siquiera de recurrir a la física o las matemáticas. Y ahora, le agradecería...

-No se preocupe, ya me voy -le tranquilizó el visitante incorporándose de su asiento-. Tan sólo desearía plantearle una última pregunta de la que ni siquiera espero respuesta. Si bien es completamente lógica su argumentación de que los viajes en el tiempo no son factibles ya que una visita al pasado podría causar alteraciones irreversibles en éste, ¿se ha parado a pensar que no ocurriría lo mismo si el viajero se desplazara al futuro? ¿Que cualquier intervención suya, por drástica que resultara, no podría alterar algo que todavía no había sucedido, por lo que se convertiría en la única realidad posible? ¿Que a diferencia del manido tópico de viajar al pasado para matar a Hitler antes convertirse en dictador, este viajero sí podría hacer desaparecer sin ningún problema a alguien de su futuro? Cambiaría el devenir del tiempo a partir de ese momento, por supuesto, pero no alteraría nada preexistente. Por consiguiente, no existiría paradoja alguna.

-¿Qué pretende afirmar con eso? -el prurito intelectual le volvió a jugar una mala pasada-. Usted sigue jugando con especulaciones retóricas. Si en este momento no son posibles los viajes en el tiempo todavía lo serían menos en el pasado, y no me imagino a un griego, un romano o un renacentista manejando semejante tecnología si es que ello fuera posible. Además, ¿cómo serían capaces de predecir la existencia de un futuro dictador, asesino o cualquier otro criminal por el estilo, pongo por caso?

-De nuevo la ciencia ficción podría darnos pistas -explicó con suavidad el visitante. Para empezar, ¿qué le hace suponer que la historia de las civilizaciones, tal como se conoce, está completa? ¿Acaso no pudieron existir otras anteriores, tan avanzadas o más que la actual, que pese a su tecnología acabaron desapareciendo sin que ni siquiera el polvo quede de ellas? Y no estoy pensando en la Atlántida, sino en otras todavía más antiguas e infinitamente más desarrolladas.

-Eso son magufadas.

-Tal como lo plantean los magufos sí, por supuesto. Pero como dijo Arthur C. Clarke, la única posibilidad de descubrir los límites de lo posible es aventurarse en el terreno de lo imposible. Y en cuanto a la segunda cuestión, basta con recordar la psichistoria de Asimov.

-¿Pretende convencerme de que...?

-Lo que pretendo es demostrárselo.

Y llevándose la mano al bolsillo extrajo de éste un extraño aparato cuya empuñadura presentaba cierto parecido con la culata de una pistola.

-¿Qué es eso? -preguntó alarmado.

-Un disruptor. Genera un campo electromagnético focalizado que provoca la interrupción de las corrientes eléctricas del cuerpo, con unas consecuencias similares a las de una parada cardíaca. De hecho, es esto lo que diagnosticarán cuando le realicen la autopsia.

-¿No pretenderá...? -la alarma dio paso bruscamente al terror-. Yo no he hecho nada...

-Todavía no, eso es cierto. Pero conforme indican las ecuaciones digamos psicohistóricas, aunque en realidad nuestro método es mucho más preciso que el de Asimov, ya que a diferencia de éste sí permite predecir comportamientos individuales suficientemente significativos, lo hará si no lo impedimos. Según las conclusiones obtenidas, usted acabaría convirtiéndose en alguien muy peligroso por más que todavía no sea consciente de ello. Lamento tener que hacerlo, pero le aseguro que no nos queda otro remedio.

Sin mayor dilación le apuntó al pecho pulsando un sensor situado en la culata. Nada visible o audible surgió del extremo del arma, pero su víctima se desplomó sobre la silla sin exhalar un suspiro.

Quien sí lo exhaló fue el visitante. Pese a su larga carrera de ejecutor nunca se había acostumbrado a acabar con una vida humana, por más que la ejecución estuviera justificada. Concluida su misión, guardó el arma sacando otro pequeño artilugio que le permitiría retornar a su presente situado en el remoto pasado de la humanidad. Presionando el correspondiente sensor desapareció como si nunca hubiera estado allí, quedando como único vestigio de su paso un inerte cadáver.



## ASIMETRÍA

-Los viajes en el tiempo son imposibles -zanjó tajante el profesor sin molestarse en ocultar su irritación. Quedarán muy bien en la ciencia ficción, pero no tienen nada que ver con la ciencia seria.

-Lamento decirle que se equivoca. No son posibles para la ciencia y la tecnología actuales, pero esto no impide que pudieran serlo en otro momento. Muchos de los objetos que hoy resultan cotidianos eran inimaginables hasta hace no tantos años.

-Existen cosas que resultarán intrínsecamente imposibles ahora y siempre, puesto que violan las leyes físicas, e incluso las lógicas, más elementales. ¿Cómo evitaría usted que una incursión al pasado provocara alteraciones en la trama temporal?

-En eso tiene usted razón -concedió el desconocido-. Viajar al pasado y, pongo por caso, matar a alguien acarrearía unos cambios imprevisibles en el presente...

-¿Entonces? -le interrumpió triunfante su anfitrión.

-Pero nada impide hacerlo si se viaja hacia el futuro, puesto que éste todavía no está escrito. Se lo demostraré.

Llevándose la mano al bolsillo extrajo un arma con la que disparó a su atónito interlocutor, tras lo cual accionó el pequeño artilugio que le llevaría de vuelta a su presente, quedando el desmadejado cadáver de su víctima como único testigo de su incursión al futuro.